

Rafael Chirbes

Los viejos amigos



Lectulandia

Un grupo de viejos camaradas son convocados a una cena. Un día estuvieron unidos por un luminoso, aunque confuso, proyecto común: la revolución. Ahora, tantos años después, hacen repaso de sus existencias. Las voces se suceden, matizan y contradicen unas a otras para tejer una tupida red de vidas cruzadas que se traban en un juego de contrapuntos revelador de las trampas de la memoria. *Los viejos amigos* propone una reflexión sobre la condición humana y las posibilidades del individuo de intervenir en el curso de la historia, a la vez que saca a relucir las contradicciones que surgen del enfrentamiento entre las miserias privadas y el vacío de ciertos discursos ideológicos.

Lectulandia

Rafael Chirbes

Los viejos amigos

ePub r1.0

Titivillus 18.05.16

Rafael Chirbes, 2003

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Los viejos amigos

Pienso que mientras que, aquí, los dedos del frío nos esperan a la salida del restaurante para pellizcarnos, siguen creciendo las plantas y se abren las flores delante de mi adosado en Denia a pesar de lo avanzado de la estación, mediados de noviembre; o que el aire fue tenue la pasada mañana y me envolvió con su respiración templada y húmeda mientras Pedrito aparcaba el coche ante mi casa y cargábamos el maletín que yo había preparado con un par de camisetas, ropa interior, la bolsa de aseo, lo necesario para la excursión de dos días, al tiempo que él, de pie junto al coche, apoyando la mano derecha en la superficie de la puerta abatible del portamaletas, decía: «Es verdad que la casa es pequeña, pero tienes una vista grande». Anotar en el cuadernito la sensación que me ha producido ese cielo azul intenso recorrido por nubes, como si hubiera un filtro en el paisaje y todo compusiera una secuencia de película: las ramas de los pinos pasando junto a la ventanilla del coche, la sierra pedregosa, pero en la que las primeras lluvias del otoño han puesto manchas verdes y en la que aún quedan pinedas que a simple vista apenas se distinguen, pero que, si uno se fija, descubre que ocupan buena parte del paisaje, no se sabe muy bien dónde, en huecos en recodos en sitios a contrapelo, a trechos tan escondidas que uno sólo las ve cuando el camino rodea un roquedal y ya las tiene encima. Ramas, rocas, arbustos, unas matas de aulaga, palmitos salvajes que crecen en colonias; un grupo de chumberas repletas de higos que nadie coge, algarrobos que han sobrevivido a los sucesivos incendios intencionados: resistentes del mal. Me digo, mientras me limpio con la servilleta los labios después de llevarme la copa a la boca y tomar un sorbo de vino, que recuerdo y anoto cosas que sólo me interesan de refilón, cosas que esta cena inyecta artificialmente en mi memoria, y que son quizás innecesarias. Seguramente deseo que el ruido de unos pensamientos tape el gemido de otros. Guzmán y Taboada discuten de la política posible y de la que no se puede hacer. «Los políticos en activo, los de hoy, yo los conozco», se burla Pedrito, «¿qué os voy a contar?». Y luego, tras una pausa: «¿Qué hemos ganado?, ¿qué hemos perdido? Puta vida, ¿verdad? Nuestras ilusiones», concluye zumbón. Guzmán se defiende: «En la historia no hay pausas, no se baja y se sube el telón. No hay entreactos. Es una sesión continua». Y se han puesto a hablar los tres de lo que hicieron el día en que murió Franco, del veintitrés efe, de la utopía comunista, de Rusia desmantelada, de China metida en el frenesí del consumo, de América zapateando sola sobre la mesa del mundo. Discuten ante la mirada atenta de los hijos de Guzmán, mientras Pedrito, desentendiéndose por un instante de lo que Guzmán y Taboada recuerdan, ha girado ligeramente la cabeza para poder contemplar mejor el escote de Amalia. Me doy cuenta del movimiento de sus ojos, y siento una punzada de celos retroactivos; o una punzada de nostalgia, y, por eso, para curarme de los celos o domesticar la nostalgia, como movimiento defensivo («nunca llegarás a ser un revolucionario, te gusta demasiado la literatura», me dijo Pedrito por entonces, «ni

serás un buen amante. La literatura está reñida con el amor y con la revolución»), pienso en mi casa, en que he salido esta mañana de casa y ya tengo ganas de volver. Al llegar a Contreras se ha nublado y unos kilómetros más tarde ha empezado a llover. Ya no ha parado de llover hasta Madrid. Recuerdo el movimiento del limpiaparabrisas, las gotas estallando contra el cristal, y lo recuerdo a él cuando éramos niños, amigos de infancia, unos cuantos años antes de que me expulsara de la revolución. La infancia es un bálsamo: los tebeos que nos cambiábamos; yo coleccionaba *Pantera Negra*, y él, *Pequeño Pantera Negra*. Los dos comprábamos ejemplares de *El Capitán Trueno* y *El Jabato*. Nos poníamos en la cabeza, sujetándolas con cintas de color negro que él le robaba a su madre modista, coloreadas plumas de gallina, plumas de pavo que encontrábamos en los basureros: éramos *Sitting Bull* y *Gerónimo*, enfrentando sus estrategias, su capacidad para volverse invisibles tras un vagón, para sorprender al enemigo al borde de una acequia; recuerdos infantiles, veloces, alucinados, giran en la cabeza como tiovivos. Recuerdos: cuando llegó a la escuela una epidemia de tiña y nos raparon a cero y nos pintaron con azufre (¿o era yodo?) las cabezas; cuando cerraron durante una semana la escuela porque un niño murió de meningitis; recuerdos: el miedo a los tuberculosos, al sacramantecas. Hombres cargados con un saco que cruzaban el pueblo, no sabíamos de dónde venían ni adonde iban. A veces los seguimos de lejos. Hacíamos paquetes con los periódicos viejos que conseguíamos pidiendo de puerta en puerta por las casas de las mejores familias del pueblo y también recorriendo los vertederos de las afueras. Esos periódicos viejos se los vendíamos al trapero para pagarnos las entradas del cine. Películas de Gary Cooper, de James Cagney, Alan Ladd, Linda Darnell, Virginia Mayo, Shelley Winters o Janet Leigh. Los desmontes en las afueras, con su olor de materia orgánica en descomposición, las redes tendidas bajo las palmeras desmochadas en la explanada del puerto, el hedor de pescado podrido junto a la lonja, olor también de excrementos de animal; la playa llena de algas y los insectos que saltan entre ellas con un crujido seco, lluvia de arena. Los carros, tirados por pesados mulos, cargan las algas y se las llevan a algún lugar tierra adentro. Me gusta ver esos carros tirados por animales e intento imaginar el lugar adonde se dirigen y que yo no conozco, lugares que imagino distintos de los que frecuento y quizás parecidos a los que veo en el cine. Están detrás de las montañas. El olor de humedad: de bodega hasta la que llega la humedad del mar; olor de salitre, de carburo, de petróleo. El crujido de las algas secas cuando las pisamos, el rumor opaco del mar, como un telón sonoro. También más allá del mar hay lugares desconocidos que se parecen a los que vemos en el cine. Hay un par de putas que esperan la caída de la tarde para esconderse entre las piedras de la escollera, sombras de hombres que las siguen a cierta distancia y que se desploman sobre las sombras de ellas, emborronándose unas con otras: los niños, escondidos, miramos de lejos en dirección a esas sombras, qué harán; los cañaverales a las afueras del pueblo forman una doméstica selva en la que al anochecer también se oyen crujidos, susurros, pasos. La

infancia, la confusa selva original me llega con el sabor del vino y el rumor de la conversación. Me llega con el gesto de Pedrito cuando le sirve vino a Amalia. Todos hablan en voz alta, pero yo los oigo lejos. Me protege el telón de la confusa selva original. Amortigua sus voces.

Son pegajosos los sentimientos de infancia, por eso uno no acaba de librarse del todo de quienes los compartieron y, por eso, forman parte de ellos: sentimientos como chicles. Infancia y adolescencia, territorios pantanosos para los sentimientos, ni la solidez de la tierra ni la blandura del agua, territorios intermedios, aunque la adolescencia es semillero de desencuentros («no, Carlos, no se puede confiar en ti. Venderías a Lenin por una buena novela, por escribir una buena novela; a tu padre, si viviera, venderías», me dijo; éramos jóvenes, ya no adolescentes. No he vendido a nadie, no he vendido nada que no fueran pisos). La adolescencia: Pedrito leyendo a Baudelaire y unos folletos que le traía en el doble fondo de la maleta y le traducía del alemán una novia de Hamburgo que se echó en Denia; folletos que daban indicaciones acerca de cómo confeccionar explosivos; poesía y revolución, la poesía un arma cargada de futuro; la revolución, un acto de amor: cómo volar un cuartel, la estatua de Franco de la Plaza del Caudillo de Valencia, la Cruz de los Caídos en la Puerta del Mar, el monumento a Calvo Sotelo, protomártir de la cruzada de liberación. Cómo volarlo todo. Ir una noche a la capital, a Valencia, y volarlo todo. Volarlo todo de noche. Decía Pedrito que la revolución es el mal de la noche. «Apréndelo, escritor. Si al menos tuvieras la rabia de Dostoievski», me decía. Le gustaba llamarme así, escritor, y despreciaba lo que yo hacía porque decía que era, sobre todo, bonito. «Estética», decía, y, además de a Dostoievski, me ponía como ejemplo *Los siete locos*, de Arlt. Decía: «ellos tenían rabia, furor en vez de estética» y, al decirlo, parecía que a él mismo lo invadía una furia extraña, epiléptica. Veíamos amanecer —la luz del sol como una cuchilla que se iba ensanchando por encima de las piedras de la escollera norte del puerto—, y sentíamos que el día apagaba la revolución. Aquellas noches nos bebíamos todo lo que conseguíamos: ginebra, coñac, ponche, whisky, anís, licores de hierbas, ricard, pastis; fumábamos tabaco, marta, hachís, hierbas aromáticas que Pedrito recogía en el Montgó y de cuyas virtudes alucinógenas intentaba convencernos. Cuando ya no podíamos más, vomitábamos sobre las piedras de la escollera y seguíamos bebiendo, fumando, hablando. Los ruidos de las barcas que salían de madrugada a pescar nos servían de fondo antes de que una mancha rosada anunciara el final de la noche. La revolución, un excitante, supremo alucinógeno; y también uno de esos cuadros que representan el fin del mundo, el juicio final, el instante en que la llegada de la justicia lo pone todo patas arriba: se abren las tumbas, la lápida tirada a un lado, y empiezan a salir esqueletos, esqueletos repentinamente en movimiento; o sentados, con las piernas metidas en el hueco rectangular de la sepultura, como si estuvieran al borde de una piscina, tomando el sol; esqueletos en agradable charla los unos con los otros, o, simplemente, dejándose acariciar por la deliciosa dualidad del agua fría que les lame los pies y del

sol que les quema la espalda, la cabeza; esqueletos que se han echado a correr, como en un estudio de anatomía (esos grabados anatómicos que se encontraba Baudelaire en los puestos de los buquinistas del Quai Voltaire, junto al Sena, y que compraban los estudiantes de medicina y los alumnos de la Escuela de Bellas Artes: intervenir, representar, manifestaciones del amor); esqueletos que caminan se agachan trabajan para mostrar el juego de articulaciones de los huesos en cada movimiento; que montan a caballo tocan las trompetas empuñan una azada o acarician con sus descarnados dedos una fruta opulenta y coloreada, justo como en un cuadro del Bosco. Pero también cuerpos a medio pudrir, con las carnes agusanadas, más propios del barroco de Valdés Leal (por cierto, Elisa escribió un trabajo sobre los bodegones del barroco, esa opulencia extrema, límite entre la plenitud de la madurez y lo que empieza a marchitarse. «Eres lo que yo fui una vez y serás lo que yo soy ahora», le puso como lema a su trabajo, la frase que aparece en una pintura florentina de Massaccio). La revolución: otros parámetros estéticos, enamorarse de otra forma de belleza, cambiar el canon. Dos esqueletos que se besan, mandíbula descarnada contra mandíbula descarnada; que se abrazan, manos huesudas contra huesudas vértebras; que se mueven con los movimientos del sexo. Revolución: la noche vela el sol con un sudario negro, como se cubrían retablos e imágenes en las iglesias de Denia cuando llegaba el Viernes Santo (¿aún lo harán?), porque Dios había muerto, y el luto y las tinieblas lo ocupaban todo. Paisajes nevados en viejas películas en blanco y negro, manchas blancas, manchas negras que corren como espantadas hormigas sobre la superficie blanca; manchas que, a veces, ocupan toda la pantalla y se convierten en caras humanas, ojos desencajados, bocas que se abren; rostros que expresan nobleza, bondad (rostros anchos de obrero, de campesino), o que revelan corrupción y maldad (rostros de sacerdote, de aristócrata, de militar, cejas hirsutas, narices afiladas, mandíbulas caídas), imágenes de chabolas que se supone malolientes y llenas de humo, ante cuya visión uno siente pudor vergüenza y culpabilidad por vivir en una casa de clase media, incluso (como era mi caso, el de Rita, el de Demetrio, el del propio Pedrito) en una casita de clase obrera en la que, por otra parte, no hay más problemas que los derivados de la necesidad de llegar a fin de mes con un sueldo muy bajo, pequeña penuria incomparable a la suprema injusticia que engendra revoluciones: rostros cubiertos de hollín, de grasa, sólo los ojos rodeados por el halo blanco que han protegido las gafas de soldador o de fogonero y que ahora están en la frente; palacios que parecen fosforescentes sobre la pantalla de temblorosa luz, uniformes, monos oscuros que se supone que son azules o caqui, negras chaquetas de cuero. Esos seres como hormigas espantadas en las escaleras del embarcadero del puerto de Odessa; que suben las del palacio de invierno de Petersburgo; seres que corren bajo las gigantescas lámparas cuyos caireles reflejan luz y lanzan destellos que queman la mirada. Películas de Eisenstein y Pudovkin vistas en cine-clubs clandestinos, los horarios de cuyas proyecciones circulaban en el grupo de iniciados, susurros. Pedrito. Aún lo oigo hablar. Había que irse a Shangai a Moscú a París, o, en

su defecto, al menos a Madrid, para buscar esos extremos que la revolución exige: los palacios, las escalinatas (los de Madrid, modestos los unos y las otras; eso lo descubrimos luego), las lámparas, los interminables coches de ministros, estraperlistas y banqueros; las mujeres envueltas en suaves abrigos de pieles; y también, los mendigos, las chabolas, las ratas que saltaban a las cunas de los recién nacidos para morder en las partes más blandas. En Denia, la vida era demasiado sencilla, una pobreza sin poesía, privada de cualquier atisbo de epopeya: los vertederos, las playas sucias, las hojas manchadas de los tebeos que buscábamos para leer en disputa con los gitanos, las botellas de penicilina cuyo contenido alguien se había inyectado y que guardábamos para utilizar como cárcel de insectos o como instrumento polivalente en juegos más excitantes y turbios. Piedras acariciadas por el mar entre las que nacen las posidonias como cabellos de ahogado que el vaivén de las olas mueve, excrecencias, seres en el cruce de caminos entre lo animal, lo mineral y lo vegetal, rugosas caracolas envueltas en musgos verdes, y de cuyo interior surgen unas patas nerviosas que se ponen a correr sobre las resbaladizas piedras, a su vez cubiertas por oscilantes y gelatinosas cabelleras; seres a los que la naturaleza parece haber vestido para asistir a un baile de disfraces; playas cubiertas de algas y esponjas secas en las que saltan los insectos y por las que pasean perros abandonados, playas pedregosas, cavidades en las que el agua planta ecos, plataformas de roca pobladas por colonias de erizos negros, verdosos, rosáceos, azulados, bajo la sábana de agua quieta y transparente como aceite y que, de repente, se riza, y luego poco a poco se levanta y embravece; arenas amarillas, tierras rojizas, ensangrentadas por el óxido: campos con viñedos, con naranjos, matas de hinojo junto al camino; pescadores, campesinos, modestos comerciantes; eso sí: el cuartel de la guardia civil cuya fachada Pedrito propuso pintar con una hoz y un martillo (nunca nos atrevimos). Demasiado sencilla esa pobreza para que engendrara una revolución, a pesar de que aún quedaban en la fachada de la parroquia restos de una pintada contra los curas que alguien había intentado borrar sin conseguirlo del todo: la piedra rascada y la capa de brea no impedían que pudieran leerse algunas palabras LOS C RAS SON UNOS CAN LLAS. Quedaba el recuerdo en nuestras casas de cómo el hombre que pintó aquellos insultos fue luego detenido, quizás fusilado, susurros en casa. Recuerdos de una guerra: muros arruinados en las traseras del puerto, edificios destejados con las ventanas abiertas como ojos de insomne. Madrid, otra dimensión: obreros en chabolas, al sur; sobre todo al sur, de Atocha para abajo. Instalarse allí, proletarizarse, merodear entre las chabolas con folletos de Lenin aplastados por la correa entre la camisa y el estómago; subir a los andamios envueltos por la fría niebla de las mañanas de diciembre, un halo en torno a las farolas aún sin apagar. Sentir el hambre, el cansancio, el frío; comer con las manos, partir el pan con las manos y pinchar con la punta de la navaja un pedazo de chorizo que se comparte con los compañeros. Justicia, igualdad. Revolución es buscar tozudamente el sufrimiento que no se tiene. Nos fuimos a Madrid. Cambiamos Denia por Madrid. Madrid es Pedrito leyéndome

en voz alta a Baudelaire mientras el metro corre en dirección a los barrios del sur: «Enamorarse de una mujer gorda es a veces un encantador capricho, la mujer delgada es un pozo de voluptuosidades tenebrosas. Apréndelo, escritor». Con la revolución elegimos amar el pozo de voluptuosidades tenebrosas. Leía Pedrito: «La estupidez es, con frecuencia, el ornamento de la belleza, es lo que da a los ojos esa limpieza apacible de los estanques oscuros y esa calma aceitosa de los mares tropicales». Lo subrayó Pedrito en el libro que guardo en casa. Aún lo tengo a mano: copié en un cuaderno algunas de esas citas que él había subrayado y las traduje al español: «Otros odian a sus mujeres por derrochadoras, republicanos que ignoran los principios elementales de la economía política. Los vicios de una gran nación son su mayor riqueza». Las obras completas de Baudelaire que Elisa se trajo de París. Pedrito las leía con avidez y las llenó de rayajos coloreados. «Ahí tienes un maestro, amigo escritor», me decía, blandiendo el libro como si fuera una piedra, o una pistola. Un tomo que guardaba sus dos amores: la mujer y el poeta revolucionario de las barricadas de París («Il faut aller fusiller le général Auspick!»). Pedrito, la mujer y el poeta de la revolución, un triángulo escaleno («yo soy el lado menor del triángulo», se reía) que estuvo dibujado en el aire durante algunos meses, que luego se disolvió, pero cuyo recuerdo aún permanece. Esta mañana, mientras atravesábamos La Mancha empapada por la lluvia, me ha hablado, una vez más, de Elisa: «La única, ¿sabes?, la única a la que he querido de verdad en mi vida», y yo pensaba en la casa de la colina frente al mar en la que vive (ha vuelto a enseñármela esta mañana, al paso: «aquella del muro de piedra», ha dicho), en su mujer («no me la merezco», me había dicho un rato antes), en su hija («ésa no dejará la carrera como nosotros, es ambiciosa», me había dicho). Mientras atravesábamos La Mancha, ha dicho: «Creo que me volví de Madrid porque ella no me quería y yo no podía soportar la idea de que estaba allí, en algún sitio, la idea de que tenía su casa allí y la cama en la que se acostaba cada noche». He pensado: «Buena frase, Pedrito, el país se ha perdido un político, aunque a este país lo que le han sobrado han sido políticos». (Esos políticos en activo contra los que él habla ahora). El volumen con las obras de Baudelaire pasó a formar parte de la biblioteca del piso de detrás del bulevar de Vallecas en el que vivimos con Demetrio, y me tocó en el sorteo que efectuamos para repartirnos los libros, los discos, los escasos enseres mobiliarios de nuestra propiedad que almacenaba la casa cuando, tras las discusiones que siguieron a la detención, se disolvió la célula. Buscamos culpables de lo que seguramente no era más que nuestro propio miedo y desconcierto. Habíamos descubierto la fragilidad y no quisimos aceptarla. Pedrito no hizo ningún esfuerzo por recuperar ese libro que tan importante había sido para él. Podría habérmelo pedido y yo se lo hubiera cedido sin inconveniente, o habérmelo cambiado por otro, pero no lo hizo. Ya no le gustaba Baudelaire, seguramente porque ningunear a Baudelaire era una forma de hacer como que Elisa le importaba menos de lo que le importaba. Esta mañana, en el coche, me ha dicho: «La muerte te enseña que tiene valor la vida. La vida es lo único, el único

valor, seguir vivos hoy; y aprendemos que eso vale porque nos lo enseña la muerte de los demás. Hasta ahí la quiero a Elisa, hasta ahí. Después de muerta, me sirve. Es la cota cero que me permite medir la altura de lo que tengo. Vida. Eso me enseña. Y también me enseña que, aparte de eso, no tengo nada, ¿sabes? Nada. Yo hago algo y ella me mira, se ríe, o se enfada, y me dice: “no quiero volver a verte en la vida”, y cuando se lo escucho decir, vuelvo a enamorarme, y no, no te equivoques, por nada del mundo dejaría a mi mujer, ¿eh? No te creas. Por-na-da-del-mun-do. No hablo de eso. Te hablo de lo que me sigue quedando, de residuos, o por decirlo más bonito, de sedimentos. A mi mujer la quiero, o no sé si la quiero, pero la necesito. Si no estuviera en casa cada noche que llego tarde y borracho, me alegraría, pero la echaría de menos si se hubiera ido para siempre. No hablo de que dejaría a mi mujer, te hablo de lo que pasó. Te hablo de una muerta. De muertos. Hay lo que hay y con lo que hay tenemos que jugar, no con lo que querríamos que hubiese. Nosotros, en aquellos años, aprendimos que lo que hay es una mierda, y eso fue una putada, porque ya no hemos podido olvidarnos de la lección que aprendimos. Cuando se sabe eso, estás definitivamente condenado porque no esperas nada». Pedrito no quiso llevarse el libro, o no se acordó de llevárselo. El triángulo se hacía añicos. La mujer ensimismada, o, mejor, ausente; el revolucionario malherido, y el poeta, de nuevo saludable y libre, dispuesto otra vez a correr de mano en mano, a establecer recientes y fugaces triángulos en *otros cafés*, en otras habitaciones con olor a humo y a guisos y a prendas de vestir y a ropa de cama dudosamente limpia. ¿Qué año fue aquél?, ¿el setenta y uno?, ¿el setenta y dos? Pocos años más tarde, la ola revolucionaria retirándose de la playa hacia las resbaladizas láminas de piedra del interior del mar: la resaca. Por entonces, aún no: traperos, recogedores de cartones, gitanos noctívagos que bajaban por la avenida de la Albufera, por el bulevar de Vallecas, en sus carros cargados de cartones, de colchones viejos, de electrodomésticos desventrados; tabernas en las que aún no se ha instalado la luz eléctrica y donde un hombre sirve vasos de vino y copas de pegajoso anís a la temblorosa luz de un quemador de gas, o en las que brilla una solitaria y mezquina bombilla alimentada por un generador que esparce una luz mezquina; barras que son viejas puertas, paneles de aglomerado clavados sobre otras maderas que también proceden de algún derribo; jugadores de mus, de póquer, de tute, en habitaciones mal ventiladas, cargadas del humo de los cigarrillos sin boquilla, bisontes, ideales, celtas, rumbo. Madrid, mil novecientos sesentaysiete, sesentaynueve, setentayuno, setentaytrés, tiempo de revolución. Magda (nadie sabe dónde está Magda: se ha ido de Madrid) aún nos ponía muchos años después en el tocadiscos de Violette aquellos discos en que Ferrat o Ferré cantaban los poemas de Baudelaire. «Ma femme est morte, je suis libre! Je puis donc boire tout mon soul». La borrachera del asesino. «Cuando volvía a casa sin un céntimo, sus gritos me desgarraban los nervios. Como un rey soy feliz; el aire es puro, el cielo admirable. Tuvimos un verano parecido cuando me enamoré». La felicidad del asesino. Una vuelta estética sombría: Pedrito desconfiaba de las películas en color

como desconfiaba de la luz del día, de los locales limpios y ordenados, de las casas en las que al caer la tarde se preparaba la cena, aunque fuera una modesta cena, sopa, pedazo de tortilla de patatas, croquetas con las sobras del pollo del domingo; desconfiar de las sábanas limpias, de los frascos de colonia, de las sillas cómodas y acolchadas, de los rostros de hombre demasiado rasurados y de las caras de mujer a las que envolvía alguna crema: una antiestética que ha regresado esta mañana mientras bajaba el cristal de la ventanilla del coche Pedrito, alargaba el brazo para coger el ticket del peaje de la autopista, y dejaba luego el cartoncito junto al teléfono móvil en el hueco que hay bajo el cenicero, donde guarda también el paquete de tabaco, del que, con una sola hábil mano, cogió un cigarrillo y lo encendió antes de salir de la pista de aceleración y poner la quinta. Desde la autopista he podido ver por el retrovisor, allá arriba, en la ladera de la montaña, mi casa. Ha sido sólo un instante. Ha aparecido y enseguida ha vuelto a perderse de vista detrás de la mancha verdosa de un grupo de pinos. Al final de la cinta de asfalto, después del laberinto de curvas, subidas y bajadas, se abría, desolada y enorme, Madrid.

De entrada di por supuesto que no iba a acudir, pero luego lo pensé mejor, llamé, y le dije a Carlos que sí, que cenaría con ellos. Le dije: «Iré. Me hace ilusión». Un rato antes, había telefoneado a Amalia, y le había matizado el tipo de ilusión que me hacía acudir a esa cita. Le había dicho: «Me hace ilusión volver a ver la vieja carroña». Así se lo dije: «una última ojeada a esos muertos a medio enterrar en que nos hemos convertido. No me parece mal echarles una ojeada a los cadáveres que hace tiempo que no veo». Entre una y otra llamada, había charlado con Rita, intentando animarla para que me acompañara: «si vienes conmigo, boba, nos sentamos Amalia, tú y yo juntos, y pasamos de los demás», le dije, pero ella dijo que no, que ni pensarlo, en cuanto se enteró de que era seguro que iba a acudir Carlos, aunque yo pienso que asegurarse de la presencia de Carlos fue para ella una excusa con la que justificar su ausencia, porque de ninguna de las maneras pensaba asistir. «Le dices a Pedrito que no voy, porque me parece violento encontrarme con Carlos en público, y pasarnos, así, juntos, viéndonos la cara, tres o cuatro horas seguidas. No lo aguantaría. No lo soporto a él. Sigo sin soportarlo». Y yo le comenté, para excitarla: «Es noche de Walpurgis. El placer de verlo convertido en muerto viviente, ¿no te excita?». La verdad es que me salió así de espontáneo, sin controlar el tono de voz. Estaba hablando por teléfono en el salón y, en el momento mismo de pronunciar la frase, me di cuenta de que Jorge podía haberla oído desde su cuarto. Me estremecí con un escalofrío. De hecho, planté la oreja un instante para comprobar si cambiaba el ritmo de su respiración, pero no, sonaba acompasada y hueca, como las olas del mar cuando golpean el interior de una cueva, que es como suena las veinticuatro horas del día desde hace un par de meses. Así es la respiración de Jorge: el mar, las grutas oscuras y húmedas, los preámbulos de lo que pronto llegará. Imagino el día: abrir las

ventanas, airear la casa, enrollar el colchón y la ropa de cama y tirarlo todo a uno de esos contenedores de objetos voluminosos que pone el Ayuntamiento, tirar incluso el somier, la cama, todo cuanto ha envuelto su cuerpo durante los últimos meses, cuanto su cuerpo ha templado, humedecido, rozado, aplastado. La respiración del mar en los lugares oscuros y solitarios. El aliento del mar. Echo de menos el mar, claro que lo echo de menos, pero el mar que se extiende bajo la luz del sol, o que refleja sobre su superficie la luna: el olor yodado, salobre, el olor de agua que se pudre en el hueco de una roca y que, al tiempo que se pudre, se seca y, al secarse, deja una costra de sal, el olor de brea y cuerda mojada y pescado junto a la lonja, en el puerto, claro que me gusta; me gusta mucho, aunque nunca haya querido volver a Denia para quedarme. No he querido volver. Me quedé aquí, en Madrid, como Rita. También Rita se quedó en Madrid, a pesar de que era la única del grupo que parecía que había venido nada más que a pasar un fin de semana; para acompañar a Carlos. De hecho, yo mismo pensé durante mucho tiempo que Rita sólo soportaba Madrid como estrategia para no separarse de Carlos, y, sin embargo, me equivoqué de medio a medio, nos equivocamos todos, hasta Carlos yo creo que se equivocó, casi diría que ella misma se equivocó en sus previsiones: fue ella la que se quedó, seguramente sin pensarlo de antemano; a lo mejor, sin pensar siquiera que se estaba quedando mientras se quedaba. Pedrito, Carlos y yo habíamos venido a tomar el palacio de Invierno (que, en Madrid, se llamaba de Oriente), vinimos con Mauricio, que era un comunista que odiaba el pecé, y pronto encontramos nuestro hueco en la infatigable maquinaria de la revolución inminente —ocupaciones, trabajos legales y actividades ilícitas—, gracias a los contactos que nos proporcionó el viejo Mauricio en la organización. Una vez tomado el palacio, seguramente pensáramos instalarnos en alguna de las doscientas o trescientas habitaciones que tiene para vigilar el curso de los acontecimientos; para que la revolución no se desviase de sus principios, y todo eso. La guardia roja, los vigilantes de la inmensa playa de la revolución en la que se agitan millones de almas, como en las interminables dunas de Libia duermen millones de partículas de arena. La verdad es que me vino bien salir de Denia. ¿Qué hubiera hecho allí, agazapado, culpable? Me acostumbré enseguida a la ciudad, al vértigo de subir y bajar. La ciudad es vertical, y esa sensación me atrajo: lo urbano. La provincia impone otro ritmo sentimental, un ritmo plano, sin escaleras mecánicas que descienden a tenebrosos subterráneos, ni ascensores que te trasladan hasta lugares desde donde puedes tocar los flecos más bajos del cielo (en aquel Madrid, lo más alto era el piso treinta, más o menos: los que tienen la Torre de Madrid y el Edificio Plaza, a cuya cafetería roof-garden subimos a los pocos días de llegar para ver emocionados la gran ciudad desde arriba. Luego, lo vertical se impuso en la costa, pero eso fue después. Recientemente he leído que de los doscientos edificios de más de setenta y cinco metros que hay en España ciento treinta están en Benidorm). Lo cierto es que la ciudad —y más para unos adolescentes de aquellos años— contagiaba sus históricas ganas de vivir, y creaba una sensación de vértigo, ya que esas ganas de vivir podían ser sustituidas en

cuestión de segundos por la tristeza, ganas de morir, o de enfermar definitivamente y quedarse en la cama ya para siempre. Subir y bajar. Caminar a buen paso durante horas sin temor de que se te acaben las aceras; meterse en la crisálida de una cama durante días sin que nadie detecte que has vuelto a convertirte en larva. No voy a negar que me animó a venir a Madrid que Ana fuera la propietaria de la galería Esquema (era una novia rara para Guzmán, demasiado fina y demasiado mayor para ese joven bruto al que le gustaba representar el papel de palurdo. Nunca imaginé que se casaran y, menos aún, que ese matrimonio fuera el único duradero: está claro que lo que ata es el dinero; el matrimonio más seguro: una sociedad limitada); y que, el verano anterior, al ver los cuadros que guardaba en mi estudio (un almacén abandonado cerca del puerto: las ratas se me comían las telas), dijera que mi pintura, aquellos cuadros minimalistas, mis acuarelas, entre la tenue geometría y el paisaje, eran de «un perfeccionismo luminoso, equidistante de una buena pincelada en un paisaje de Sorolla, una de esas pequeñas joyas de juventud de Paul Klee que pueden verse en Berna, y los primeros Kandinski que hay en ese museo de Munich que guarda las obras de Der Blaue Reiter» (así lo dije, aunque ya no se acuerde); sobre todo, me excitó que, al principio de instalarse en Denia, vendiera algunos de mis cuadros entre sus amigos, cuadros que ella cubría de halagos y que se destinaban para decorar segundas viviendas, ya se sabe que lo serio, lo valioso, se tiene en la casa donde se vive, en Madrid, en Londres o en Hamburgo (eso lo sé ahora). Es decir, que, si tengo que ser sincero conmigo mismo, he de reconocer que a Madrid me llamó el arte con la misma insistencia que la revolución. ¿O es que no eran lo mismo? Por eso, fui el primero que acepté la proposición de Pedrito cuando nos incitó a abandonar Denia, fue él el que me convenció a mí, el que convenció definitivamente a Carlos. Yo creo que a Pedrito lo convenció Mauricio el Sénior, que estaba harto de que, en Denia, la gente lo mirara de reojo por la calle y le llamara El Comunista con el mismo tono con que a Drácula podrían llamarlo sus vecinos El Vampiro; harto, sobre todo, de que la guardia civil visitara cada dos por tres su casa, registrara sus habitaciones y se lo llevara a dormir al cuartelillo. Acepté tan deprisa porque, al fin y al cabo, pensaba que yo ni siquiera iba a necesitar de las gestiones del Viejo para vivir. Trabajaría en lo que fuese, pero, sobre todo, vendería mis cuadros. Enseguida empezaría a vender cuadros. Si se los vendía en Denia a los pocos madrileños que venían, cómo no iba a vendérselos a los millones de madrileños que vivían en Madrid. Por puro cálculo de probabilidades estaba destinado a vender. No acababa de darme cuenta (juventud, divino tesoro) de que los cuadros de Demetrio Rull estaban bien para colgar entre una boca de marrajo disecada y pegada a una de esas maderas de teca que hacen pensar en el interior de un camarote de yate y una caja panoplia de nudos marineros, elementos ambos que solían ser obligada decoración en el comedor de los chalets de los burgueses que se las daban de tener espíritu náutico. La primera vez que Ana me llamó autodidacta sentí la emoción de quien ve que todo es fruto de su trabajo, del esfuerzo, sentí orgullo porque hasta me vengaba de una Escuela de

Bellas Artes que me había expedientado primero y expulsado a continuación. «Demetrio nació en una familia modesta», decía Ana, «es autodidacta. Además, es el único que no quiere hacer arte abstracto». Y no, no era exactamente así: yo había tenido un par de buenos maestros en la escuela y no quería hacer lo que todo el mundo decía que había que hacer, sino lo que podía, lo que sabía y me interesaba, porque lo otro, lo que los compañeros buscaban, hacer algo original que luego se repitiera hasta el infinito para forjarse una personalidad llamativa, inconfundible, me parecía engañar, y lo que aún era peor, engañarme. Mi buena mano para el dibujo le sirvió a Ana para encargarme algunos grabados de corte social, que la ayudaron a forjarse su prestigio como galerista comprometida y que se vendieron con cierto éxito entre militantes de partidos de izquierdas y sindicalistas: pero eso quería decir que estaba condenado a no subir arriba, a ser autodidacta, a pesar de que no lo fuese; autodidacta era, por ejemplo, Román Alcóllar, que a ése ni le enseñó nadie, ni, hasta la fecha, ha aprendido gran cosa, aunque sea él y no yo quien esté exponiendo ahora en la galería Esquema. Él ha acabado siendo el artista que yo no he llegado a ser. A Román Alcóllar, a quien Ana conoció unos años después gracias a mí, y yo gracias a mis escapadas nocturnas por sitios poco recomendables de Valencia y Barcelona (fuimos amantes fugaces), jamás le llamó autodidacta. Los presenté, e inmediatamente se atraieron (las afinidades de la clase). O sea, que lo de llamarme autodidacta era una forma de ponerme límites, de ponerme en mi clase; de decirme que yo podía ser encantador, divertido como Rousseau El Aduanero, pero nunca grande como Monet. Mi arte podía considerarse curioso, si se poseía la documentación acerca del espacio social de donde procedía el artista. Claro que, para entonces, yo no podía superar a Román en nada que no fuera lo estrictamente artesano: dibujar y pintar. Pero eso no bastaba en un tiempo en que el arte —tras una época de vacilaciones— había empezado a ser, de nuevo sin tapujos, una forma de práctica social, una manera de estar en sociedad. Él le mandaba bombones belgas (los bombones de Godiva aún eran un lujo raro en la España de los primeros ochenta), flores, postales, siendo como es absoluta, genéticamente tacaño; y cuando sus padres visitaban Madrid, se llevaban a Ana a comer a los restaurantes que, por entonces, estaban más de moda. Incluso le dejaron su casa de la playa hasta que ella tuvo a punto la que había empezado a construirse, la que le construyó Andreu, el hermano mayor de Carlos (también a Andreu se lo presenté yo). Es más, una vez que ya tenía la casa terminada, y sabiendo lo aficionada que era a dar fiestas, a recibir invitados, le propusieron a Ana seguir utilizando el chalet (¡el chalet en el que los Alcóllar habían veraneado durante años y años!) para que se instalara allí su madre, aquejada de alzheimer («así no os molesta, si queréis recibir a alguien»). De ese modo, por las buenas, sin cobrarles un duro, los Alcóllar renunciaron a su casa para que Ana y Guzmán tuvieran dos (ya se habían casado y reproducido y los gemelos se perseguían a cantazos por el jardín en el que habían instalado una casita de madera). La vieja y la criada se paseaban por el chalet de trescientos metros de los Alcóllar como Luis II

debió de pasearse por sus desolados palacios bávaros. Mientras tanto, los propietarios pasaban dos veranos espantosos en casas recién construidas y aún sin vender, que olían a temple húmedo y desde las que se oía el ensordecedor ruido de la máquina pulidora de suelos en el bungalow más próximo. Me parece tan extravagante que no sería capaz de *contárselo* a nadie, de comentarlo con nadie que no hubiera vivido de primera mano aquellos años. Cualquiera diría que me lo invento, que es mentira. Ana se dejó querer durante un par de años (ella, recibiendo a su corte de Madrid en la casa de Denia, y la vieja y la criada metidas en el chalet), hasta que Alcóllar le enseñó la carta que guardaba en la bocamanga: él nunca le había dicho que tuviera vocación de artista activo, sensibilidad de espectador sí, pero no voluntad creadora. Esa faceta la había omitido en la primera fase, no había existido para la relación hasta que, una tarde, se la llevó a su estudio, le mostró una colección de fotografías que había hecho («enternecedoras: paisajes crepusculares, sí, mucha puesta de sol, y sillas thonet, florecitas secas, cosas como de Sisí Emperatriz o, mejor aún, como de la familia Trapp», me dijo entre maternal y cruel Ana), y le espetó a bocajarro que quería que las exhibiera en una exposición individual en su galería. Ya se sabe que la clase alta no entra nunca por la puerta de servicio. Estoy hablando de unos cuantos años después de que se conocieran, del ochenta y bastantes: Román debía de rondar ya los cuarenta, pero seguía siendo un niño caprichoso. Claro que, en ese punto, ella se puso correosa («este año, no; aún no. Sería contraproducente para tu carrera. Hay que preparar las cosas con más tiempo, más despacio»). Ana tolera cualquier cosa, menos que le toquen la imagen de la galería, su imagen, el derecho a construir su imagen: sabe que su capital, su inversión, se basa en que nadie conozca el mecanismo que abre las puertas secretas de su santuario aunque, en el fondo, se trata de un mecanismo muy simple, que se llama dinero, pero cuyo exacto funcionamiento esconde detrás de complicados velos y de un ajustado sentido del tiempo. No sólo dinero, aunque nada más que dinero, podría decirse. Porque ella sabe que, cumplido ese requisito, puede emitirse cualquier discurso, puede provocarse cualquier ruido en torno a una obra, de modo que lo que no es irrespetuoso es tierno, lo que no es vanguardia es kitsch voluntarioso, lo que no es deconstrucción es reconstrucción. Sobre cada obra puede levantarse una teoría. Román, viéndose rechazado, la llamó de todo; una letanía de insultos aparentemente contradictorios pero que es cierto que, en conjunto, podían definir bastante acertadamente la compleja personalidad de Ana Malta de Thalit (p.e.: nazi y sionista, la llamaba Alcóllar, con lo que podría ser sólo en apariencia un oxímoron). Ana es tan compleja que, a pesar de que la lista de insultos rozaba lo interminable e incluía un buen número de parejas de antónimos, aún quedaban excluidos de ella algunos de sus rasgos más lamentables. Al final lo encaminó, por secretos pasadizos, a la galería, pero ya a fin de temporada, para lo que aquel año decidió mantener discretamente entornada la puerta hasta bien entrado julio, procurando que se enterara el menor número posible de personas del mundillo de que se podía acceder al interior de la sala en la que exponía sus fotos un tal

Alcóllar, una especie de huérfano desvalido o mentalmente poco dotado al que se veía obligada a engañar con una golosina; propósito que rompió, aunque sólo en parte, el propio Alcóllar, dedicándose a mandar por su cuenta centenares de invitaciones para el vernissage, que, por suerte, apenas les llegaron a los enterados de la capital, dado que él, en Madrid, no tenía relaciones en ese nivel artístico superior. Román quería exposición y gran fiesta, su consagración en Madrid, volver a Denia con un certificado de reconocimiento, y debo admitir que Ana se comportó con cierta decencia cuando le dijo que era estúpido dar un vernissage en el centro de Madrid en un momento en el que todo el mundo del arte estaba de vacaciones. «Y, sabiéndolo, ¿por qué has montado la exposición en esas fechas?». «Sabes que no podía hacer otra cosa», se justificó ella, aludiendo a compromisos previos e ineludibles. Pero, a pesar de lo adverso de las circunstancias, él quería «una fiesta con lo mejor». Y la Thalit se la proporcionó, aunque sin invertir ni un céntimo. Hubo Dom Pérignon, y, por medio de una azafata amiga, llegaron desde París unos cuantos foies del Périgord, una docena de latas de caviar de Petrossian y una caja de quesos de Androuet. Lo más fino. Lo más carísimo que pudieron encontrar en París. Pagaba él, la familia de él. A pesar de lo cual, y tal y como había pronosticado Ana, no acudió nadie. Ella, desde luego —y ya se lo había avisado de antemano—, aunque fuera la teórica anfitriona, no podría estar presente, no podía dejar abandonado un ineludible compromiso que la mantendría en Nueva York durante todo aquel mes. Lo que hizo fue enviar a su marido, el gordo Guzmán, y al marido de su amiga la pintora Ada Dutruel de Bartos, Juan Bartos, que, en aquellos tiempos, aún se limitaba a impartir cursos de estética en la facultad (sería unos cuantos años más tarde cuando se convertiría en invitado habitual de esas tertulias en las que se habla acerca de la licitud de la pena de muerte, de la eutanasia, o de los valores del arte abstracto). Lo malo es que los acompañantes del profesor no fueron ni artistas ni clientes de galerías, sino unos cuantos alumnos de sus cursos (fue cuanto pudo conseguir que no comprometiera la imagen de la galería), vestidos con sudaderas y pasamontañas, sosteniendo cascos de motorista, calzando adidas y enfundados en vaqueros, lo cual destrozó a Román, que había soñado con una noche de glamour y lujo, zapatos de Blahnik, cazadoras de Gaultier, chalecos de Montesinos, etcétera, y se encontró con un grupo de voraces grandullones que se reían, con el radicalismo que caracteriza a los adolescentes, de las cursis fotos que colgaban de las paredes de Esquema, mientras se abalanzaban sobre los canapés de caviar con la fruición con que las hormigas de la marabunta se lanzaban sobre los guardianes que se quedaban dormidos en sus puestos. Retirados los jóvenes voraces, esfumado el caviar y evaporado el champán, una nada continua se instaló en la galería. Nadie, ningún día, a ninguna hora. Nadie, excepto yo, que pasé por allí tres o cuatro tardes seguidas después de esa noche aciaga de Román, porque no quise perderme su ira ciega, sus nerviosos paseos por la sala vacía, su histeria telefónica: los gritos a unos y otros porque estaban en algún lugar del universo mundo en vez de estar contemplando sus fotografías. Hubiera destrozado la sala, si la sala no

contuviera su obra. Hubiera bombardeado Madrid, si Madrid no los contuviera a su obra y a él. Un mes más tarde, en Denia, asistí al final del primer acto de las relaciones entre el pintor y la galerista: tuve que ayudar a Ana y a Guzmán a desalojar precipitadamente la casa de los Alcóllar, vieja y criada incluidas. Román les dio el ultimátum aprovechando una desapacible jornada muy *fin d'automne*: gota fría, lluvias torrenciales, carreteras inundadas, cortes de luz, vientos huracanados que desgajaban las ramas de los árboles y llevaban de un sitio para otro las palmas arrancadas a las palmeras. «Por mí, como si se os cae el cielo encima. Os lleváis a la vieja y los bártulos esta misma tarde o los saco a la puerta para que se los lleve la riada», había dicho Alcóllar, que, en aquel mismo ataque de rabia, había decidido guardar la Leica, la Hasselblad, y expulsar de su vida todo el complejo mundo del arte, del que Ana Malta de Thalit era, aunque sólo una modesta representante, el símbolo, el muñeco sobre el que aplicar las agujas del vudú. Vivir para ver a Alcóllar convertido en artista estrella de Esquema. ¿Vivir? La otra mañana, cuando fui a la galería para hablar con Guzmán y Ama, amparándome en la excusa de la cena convocada por Pedrito y, de paso, para vigilar cómo iban mis depósitos, y si podía cobrar alguna venta, contemplé las tétricas fotografías repintadas a mano por Alcóllar colgadas en la galería de la Thalit (no sabía nada de esa exposición: hace tiempo que no me mandan las invitaciones), y pensé que era una pena que Ana no pudiera asistir a la cena de hoy, para que esta otra galería, la de los zombis, estuviese un poco más poblada, mejor representada. Sin Ana, el retrato de familia queda mutilado (Guzmán es el yin, falta el yang, ¿o es al revés?), la visión de nuestro paisaje de juventud sesgada, el horizonte visto desde determinado lado, incompleto, con zonas ocultas, con zonas inexistentes, desaparecidas, enterradas en algún lugar por algún cataclismo o simplemente por el depósito de sedimentos que el tiempo, digamos el tiempo, ha ido dejando sobre aquello. La perfección, que no otra cosa es la representación creíble, exige que intervengan todos los elementos representativos, como en los jardines chinos (eso tiene que saberlo Ana, que ha estado en China en varias ocasiones, incluida aquella en la que también viajó Elisa). En los jardines chinos que son considerados obras maestras la mirada ignorante no ve nada que parezca extraordinario o que supere lo que ha visto en otros jardines; el ignorante ni siquiera cree que ese jardín alcance el nivel de belleza de los que ha visto anteriormente y que, sin embargo, no gozan de tanta consideración, pero entonces llega el que sabe y le explica ese jardín desde otro código, desde el código de los jardines chinos, y le cuenta que la perfección se muestra en que ese espacio que a él le pareció pequeño y poco significativo, en realidad tiene tanto y tanto valor porque es una representación completa del mundo con sus llanuras valles colinas ríos lagos cascadas estanques altas montañas, e incluso con perspectivas del cielo entre los accidentes geográficos representados en consonancia con la armónica y precisa vegetación que muestra, y que ése es precisamente su valor, el que todo se representa a la manera de un mundo portátil, completo, perfecto, del mismo modo que el valor de un banquete pequinés

perfecto es también la representación de un mundo en el que tiene que hacer acto de presencia todo: lo dulce lo salado lo amargo lo ácido lo crujiente lo gelatinoso lo blando lo glutinoso lo caliente lo frío lo templado, así también la fiesta ha de ser representación de un grupo, lo ácido y lo amargo mezclado con lo dulce, lo salado y lo que roza lo insípido. Algo así el arte, la representación creíble del mundo en una acuarela, en un libro de bolsillo. Ana, las rocas y el fango, los picachos y las llanuras, lo dulce y lo salado, lo amargo y lo insípido, lo ardiente y lo gélido, precisamente calculado: su equilibrada mezcla de indiferencia y voracidad; de etérea y nerviosa sensibilidad y de plomiza economía, resulta un plato imprescindible en el banquete de cuanto fuimos para que la representación del mundo con sus nubes ríos valles colinas y altas montañas sea aceptablemente creíble, pero, al parecer, a ella le ha sido imposible aplazar una cita que tenía en París, nada menos que con Boltanski. Eso nos ha contado Lalo. O sea, que eso ha sido lo que ella le ha dicho a su hijo que nos cuente. Que me cuente a mí, porque ya me dirás lo que el nombre de Boltanski puede decirle a Pedrito, ¿o sigue estando Pedrito al día en asuntos de arte? No sé. Le huelen demasiado los dedos a cemento, por más que se esfuerza en parecer trascendente. Habla: «Mierda el futuro. Eso no es nada, es una idea que tenemos en la cabeza los que pensamos. El futuro no existe. Es sólo pensamiento, ¿no os dais cuenta?». Y, tras una pausa, como si se hubiera dormido durante unos segundos y se despertara de nuevo: «Lo peor del futuro es eso; que, sin existir, nos pesa más que el pasado, que también se ha esfumado ya. Una vida provisional, una vida en la sala de espera, ¿tú no tienes la impresión de que estamos esperando a que pase algo, a que nos llegue una nueva vida?, ¿que ésta es sólo una pausa y que, si nos dieran una excusa, mandaríamos todo lo que hemos conseguido a la mierda?». He levantado los hombros con resignación. «No sé, Pedrito», le he respondido, «¿qué quieres que te diga? Cambiar los chalets por cuarteles, el colchón de muelles por una colchoneta en una litera; la revolución ahora, a estas alturas, no, la verdad es que no lo creo. Si es a eso a lo que te refieres, no lo creo, de verdad que no». Me ha jodido que Taboada y Guzmán, que están forrados, asintieran con la cabeza mientras él hablaba. Me ha jodido verles las caras de satisfacción a los gemelos de Guzmán. Y he pensado que mejor no dejarles ni un resquicio. Aquí, menos los que no tenemos nada, que nos aferramos a ello con uñas y dientes, parece que todos los otros están locos por perder lo que han conseguido. Por lo demás, de mi obra hace veinte años que se ha desentendido Ana. Le llevo los cuadros a la galería, los almacena en algún lugar y, meses más tarde, me los devuelve diciéndome lo mal que está la situación, o los almacena en algún lugar misterioso al que jamás he tenido acceso. Seguramente, cuando yo no estoy presente, habla de que sigue aceptando mi obra por fidelidad a cuanto nos unió, lo que quiere decir que, en vez de vender mis cuadros, se sube el precio de la cotización de sí misma en el mercado global de la solidaridad y los buenos sentimientos. Guzmán y ella viven de eso, aún se permiten vivir de eso. Sigo llevándole mis trabajos porque, de vez en cuando, vende alguna cosa menor, alguna

acuarela, algún guash, alguna cosa a pluma. Así que, tres decenios después de su excitante desembarco en la capital del reino, para Demetrio Rull, Madrid, de donde, sin embargo, no quiere irse, ya no es ni arte ni revolución. Coloco cosas un poco donde puedo (algún amigo viene al estudio y se lleva algo), y no me quejo de mi trabajo como guarda de noche en el Eurobuilding. Es verdad que no quiero dejar Madrid, pero también lo es que vuelvo a Denia cada vez con más frecuencia. Allí veo alguna vez a Carlos; veo, sobre todo, a su hermano Joaquín, mi amigo de infancia. «Joaquín y tú sois mi única familia», le digo a Carlos, y, a veces, hasta creo que es verdad. Nunca pienso en Jorge como familia. Amante, eso sí, o pareja, porque amante es aquel con quien se hace el amor con pasión, y no es ésa la circunstancia entre Jorge y yo desde hace infinidad de tiempo. Desde que murieron mis padres, a mi hermano —que es la familia legal que me queda, y cuyos hijos me heredarán si nada lo impide— procuro no cruzármelo nunca. Fue muy perro el final, después de la muerte de mi madre. Las discusiones por lo que le tocaba y lo que me tocaba, más patéticas aún cuando yo no tengo hijos, y, a la larga, iba a ser para lo que su polla ha sembrado. «Métetelo todo en el culo», le dije. Todo era nada, nada: la casita de sesenta metros cuadrados cerca del castillo, en el barrio más pobre de la ciudad, los cuatro muebles descabalados, las sábanas usadas hasta convertirse en transparentes más que en traslúcidas, pero eso sí, limpias y cuidadosamente guardadas en los cajones del armario ropero que tenía el azogue del espejo picado por el efecto del paso de los años y la humedad del mar. En cualquier caso, voy a Denia más de lo que he ido nunca. «Los viejos elefantes olemos el fin, buscamos el cementerio», le digo a Carlos cuando me lo encuentro, y él enseguida se toma lo del fin al pie de la letra, a la tremenda. «¿Pero qué notas?, ¿te afecta en algo el virus?», me pregunta, porque se cree que le hablo de la enfermedad, de la inminencia de mi fin. Y yo: «no sabes nunca si lo que te ocurre es hipocondría o si son los efectos de la invasión; si está creciendo algo en tu brazo, en tu cuello, y por eso sientes ese dolor; si crece algo en tu pulmón, o no es más que aprensión. O sea, que el virus te pone ante la certeza de la muerte. Ya sé que eso no es una novedad, ni es exclusiva del virus provocar ese sentimiento. Que la certeza y sospecha de la muerte la arrastramos todos desde la infancia. Todos andamos buscándonos, auscultando a ver si nos crece algo dentro, ya lo sé». Cierro la conversación: «pero el virus pone eso en primer plano las veinticuatro horas del día». «A pesar de todo, aún te queda energía disponible», me dice, «has vuelto a enamorarte». Le he contado que bajo todas las tardes al gimnasio que hay cerca de casa, donde practico kárate. Federico, el médico, me dijo que era bueno que hiciese ejercicio. Encontré en el barrio uno de esos sitios en los que te enseñan kárate, y me apunté. Por lo menos me muevo, hago algo. Allí he conocido al muchacho del que, según Carlos, me he enamorado; no estoy yo tan seguro de que sea así, de que sea eso: después del kárate, me tomo una cerveza con él, y, si se va con sus amigos, que también asisten a los cursos, me siento a leer el periódico en una mesa del bar desde la que los observo (son montadores de marcos de ventanas o algo

así, que están en un grupo de fincas inmenso que se construye a pocos pasos de mi casa y que se irán a otra parte, a otro barrio, a otro gimnasio, cuando terminen, dentro de poco; trabajadores de paso). Llevan cuatro o cinco meses trabajando en la zona, en lo que el Ayuntamiento definió en su día como Pasillo Verde, y que ha acabado por ser una operación especulativa de miles de pisos que se levantan sobre lo que, según decían, iba a ser un gran jardín, una especie de *ring* madrileño, viviendas que han ocupado jóvenes matrimonios de clase media. Yo le digo a Carlos que no estoy enamorado de Pablo (así se llama el muchacho), ni mucho menos, pero él se ha montado la película de que sí. «No quiero sufrir», le decía al principio, medio en broma, medio en serio, «yo lo que no quiero es sufrir y si me enamorase sufriría», pero la verdad es que me gusta verlo en el gimnasio, y, luego, en el bar, aunque también me arrepiento demasiadas noches de verlo, porque su presencia me llena de un oscuro pesar. «Soy demasiado mayor para cambiar de vida, estoy enfermo de sida. ¿Te imaginas?», le digo a Carlos, «ligar con el muchacho, contarle, decirle, “te quiero, Pablo, a pesar de que nos separan veintitantos largos años de existencia”, y, a continuación, contarle: “tengo sida, mi novio se está muriendo, espera un poco, en cuanto me quede viudo, tú serás su sustituto”, ¿te das cuenta de la locura?», pero es que, además, ahora ya no hay inocencia, todo el mundo ha visto películas, vídeos, la televisión, programas de variedades y de debate, ahora ya no puedes ir tejiendo una relación larga, tranquila, que, poco a poco, va tomando un cariz; ahora, al tercer día, el tipo te pregunta, «¿tú de qué vas?, ¿eres maricón o qué?», y yo, a mis casi sesenta años, temo ese instante, y la mitad de los días salgo del kárate sin esperarlo, y me siento solo en la mesa del bar de al lado a leerme la prensa, pero él viene y me dice, «¿qué haces?», o cuando voy a levantarme, el camarero me dice que ha pagado la copa y entonces me siento obligado a corresponder, y todo empieza otra vez. El otro día me enseñó las fotos de su familia que lleva en la cartera; su mujer, una chica rubia de aspecto saludable, muy guapa, que al parecer trabaja como dependienta en unos grandes almacenes, y tres niños —dos niños y una niña— que se parecen a él y a la mujer a partes casi iguales, menos la niña, que se parece dos tercios a él y un tercio a la madre. Sí, curiosamente, y a pesar de que Pablo tiene un aspecto viril, la que más se parece a él es la niña. «Muy guapos los tres», le dije, «sobre todo la niña: es como tú, pero con el pelo largo». Se echó a reír, pero a mí me hizo daño ver esa foto, porque, desde entonces, no puedo quitarme de la cabeza la idea de que su mujer y él se quieren y están juntos, en familia. Se defienden, defienden lo suyo. Así que, diga yo lo que diga, piense lo que piense Carlos sobre si es o no amor, que yo creo que no, que es más bien una manía, la verdad es que sigo viéndolo: lo veo y sufro, y, por la noche, recuerdo los pedazos de cuerpo que he visto en el vestuario del gimnasio, los gestos que hace cuando habla, cuando se enjabona, cuando se seca, cuando se viste, cuando levanta la copa o enciende el cigarro, recuerdo su risa, reconstruyo su cuerpo entero, que he visto desnudo bajo la ducha, y lo imagino abrazado a su mujer y tengo ganas de llorar; y a veces incluso lloro sin que lo oiga Jorge, que duerme a mi lado;

lagrimeo en silencio, tendido al lado del amigo a quien hace tanto tiempo que ya no quiero, pero al que tampoco tengo valor para decirle que todo se ha terminado, porque ha sido mi amigo durante años y está demasiado enfermo, y no puedo dejarlo así. Hasta ahora aún caminaba, aunque fuera con dificultad; ahora ya ni eso. Tiene problemas de visión, sólo respira con la bombona de oxígeno, el sida le ha afectado el sistema nervioso y le ha destrozado los pulmones. Alucinaciones, pérdida de visión, sarcoma de Kaposi, candidiasis: enfermos de sida, puras víctimas; ni héroes ni mártires: héroe es quien acude armado a defender una idea; mártir quien se ofrece voluntariamente y grita en el mercado, en las escaleras del templo o a la puerta del senado cuando entran los orgullosos senadores romanos envueltos en sus togas, para que lo encarcelen, torturen y arrojen a los leones: nada de eso nos ha ocurrido a nosotros, por más que quieran consolarnos con la parafernalia beata de las velitas de colores, las fotos de los muertos, las canciones románticas, y los actos solidarios, todo tan yanqui, tan frisco, nada de eso salva, ni cura; quizás resigne a los más ingenuos, no a mí. A mí no me consuela de nada, ni me da ánimos; al revés, me irrita, me hace sentirme miembro de un rebaño bobalicón. A veces, mientras me desnudo en el gimnasio, pienso que el muchacho que me saluda de refilón pronto se irá del barrio y no volveré a verlo en la vida; luego, lo veo ducharse, y quiero no mirarlo, pero antes de que me haya dado tiempo a secarme, se acerca, y me dice, «¿nos tomamos una cerveza?», y yo acepto, y me la tomo pensando precisamente eso, que pronto se irá, y no volveré a verlo, y esa noche, después de algunos días en los que creía que ya estaba curado de esa tonta historia, de esa manía, o lo que sea, me meto en la cama de mal humor, y odio a Jorge, arrastrando la bombona por el pasillo, seleccionando con sus dedos torpes las decenas de pastillas de colores que se traga cada día sentado ante la mesa de la cocina, ayudándose en la ingestión con vasos de agua, con zumos de melocotón que toma con recogimiento, como si se creyera lo que dicen los falsos profetas de la bobaliconería socialdemócrata, que de la actitud de uno depende lo que la enfermedad consigue: como si los virus estuvieran pendientes de tu humor y pudieras distraerlos rezando o cantando o tocando la flauta. Al mismo tiempo que lo odio a él, me odio a mí mismo por miserable, por dejarme seducir por un cuerpo, ¿o es que Jorge no me gustaba tanto como el muchacho cuando nos conocimos? Jorge, vistiéndose ante el espejo de la habitación: los calzoncillos, la camiseta, la camisa, casi siempre una camisa de cuadros, el jersey de cuello cerrado, y metiendo el mono de la fábrica en la bolsa, mientras yo me meto en el hueco caliente que él ha dejado en la cama (el puto turno de noche). Inventamos cualidades (bondad, generosidad, energía) y vestimos con ellas los cuerpos que nos gustan, para no sentirnos vulgares (¿o es al revés, y nos gustan los cuerpos en los que creemos detectar ciertas cualidades?). Me digo que ahora es otra cosa, aunque sé que no, que sólo es otra cosa en la medida en que yo soy otro, otro seguramente peor: pero ni la alegría cura del sida ni el odio a uno mismo cura del amor, ni la bondad ni la generosidad forman parte de los rasgos del cuerpo que nos gusta, sino de nuestras ilusiones. De

madrugada, vuelvo a reconstruir, a imaginar el cuerpo desnudo del muchacho, y no soy capaz de saber qué haría con ese cuerpo si lo tuviera, sólo soy capaz de sentir dolor, porque mi historia con ese muchacho no es una historia probable, o aplazada, que puede llegar o no llegar: es una historia que me recuerda que a mí ya se me ha ido el tiempo, y, por eso, lloro desconsolado, e intento masturbarme acordándome de ese cuerpo que he visto, robar miserablemente ese cuerpo, usarlo sin consentimiento del propietario, pero no lo consigo, y tampoco consigo dormir; y bebo, y fumo, y paseo por el salón procurando no despertar a Jorge, y me duele mucho la cabeza, y pienso: «me queda poco tiempo, y yo aún me quito el poco que me queda». El médico me ha dicho que no fume, que no beba, que todo eso baja las defensas, le da alas al virus, le abre puertas, si es que le queda alguna por abrir. Me digo que no debería quitármelo, que no debería quitarme el poco tiempo que me queda. Me gustaría pintar tantas cosas antes, o pintar sólo un par de cuadros más, perfectos, capaces de conseguir la eternidad que a mí se me escapa, pero, en vez de ponerme con las mezclas, enciendo otro cigarro, y voy al mueble de la cocina, y saco la botella de whisky, y me echo otro poco en un vaso, sin hielo ni nada, un poco más de whisky a palo seco, e intento pintar, pero no puedo, pienso: «si consiguiera pintarlo a él, si consiguiera pintar mi historia con él, me curaría», pero no puedo, qué es pintar una historia, y bebo y fumo hasta que se hace de día, pensando que ese muchacho y yo estamos hechos el uno para el otro. El transcurso de la noche me lo va contando con mayor claridad. Nos hemos mirado, nos hemos hablado, nos hemos intuido, o atraído secretamente, pero al mismo tiempo pienso que el reloj ha equivocado el tiempo, que el espacio se ha equivocado; que tendríamos que haber nacido cerca en el tiempo y en el espacio, y haber ido juntos a la escuela, y haber sido amigos, y que eso ya no podrá ser, y que cada uno caminaremos por separado en busca de nuestras propias sombras, mutilado del otro cada uno, como los seres de Platón, metiéndonos cada uno en la sombra a solas, en nuestras propias sombras. Y amanece, y ya está la luz rosada de la aurora tocándome con sus dedos, mientras yo lloro y siento miedo de esa sombra que está esperándome ahí enfrente, y luego dejo de llorar y ya no tengo más que miedo. En pleno día, el horizonte despliega un telón que oculta algo espantoso. Mancho la superficie de la tela, poniéndole un fondo; luego dejo el pincel, y me tumbo en el sofá, porque en la cama está acostado Jorge. El sonido de la respiración de Jorge sale de la habitación y ocupa toda la casa, la muerte ocupa lentamente la casa. La muerte abriéndose dentro de la casa, como un abanico de papel, como una gasa, como una seda sutil, transparente. Pienso en el dragón de seda que flotaba colgado del techo en mitad del estudio de Elisa, y que ella se había traído de aquel viaje a China al que también fueron Narciso, Guzmán, Ana y no sé quién más. Pedrito se quedó en puertas. Durante semanas se consoló de la ausencia de Elisa en Violette, pidiéndole a Magda que le pusiera canciones francesas de amor. «Les feuilles mortes», «Et maintenant», y cosas de ese estilo. Yo creo que fue en vísperas de ese viaje cuando se peleó con Elisa. Quererlo, yo creo que ella nunca lo quiso, aunque vivieron juntos

una temporada. Pedrito era poco para ella, Elisa aspiraba a otra delicadeza, que es como decir a otra clase, aunque, al parecer, él se pasó bastante, se tomó demasiadas confianzas y ya se sabe que la clase se levanta sobre la distancia, rehúye cualquier forma de promiscuidad. También él era, a su manera, un autodidacta, un intruso. Lo sigue siendo aunque la pasta le chorree de los bolsillos. Billetes manchados de cemento. Valen igual que los otros, pero no pueden sacarse en público. Valen igual, pero valen de otra manera. El dragón de seda, que entonces era la levedad, representó la dulzura de la vida, que ahora vuelve en mis pensamientos como representación alevosa de la distancia y de la muerte. Pensamientos. Por la tarde, acudo al gimnasio y tampoco hoy me encuentro con el joven amigo (tres días que no viene), no sé qué puede haberle ocurrido, porque no suele fallar; quizás es que ha terminado ya el trabajo en el barrio y no va a volver, pero, en ese caso, yo creo que me habría dejado su dirección, su teléfono, que se habría despedido, aunque, pensándolo mejor, por qué iba a hacerlo. Quién soy yo para él, qué he significado en su vida. Unas charlas de bar en un barrio en el que no conoce a nadie. Me he tomado una copa y he vuelto a casa. Para fatigarme aún más, he decidido subir las escaleras a pie, en vez de coger el ascensor. Cinco pisos. Abro la puerta con la respiración agitada, a pesar de que me he detenido un momento en el descansillo antes de sacar las llaves. Desde el recibidor, mi respiración parece buscar la de Jorge, que está al fondo, en el cuarto. Para él soy alguien, he significado mucho, aunque ahora ese significado nos pese como una cadena. Me asomo a verlo. Duerme. Paso la noche en el estudio, delante del lienzo que ayer manché, pero no trabajo. Me tumbo en el sofá y, desde el sofá, a medida que se afianza el día, veo crecer tras la ventana el telón de sombras. Me esfuerzo en recordar la voz de Jorge antes de que la candidiasis le infectara la boca y se le pegara a la garganta y le dejara esa voz rasgada, como de borracho perpetuo. «Me gusta ese policía. Tiene una letra tan bonita», dijo cuando nos pararon los agentes de tráfico el verano del año anterior volviendo de vacaciones, y nos pusieron una multa. «Tiene usted una letra preciosa», le dijo al guardia, que se quedó boquiabierto, sin saber qué responder. Y mientras nos alejábamos del control: «No quiero que me lleves a Salamanca a enterrarme. Pesa mucho un cadáver. Si sólo fueran los huesos, no me importaría. Los huesos, con el tiempo, se quedan huecos y no pesan, pero el cadáver pesa tanto. Me da pereza que me andéis moviendo, es como si tuviera que hacer el trayecto a pie. Sólo de pensarlo, me canso. Lo bueno sería que me enterraras una temporada aquí, en Madrid, y, luego, pasado el tiempo, cuando los huesos me pesaran menos de lo que me pesan ahora (por entonces apenas podía ya moverse y cada movimiento le costaba un dolor terrible, pero aún se esforzaba por caminar, por bajar a la calle y dar la vuelta a la manzana), entonces, que me llevaras a mi pueblo. Aunque lo mejor será que nos entierren aquí, en Madrid, a los dos juntos. Los huesos huecos, sonando los del uno contra los del otro, emitiendo música cuando el sepulturero los remueve, música como de marimba, y, luego, cuando los amontonan antes de arrojarlos en la fosa común, flautas que el viento toca, los huesos». Lo dijo

riéndose: hasta entonces la enfermedad aún resultaba soportable; dolores al moverse, sí, molestias, análisis, revisiones, el coñazo de la medicación; eccemas que desaparecían tras algunas semanas de tratamiento; manchas, algunas de las cuales iban quedándosele sobre la piel como se quedan en el cemento fresco las pisadas de los gatos. Fugaces encuentros con la enfermedad, primeras tomas de contacto, aún no era una relación estable: lo peor, cuestiones de estética: granos, eccemas, manchas. «Estoy espantoso. Quién va a querer mirar esta polla con una mancha negra». Aún se podía, desde el pozo, bromear. Coqueteos del virus. El verdadero matrimonio con la enfermedad llegó luego. Ya no cuestión de estética. Cuestión de tiempo que corre contrarreloj. A Jorge le da miedo que lo incineren. Está convencido de que el fuego tiene que doler, de que, tras la muerte, aún queda sensibilidad en las células del cadáver y que el fuego ha de ser doloroso. No es una cuestión religiosa; es más bien superstición fisiológica, resabios de pueblerino que no acaba de creerse los avances de la ciencia. A mí, en cambio, lo que me da pavor es que me dejen en el cementerio, rodeado de toda esa gente espantosa, mutilada: caras sin nariz, sin orejas, harapos pegados a los huesos, pelos, uñas, todo eso que le ha dado últimamente a Alcóllar por fotografiar y cuyas imágenes cuelgan en estos momentos en la galería Esquema (ahora, en vez de florecitas y paisajes fotografía derribos que tienen una textura de lúgubres cuadros abstractos y que luego pinta a mano, los llena de pinceladas nerviosas: lo vivo y lo inmóvil, fotografía camillas de morgue, sábanas manchadas de sangre, cadáveres). Pienso en el final, en los movimientos de animales, las larvas que engordan en las pequeñas charcas de la corrupción, los roedores que clavan sus dientes en la carne podrida, las moscas gordas con irisaciones verdes que zumban; pienso con espanto en algo que se parece a un juicio final laico, una especie de máquina de la verdad que la muerte guarda, un saber de los muertos que no alcanza a los vivos. Jorge descomponiéndose a mi lado en la tumba y, a medida que avanza el proceso, conociendo mis pensamientos de los últimos meses, mis infidelidades; descubriendo la aprensión, lo mucho que tengo que disimular el asco cuando lo curo, cuando le cambio los pañales, cuyo olor me persigue a todas horas; y, después de que él haya descubierto todo eso, seguir un siglo, dos siglos más a su lado, después de ese juicio, después de ese paso por la máquina de la verdad de la muerte, quietos, horizontales, uno al lado del otro. Rechazo el pensamiento. Tampoco en mi caso se trata de prejuicios religiosos; es también en mí una superstición, una forma macabra con que se viste la culpa. Quiero pensar en el guardia que tiene la letra bonita, los ojos oscuros y expresivos, la mano regordeta, como de buen padre de familia que sostiene la cabecita de su hijo. No puedo, no puedo pensar, no fijo la imagen, y me pregunto ¿qué hago yo aquí?, ¿qué pinto yo aquí?, ¿por qué como, hablo, río, con esta gente? Ahora no me perdono haber venido.

Todas seríamos buenas si tuviéramos tiempo, y, claro está, dinero. En ese caso, ¿cómo no dedicar parte de ese tiempo, de ese dinero a hacer el bien? Como Tita Cervera, como Mari Luz Barreiros, Paloma O'Shea o Sofía de Grecia. Abrir museos,

inaugurar fundaciones, patrocinar festivales de música. Lo jodido es tener que echarle ovarios a la vida: meterse todas las mañanas en la oficina y empezar a recorrer las líneas telefónicas como las putas recorren las aceras al anochecer, emprender, a través de las líneas telefónicas, una desesperada caza de víctimas. Empezar el rollo: «Es que es un número especial. Te aseguro que la revista va a echar el resto para el número de verano. Ya lo verás. Si ya me han confirmado todos los grandes que van a estar. Mira, ¿te leo la lista? De la Ribera, vienen todas. Están todas las bodegas importantes. Del Penedés todos los que cuentan, y de Rioja, ¿te leo? Es una pena que no estéis vosotros, más que nada porque va a cantar mucho, será una ausencia clamorosa, ¡ah!, ¿que hoy no ha ido tu jefe? Entonces, nada, nada. Dile que le he llamado y que mañana a esta hora le vuelvo a llamar, ¡ah!, ¿que mañana tampoco va? Bueno, ¿y cuándo vuelve? ¿Que, como pronto, el lunes de la semana que viene? Pues entonces nada, nada, chico, te dejo el número de mi móvil y se lo das a él, por si no me pilla en la oficina. En cualquier caso, ya llamaré la semana que viene. Seguro». Clic. Primer contacto fallido. Sigo ruta. La misma canción repetida desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde. Un día tras otro, sin solución de continuidad. Eso, Tita, Sofía, Mari Luz, eso es lo difícil: la venta del aire, que era la especialidad de Carlos, de Pedrito, y ha acabado por ser la mía, y vender aire se ha puesto muy difícil en esta época de virtualidades. Demasiada competencia. Tras las carreras telefónicas matutinas, a las dos de la tarde, carrera física: corre que te corre, en busca de un taxi que te lleve a El Amparo. Este año les da por organizar todos los saraos en El Amparo, que me queda fatal para ir. Los del Somontano presentan la nueva cosecha calificada como excelente. ¡Cómo se la van a calificar, si se la califican ellos mismos! Juez y parte. Y, por la tarde, con el postre aún en la garganta, vuelta a la oficina, porque mi jefe quiere que fijemos objetivos para el trimestre que viene. Quiere cálculos aproximados de lo que puede entrar. Y cómo le digo yo que ni puta idea, que quitando la media docena de anunciantes que han firmado para todo el semestre, el resto, chi lo sa, e incluso que esos que han firmado tampoco son fijos de ir a misa, porque el año pasado los del café se desengancharon a mitad de año porque habían cambiado al gerente de publicidad aquí en Madrid y querían hacer campaña en la tele, que es lo que ahora quiere todo el mundo: invertir en tele mejor que en prensa, y menos aún en mensuales, porque la prensa que les gusta son los colorines de los periódicos, país-estilo, todo eso: éstos son los que se comen cada vez más la tarta de la publicidad y no las revistas especializadas. Bien, pues tras la reunión especulativa con el jefe en la que, cuando de entrada le transmito esperanza, si luego falla algo dice que lo he engañado, y si le transmito la verdad de lo que hay, me dice que con ese pesimismo cómo vamos a vender páginas de publicidad, tras ese trago, otra presentación, con más vino, mucho más vino, en el Ritz. Hablo con unos y con otros, me acerco la copa a la boca y alejo la copa de la boca, procurando rozar apenas el vidrio, eso al principio; pero luego pruebo, y, como era de esperar, resulta que está cojonudo el vino, muy bueno, equilibrado, con acidez, taninos potentes y suaves,

terciopelo, glicerina, un vino de puta madre, la verdad, así que me pico, y echo un par de tragos. Presentan los de una bodega nueva de la Ribera sus primeras elaboraciones, que ahora empiezan a imitar a los riojas de alta expresión como los riojas de alta expresión empezaron imitando a los de la Ribera, la rueda de la vida, el tiovivo, la ola marina las vueltas que da. Y, luego, cuando termino la presentación del Ritz, de nuevo a la carrera, porque llego tarde, a una cena con los catalanes en Paradís: éstos no se salen nunca de casa, ya pueden ir al fin del mundo, que acaban encontrando su Montserrat en Australia o en la Patagonia con la Moreneta y Pujol en la cabecera de la mesa. Son como el Papa, que tiene casa familiar vaya a donde vaya, una iglesia, un monasterio que le permiten no dormir nunca en hoteles. Tintos del Priorat en Paradís. Vino, vino, vino y más vino, y, a la una de la madrugada, otro taxi, porque nunca cojo el coche los días en los que sé que voy a volver a casa más cargada de lo habitual. Sólo faltaría que me quedara sin carnet de conducir. Eso sí que sería convertirme en mujer muerta. Sólo pensarlo me produce espanto. Días con vino, días sin coche, a no ser que la cosa sea fuera de Madrid y no me quede más remedio que conducir. Claro que, en ese caso, procuro no pasarme.

Una vez me dio por calcular lo que había tomado entre aperitivos, vinos y digestivos en una de esas jornadas maratonianas que forman parte de lo habitual de mi trabajo, y, cuando el cálculo llegó al acto de las siete de la tarde, me entró tal acojono que decidí suspender el recuento. Está claro que la mitad de la producción de las bodegas prestigiosas nos la bebemos entre publicitarios y periodistas especializados. Aquel día me dejé sin inventariar la precena, la cena y el resopón para no morirme del susto. Antes de la una de la madrugada, pero muy poco antes (y porque me he escapado de la última copa), estoy en casita, qué bien, abrir el buzón, cartas del banco, de Airtel, del Corte Inglés, letras que van a pasar a cobrar, facturas por pagar, y Josian que está durmiendo, pero que ha escrito una nota diciéndome que le deje dinero para las zapatillas de deporte, que mañana por la tarde juega un partido de baloncesto y con las que tiene ahora no puede correr (para demostrarlo, las ha dejado, fétidas, sucias y desventradas, sobre la mesa de la cocina). Juan aún no ha llegado. Ese también lleva lo suyo, el pobre, y yo creo que se lo quita de encima columpiándose cada día un poco más por ahí, dejándose enganchar por líos, lo que sea con tal de estar fuera de casa la noche que yo no estoy a la hora de cenar. No quedarse a solas con Josian parece su último objetivo para mantener la familia. Si es que se le tienen que poner los pelos como escarpías a la hora de volver, para encontrarse con Josian todo el rato refunfuñando y las cosas tiradas por todas partes menos el día que viene la asistenta. Y, a todo eso, miro el extracto del banco y descubro que el cabrón de Carlos aún no ha ingresado la pensión, y eso que el extracto abarca hasta el día veintitrés, así que tengo que llamar otra vez a la abogada para que le dé un toque, porque ése, en cuanto te descuidas, se da andana y luego todo es pedir perdón y decir que no hay que llevar las cosas tan lejos. Encima, hace una semana me llamó Pedrito y, a continuación, Demetrio, y luego Amalia, y un par

de días más tarde, Guzmán: me llamó la excélula de Unidad de Comunistas en pleno, para decirme que acudiera hoy a cenar con ellos a Nicolás, que Carlos y Pedrito se venían de Denia a Madrid, con la intención de reunirse con los viejos camaradas. Para celebrar no sé qué aniversario de la caída. De derrota en derrota hasta la victoria final. Y, encima, deciden celebrar el evento en Madrid. Qué se les habrá perdido por aquí. Si putas mejores y más baratas tiene que haberlas ahora mismo en Denia, y eso ha sido lo que le ha gustado toda la vida a Pedrito, armar barullo, hablar sin ton ni son, manipular a unos y a otros, emborracharse, follarse a la que caiga y, si no cae nada, irse de putas. Qué andarán tramando esos dos. Además, hoy en día, del pasado, de ese tipo de pasado, sólo presumen los políticos: para el resto de la gente, haber estado en la cárcel hace tiempo que ha vuelto a ser sospechoso de algo: drogas, marginalidad, terrorismo. La gente se calla esos pasajes de su historia. Ni siquiera vuelve la vista atrás para no tener que recordarlos y callarlos. Excepto los políticos, que viven de maquillar eso, precisamente eso, a quién le apetece recordarlo, qué currículum se revaloriza con esos recuerdos. ¿Yo a cenar con el mamón de Carlos, que si te he visto no me acuerdo, que ni se acuerda de que ha estado casado y viviendo con una mujer, ni en la vida se ha acordado de que ha tenido hijos? Lo de Pau tuve que tragármelo yo enterito, aquí en Madrid, y si no llego a decírselo, ni se entera, y se lo dije al final, cuando la cosa no podía ser ya, cuando me había limpiado dos veces la casa, y le quitaba el dinero a Irene, y estaba más allá que acá, con veinte años cumplidos, no un niño, no, y va Carlos y me dice: «¿Pero tú crees que es serio lo de Pau? Tampoco hay que ser alarmistas. Nosotros también hemos consumido de casi todo». «Sí, Carlos, pero es que tu hijo es yonqui, ¿o es que no te has enterado?». Y él, «vaya, vaya, joder, joder», y de ahí no lo sacabas. Ese se lo ha montado de puta madre. Un artista, un creador. Creo que está solo, que no tiene novia, ni nada de eso, según me cuenta Demetrio, que lo ve en Denia de vez en cuando. Aparte de que para aguantarlo hay que echarle valor y la gente ya no está para eso y al segundo lío en que la metes, te dice ahí te quedas, creo que si no se busca novia es de puro vago. Se lo ha montado de la hostia, ahí en Denia, mirando el mar; por la mañana, a ver si engaño a algún alemán y le vendo alguna de esas mierdas que construye Andreu; y, por la tarde, a ver si pongo el huevo literario, o, no, hoy no estoy inspirado, hoy me bajo al bar y me pongo morado de cuba libres y me subo dando tumbos a casa, con lo cual, la inspiración lo abandona tres o cuatro días más, porque las resacas de Carlos son de aúpa, y las borracheras, en fin, permanentes ganas de guerra: se hartaba y venía dando voces, diciendo que yo había echado la llave de seguridad para que no pudiera entrar él. «Lo que pasa es que llevas una castaña que no encuentras la cerradura», le decía yo, y él, furioso, y, a última hora, incluso violento, que si esta casa también la pago yo y lo que coméis lo pago yo: no pagaba nada, hacía la revolución, tertulias literarias, barra fija y barra libre. Yo estuve primero en la enseñanza, un colegio privado; pero luego enseguida me proletarizaron y trabajé en una fábrica textil en Villaverde, que se llamaba Filexport. Años duros, sombríos, y yo

creo que él hasta se enteró poco de que lo eran. La economía doméstica no iba con él, no era una asignatura que se estudiara en su carrera. Como siempre, en las nubes. Sacando la cartera para invitar en la barra y sin enterarse de que estábamos a mediados de mes y ya no teníamos ni para el pelargón de los niños. Calla, calla, que se lo monte como quiera, que pase la pensión de Josian y que nos deje en paz. Lo de Josian no es broma, porque los niños de ahora son clientes. En cuanto empiezan a hablar, se convierten en clientes. Nosotras heredábamos la ropa de primas, de hermanas mayores, nos vestíamos todas igual, comíamos lo que había, pero estos cabrones quieren marcas: hasta la comida basura la quieren de marca. Es como si vivieran en un supermercado. No quieren ir de excursión, quieren ir de tiendas. Los llevan a ver una ciudad, un museo, y se escapan y se meten en la primera galería comercial que encuentran. Eso es lo que es para ellos el mundo, un supermercado gigante: las calles son estantes en los que se exponen productos. Eligen el deporte que les gusta por la ropa que tienen que comprarse, y se inclinan por una actividad o por otra teniendo en cuenta si les sienta mejor el vestuario de baloncesto o el de fútbol, casi peor ellos que ellas. Si les compras algo, siempre es precisamente el modelo que no querían. El pobre Juan, para eso, ha sido un santo. Se lo ha llevado al fútbol, y el niño viene y dice que se ve mejor por la tele. Le regala la camiseta de Hierro y resulta que él quería la de Raúl. Le compramos la moto y dice que la cojonuda es la de su amigo. Yo creo que el día menos pensado Juan nos mandará a los dos a tomar por el culo y se largará. Yo, en su caso, ya lo hubiera hecho. La verdad es que cada día llega más tarde a casa, tiene más cenas y reuniones intempestivas con proveedores y clientes, y cada vez son más los fines de semana que se tiene que ir a la feria del mueble de Valencia o a la de interiorismo o como se diga de Barcelona. No digo que no sea buen tío, que lo es. Es buen tío. Y se enrolla. Sé que me quiere y que yo lo quiero —sin terremotos— a él. Es lo contrario de lo que era Carlos, que siempre estaba atormentado, reconcomiéndose, ahora no me sale lo que estoy escribiendo, así que estoy jodido; ahora me sale, me está saliendo, así que no me molestéis, largaos los niños y tú por ahí unos días, o estaos quietos en la cocina, lo que sea, pero dejadme solo. Un coñazo. A Juan lo ves disfrutar. Está viendo «Mister Bean» en la tele, y se mea de risa, y yo me río con él. Yo creo que reírte con tu pareja es buena señal. Ponen en la tele *Víctor o Victoria* o *Con faldas y a lo loco*, o *El Guateque*, o *La pantera rosa*, y te llama esa tarde y te dice: «¿A qué hora vienes?, ven pronto, y así vemos la película juntos». Y eso a mí me parece maravilloso. También disfruta como un enano cuando come. Es un sibarita, pero, además, es que se esfuerza por serlo, le pone empeño, le gusta aprender. Si alguna vez me acompaña a algún acto, a alguna presentación, a cosas de mi trabajo, enseguida se pone a hablar con los bodegueros, y entorna los ojos y dice: «hum, prueba ese vino, y a ver si aciertas con qué variedad está elaborado». Disfruta si salimos al campo, jugando con Josian, chapotea como un niño si vamos a la playa, se pega como una lapa si bailamos juntos, dice: «a ver si sabes lo que te haría si se apagaran las luces ahora mismo». Con Juan he descubierto

que Carlos era, sobre todo, un coñazo. Yo estuve muy enamorada. Cuando lo conocí, me gustaba su aire de misterio, como de estar en otra parte. Parecía que tenía muchas cosas dentro que una no iba a acabar nunca de descubrir. Al principio sí que era así. Me llevaba a museos, me hablaba de libros, me leía poemas en voz alta, hacía que me fijara en los tonos que adquiría la luz y en cómo cambiaba el paisaje, o ganaba volumen a medida que caía el sol sobre la torre de una iglesia. Romántico. Luego, una vez que tuvo claro que ya me había conquistado, todo era: ya sabes que te quiero, tampoco se trata de repetirlo a todas horas, mi forma de quererte es no querer a nadie más, y la tuya tiene que ser dejar que me concentre, que escriba, que lea, que duerma la siesta, porque no es que esté exactamente durmiendo, sino que estoy pensando, concentrándome en un capítulo. Decía: «Si alguna vez notara que te dejo de querer, te lo diría». Y yo: «pero si no es eso, Carlos, si es que a las mujeres nos gusta que nos digan que nos quieren. O yo no sé si les gusta a las otras mujeres o si no les gusta, yo sé que a mí me gusta que me digan que me quieren». Me leía la novela que estaba escribiendo, me fijaba en los personajes que salían, y me decía a mí misma: «Dios mío, no me digas que ésa es la opinión que tiene de mí; que eso es lo que piensa del amor», porque, en sus libros, el amor era «un intercambio de espejismos que facilita el intercambio de líquidos, un lubricante». Se refería a la saliva, al semen, a los flujos y decía que formaban parte de la «economía animal, para que la reproducción se lleve a cabo con el mínimo esfuerzo». Según él, eso era el materialismo, pero si le decías que una cosa es el reino animal y otra los seres humanos, que hemos establecido un pacto, un pacto social, de convivencia, de buenas costumbres, se defendía diciendo que no tienen que ver las opiniones que expresan los personajes de una novela con las que el escritor mantiene en la vida normal, de cada día; aunque yo creo, siempre lo he creído, que Carlos es lo mismo en la vida que en sus novelas (escribió tres o cuatro, pero, que yo sepa, sólo ha publicado una en una editorialucha de mierda, de esas que viven de las subvenciones de los ayuntamientos y las autonomías; las guardaba en carpetas, las rompía una tarde de borrachera, montaba el número quemándolas, aunque me imagino que guarda copia de todo).

No es tan desinteresado como finge, tiene un punto de frío cálculo). Yo pensaba: envejecer juntos, tranquilamente jubilados, en una casita cerca del mar; a lo mejor volver a Denia, él escribiendo, yo cuidando el jardín, yendo al pueblo a esperar los barcos para comprar pescado fresco y cocinarlo esa misma noche. Yo pensaba así. Y, entre tanto, él escribió en un libro: «la vejez, te has dado cuenta de lo mal que huele la vejez. Me asusta pensar en esa etapa que ha de llegarnos en el supuesto de que tengamos suerte». A Demetrio se lo he dicho en alguna ocasión: «Después de la experiencia con Carlos, puedo asegurarte que desconfío de la gente espiritual. Los artistas tenéis malas digestiones. Utilizando el lenguaje de la propia novela de Carlos: “oléis de una manera odiosa”». Él se ríe. También Demetria dice desconfiar de los artistas. A lo mejor por eso le ha ido siempre mal. Demetrio, quizás porque ha llevado su propio rollo un tanto al margen, con su amigo, siempre ha sido el mejor de todos

ellos. Cada vez parece menos un artista. Será porque siempre se ha tenido que buscar las judías por su cuenta, en otras cosas, y se ha rodeado de otra gente. Bueno, y Amalia, si la sabes llevar, y le aguantas su parte doctrinaria, por suerte una piel de zapa cada vez más exigua, tampoco es mal paño. Así le va. Yo, sin duda, prefiero a Juan, antes que a Carlos, a Guzmán, a Taboada o a Elvira (me dijo Demetrio que también el tándem Taboada-Elvira iba a acudir a la cena), y no digamos ya a Narciso. Estoy convencida de que a ellos Juan les parece un bruto. No lo es, ni mucho menos. Lo único que pasa es que sabe que tenemos una vida por delante, y sólo una, de la que hemos consumido dos tercios, y le gusta disfrutar lo que nos va quedando. Y aunque fuese un bruto, un animal, siempre es menos desagradable el olor de un animal que el de un humano enfermo y malhumorado. Vamos a Gredos, a Arenas de San Pedro, que es su pueblo, y se convierte en un niño, habla con sus primos, se ríe a carcajada limpia de cualquier bobada con esos paletos, y él es un paleta más, y besa a sus tías, y levanta a su madre por la cintura a un metro del suelo. Tiene esa capacidad para adaptarse a las situaciones, para conocer el alma de la gente, lo que la gente necesita, que tienen los viajeros. Yo creo que conoce mejor a la gente el viajante que el novelista: al menos es lo que me dice mi experiencia de mujer que estuvo casada con alguien que quería ser novelista. No sé si el trabajo de vendedor de pisos le habrá abierto los ojos a Carlos. Me da la impresión de que no; de que para él lo de los pisos es una cruz que lleva encima y de la que se cura por las tardes, ante el ordenador, que es donde vive lo que él cree su verdadera vida. Su gran proyecto vital, su aventura intelectual. En el fondo, siempre ha sido un bobo. El viajante tiene que permanecer a la altura de las situaciones en las que le toca estar y de las circunstancias que le toca vivir. Tiene que moverse con agilidad, analizar de una ojeada al cliente. Esa adaptabilidad es sabiduría, pero también da un poco de miedo. Incluso llegas a pensar: «A lo mejor, les dice cosas parecidas a las que me dice a mí a las chicas que se encuentra en sus viajes, a las secretarias de los stands de las ferias a las que acude; a las que ve en las barras americanas por la noche», porque, ahí sí que me duele, a veces me da por pensar que, con esos proveedores y clientes, es seguro que termina las noches por ahí, en tugurios, en whiskerías, y en esos momentos sí que maldigo su facilidad de viajante para adaptarse, incluso para halagar, pero, si pienso en eso, se me viene el mundo abajo, ya no sólo por temas de amor, de celos, sino incluso de salud, porque, con los tiempos que corren, me aterra pensar que pueda irse por ahí con alguna de esas nigerianas o brasileñas, o españolas, qué más da, y que lo infecten, le peguen algo. Porque nosotros hacemos el amor con total libertad. Sin poner ninguna precaución. Hacemos de todo. Él me ha jurado que, si alguna vez mantuviera relaciones con una mujer («alguna noche de borrachera, que perdiera el control y me fuera de putas, a pesar de que lo odio»), me lo diría, a la mañana siguiente me lo diría, y que se haría los análisis que hicieran falta para asegurarse de que estaba limpio. «Estate tranquila, mi vida, que a mí no se me ocurriría acabar trayéndoles basura a los de mi casa», eso dice. Su casa soy yo, es Josian (Irene hace su vida,

apenas cuenta), son los dos hijos que tiene de su anterior matrimonio, que ya son mayores y vienen con nosotros un fin de semana sí y otro no. La casa de Juan es esta casa que nunca termina de ser nuestra, y por la que trabajamos los dos como mulos. Esa es la virtud de Juan, que puedes hacer planes a medias con él, puedes decir, a ver si entre los dos, puedes decirle que, cuando acabéis de pagar la casa de Madrid, estaría bien ponerla en venta y, con ese dinero, comprarse un buen chalet en la costa (allí los precios de las viviendas son la mitad) y quedaros a vivir en algún sitio, que no sea Denia, claro, porque allí está el tonto de Carlos. Puedes decirle cosas así y él está de acuerdo y hace planes y dice, yo podría pedir plaza en Valencia, o en Alicante, y quedarnos como príncipes al lado del mar; puede decirte un montón de cosas y no verse obligado a soltarte eso de que la vejez huele mal. Además, para entonces, Josian ya estará en la universidad y mejor ambiente y más fácil de acabar la carrera en Valencia o Alicante que en Madrid, eso seguro. Aunque no sé qué es lo que tiene en la cabeza el cabrón de Josian, porque no te dice ni mu, no te dice ni lo que quiere ser ni lo que no quiere ser. Saca los cursos con notas aceptables, a pesar de que la tutora me dice que tendría que sacarlo todo con matrículas y sobresalientes, porque es muy listo, pero que no estudia nada, incluso este año me avisó de que, a mediados de curso, pilló la manía de escaparse de clase con un grupo, y que a dos de ese grupo los denunciaron unos vecinos por aporrear las puertas de las casas, tocar los timbres y sentarse a fumar canutos en el descansillo de una finca semiabandonada que hay cerca del instituto y en parte tomada por una tribu de ocupas. Que fume canutos me asusta tanto, después de lo que tuvimos que vivir con Pau, todo aquel calvario. Yo lo hago de vez en cuando, me gusta la maría, me pone bien, me anima y me tranquiliza, lo hicimos todos de jóvenes, y no pasaba nada, pero ahora están esperándolos como buitres los camellos, me asustan las compañías, me asusta que no se vaya abriendo paso, que a mí me ocurra algo, que ocurra algo y él no sepa defenderse. Cada vez que veo a alguien arrastrando un carrito de esos que roban en los supermercados para meter los trastos, cada vez que veo a esos tipos sin afeitado, con los pantalones tiesos y sucios, arrastrando un carrito metálico lleno de mierda, de trapos y basuras, se me encoge el corazón, gente durmiendo encima de un banco, en el hueco de un portal, tapados con cartones, envueltos en papel de periódico. Eso sí que me da miedo y no el olor que pueda o no tener mi cuerpo cuando sea vieja. Estaré con algún viejo, y, entre ellos, entre viejos, no se distinguen el olor, que es verdad que lo tienen, como a piel macerada y a orín y a caca mal lavada, sí que lo tienen ese olor, mezclado con colonia, pero lo tienen; ahora hacen deporte, caminan, hacen footing casi hasta los ochenta años y llevan dentaduras caras que parece que sean propias, si no fuera por lo blancas que están, por lo fuertes y perfectas que se muestran, corren, dan saltos en la playa guiados por un monitor, se visten con ropas de colores, pero la vejez no se la quita nadie. La vejez, yo tengo cincuenta y seis, Juan cumplirá pronto los sesenta. Los dos fumamos, los dos bebemos, los dos hemos vivido, cada uno por sus motivos, a un ritmo más rápido que la mayoría de la gente. Yo, de joven, en la facultad, en los

años de después de la facultad, en la fábrica, en la oficina, metiéndome en todos los líos, pasando más horas en la barra del bar y en las reuniones de célula que en casa, probando todas las cosas, acostándonos a las tantas y metiéndonos todas las porquerías en el cuerpo; mal comidos, mal bebidos, mal vestidos. Éramos rebeldes, nos alimentábamos del aire, seguramente porque lo único que éramos era vendedores de aire, que decía el padre de Carlos. «Vendéis la nada, vendéis el aire», decía el viejo albañil. Sí. Qué le voy a hacer. Me enamoré de un vendedor de aire, Carlos, y, mira por dónde, al final es lo que yo he acabado vendiendo. Aire. Yo que quería ser maestra, que quería enseñar, Piaget, los cursos de Rosa Sensat, la pedagogía activa, todo eso, y que ahora me dedico a engañar. En vez de que encuentren la verdad, empujarlos para que se pierdan por el camino de las mentiras, taparles los ojos y darles vueltas como peonzas hasta que se desorienten, la gallina ciega, que no otra cosa es la publicidad. Si cierro los ojos, aún puedo ver a Carlos en el paraninfo de la facultad recitando aquellos espantosos poemas contra Franco que componía, «si el aire amenazara la muralla, yo aire fuera; si la voz la suela de la bota amenazara fuera yo sólo voz; si el aire de mi voz tumbara las banderas de la torre del odio, en aire convirtiera yo mis sueños». Recuerdo los horribles versos de Carlos, que hoy lo avergonzarían si se los recitara y que, en cambio, los oyentes del paraninfo le aplaudían a rabiar, porque los consideraban antifranquistas. El antifranquismo era una patente de corso para casi todo. Yo la verdad es que no me avergüenzo de nada de lo que hice. Se lo decía a Carlos, se lo he dicho a Juan. Lo hablo de vez en cuando con Demetrio, quien también está convencido de que no ha abandonado ningún camino, sino que sigue su curso, aunque lo suyo sea aún más patético que lo de los demás. También lleva su desgracia a costas Demetrio. Otros paisajes, otros ojos para mirarlos. Fuimos así, porque los tiempos eran así, del mismo modo que los niños de hoy son clientes naturales del Corte Inglés desde el día en que nacen, nosotros, con el franquismo de por medio, fuimos clientes naturales de la revolución. Carlos llevaba el pelo muy largo y era rubio (ahora es de color ceniza el que le va quedando). Le caía el pelo rubio por encima de los hombros y estaba muy guapo con aquella cara tan pálida, los ojos hundidos en sus alvéolos levemente amoratados, las manos delgadas sosteniendo la cuartilla en la que había escrito sus poemas, «si el aire de mi voz tumbara las banderas de la torre del odio». Aire. Hoy sé que todo aquello era nada más que aire, pero me da pena, no me arrepiento. Me da pena, porque ahora cada uno vamos a lo nuestro. Se lo digo a Juan, y se ríe de mí: «Pues claro, cada uno a lo suyo, eso es lo bonito; que cada uno vaya a lo suyo, se meta en sus cosas y no en las de los demás, y todo el mundo viva. Lo otro, lo de que empiecen a controlarse los unos a los otros, es el principio de las dictaduras». Yo intento explicarle que no era así, que se trataba de colaborar, de ayudarse los unos a los otros, de unirse para que los empresarios no hicieran lo que quisieran con los trabajadores, como hacen ahora. Él no lo entiende. No vivió todo aquello, no tuvo aquella formación. Él se licenció de economista a base de hacer cursos por correo, tuvo que trabajar mientras estudiaba y

nunca pisó la universidad y los que podíamos permitirnos el lujo de pasarnos el día allí y encima correr delante de los guardias y tirar sillas y pupitres por las ventanas, éramos unos pijos, unos señoritos privilegiados, aunque procediéramos de familias obreras. Intento explicarle que no era así exactamente, que había mucho pijerío, pero que otra gente se arriesgaba, se jugaba muchas cosas, incluida la vida, no es broma, hasta la vida, porque creía en el bien común, y ahí Juan dice, «pareces la Pasionaria», se ríe, me besa, «algo de eso aún te queda, rojilla», me dice mientras me mete la mano por debajo de la falda. Es su parte positiva, su capacidad para ir al grano que, en unas ocasiones, me gusta, me descansa, pero que, esas veces, me recuerda que una sola persona no cubre todas las parcelas de otra; puede cubrir un setenta, un ochenta por ciento, pero siempre hay parcelas yermas, que están pidiendo que alguien venga a cultivarlas, a sembrarlas. Mi amiga Amalia cubría esas parcelas. Quedaba con ella y con el grupo de viejos amigos, tomábamos copas en Violette, cenábamos en Nicolás, en La Playa, y esa noche yo tenía esa parcela cultivada hasta la saturación, plantada hasta que la simiente se me salía por las orejas y me daban ganas de vomitar con tanto rollo ideológico, cuando, ahí, quien más y quien menos había dejado la ideología de lado cuando le había convenido. ¿O es que Amalia no perdió el culo por amarrar la plaza de Bruselas en cuanto Narciso se la consiguió? Luego ha renegado de la plaza, del socialismo y de Narciso. Hay gente capaz de estirar la ideología como si fuera un chicle. De hacer tranquilamente cosas que no se corresponden entre sí y hacerse la idea de que todo obedece al mismo proyecto. Esas noches quería más a Juan cuando volvía a casa. Si él ya se había acostado, lo acariciaba hasta despertarlo. Y él tenía celos. Se creía que lo que hacía era lavarme con él la mala conciencia de haber estado con alguien, o calmar la excitación que alguien me había provocado. Se equivocaba, lo que pasaba era que volvía a reconciliarme conmigo misma, con la vida que había elegido: entendía por qué me había separado de aquel grupo que me parecía pedante, insufrible, y había decidido vivir con Juan, a quien ellos sólo conocen de refilón, del día de la boda y de media docena de cenas que no discurrieron todo lo bien que yo hubiera deseado, porque ellos y Juan son agua y aceite, él los considera unos gilipollas y ellos lo consideran a él un hortera. Qué se le va a hacer. Yo, como ese coloso de Rodas que aparece en los grabados, con las piernas abiertas y un pie en un muelle y el otro en el otro. Entre las piernas, le pasan los barcos. Así yo, con un pie en cada lado, y pasándome por la Puerta de Alcalá casi todo, porque lo importante es seguir viviendo, porque lo importante es tocarte los pechos por la mañana y no descubrir ningún bulto, mirarte la cara, la frente, y no descubrir que alguna peca ha empezado a crecer incontroladamente; que no te ocurra como a Elisa. Me reconcilié con ella en aquellos momentos, la admiré, admiré la entereza que mostró ante la enfermedad aquella mujer a la que parecía que habían invitado a tomar el té de la revolución a las cinco de la tarde y que ella se lo tomaba cogiendo el asa de la tacita con la punta de los dedos y limpiándose cuidadosamente los labios a cada sorbo, cursi: aún recuerdo el último día que pasé por su casa a llevarle bombones y

una botella de champán (el médico le había dicho que podía beberse algún traguito). Estaba tan asustada ese último día. Luego, en el descansillo, su madre movía la cabeza y lloraba, pero se recuperó enseguida y dijo: «lo peor ya ha pasado», y cuando lo dijo, no sé si esperaba que me lo creyera yo, o creérselo ella, porque yo había visto lo que había pasado mi madre, y lo de Elisa me parecía como una repetición de la misma obra de teatro, porque, además, a aquellas alturas, todo el mundo sabía, o intuía, que durara lo que durase, Elisa tenía ya firmada la sentencia. A mí me lo dijo Amalia, y también Demetrio me lo dijo. El único que, como de costumbre, no se enteró de nada fue mi ex. Yo creo que las recuperaciones de última hora de Elisa fueron fruto de su propia conciencia: estaba en ese momento en que uno echa el resto porque sabe que la carrera, el partido se va a acabar enseguida; el sprint de los ciclistas a la vista de la pancarta que pone meta; el esfuerzo inhumano de los jugadores de fútbol que necesitan romper el empate para clasificarse, cuando la pizarra anuncia que el árbitro añade tres minutos de prórroga al partido.

Y de repente, vuelve Pedrito Vidal a cruzarse en mi vida. Estoy tranquilamente sentado en la butaca de lona del jardín, suena el móvil, yo me creo que es Anamari, la secretaria, que ha quedado en llamarme para que preparemos el documento que tengo que leer sobre la red de contenedores europeos de cultura, y resulta que no es ella, sino una voz ronca y desconocida, que juega al escondite, que juega a adivina quién te llama esta noche, y yo que estoy a punto de colgar porque no, no adivino, y pienso que puede ser un gamberro o un loco o un maníaco, y que entonces me dice: «Narciso, gracias a ti leí a Céline, y tú leíste a Baudelaire gracias a mí», y yo, «ni idea, no sé de qué me hablas», porque yo a Baudelaire no lo leí gracias a nadie, lo leí porque sí, porque ya había leído un par de párrafos que hablaban de él en el libro de francés de cuarto de bachillerato, y me había fascinado esa cosa romántica y desgarrada que él tiene y que tanto les gusta a los jóvenes y la cara de sufrimiento que mostraba en la foto, así que, cuando estuve por primera vez en París, en el año sesenta y pocos, ya me había comprado un librito de poemas suyos alguno de los cuales me aprendí de memoria y le recitaba a Amalia al principio de conocernos. Así que le digo: «mira, no sé quién eres, seguramente un compañero de la facultad» (eso pensé, un antiguo compañero de la facultad que solicita un favor, la política es una red que arrastra con demasiada frecuencia viejos y siempre interesados cadáveres del pasado en busca de una influencia); eso pienso: éste es alguno que quiere pedirme algo, y, mientras pienso eso, empieza a resultarme conocida la voz, lejana, pero conocida, y me sale automáticamente el nombre y digo: «Pedro. Tú eres Pedrito Vidal», y él se ríe, y sigue hablando, ahora con una voz que expresa confianza, como si el hecho de reconocerlo quisiera decir que me acuerdo de él en el sentido de que lo echo de menos, de que pienso en él, de que me falta o es referente de algo para mí. Me dice, «Pedrito, pues claro que soy yo, ¿tanto me ha cambiado la voz?». Y yo no sé si me alegro de haberlo reconocido o no. La verdad es que me pongo en prevengan, porque Pedrito nunca echaba una puntada sin hilo, y no sé qué hilo quiere

coserme ahora. «Claro, claro que me acuerdo», le digo, mientras me pasan por la cabeza un montón de cosas, me pasa su cara redonda, me pasan sus manos anchas, me pasan habitaciones, carreras en la calle, él entregándome un cóctel molotov delante de un escaparate y lanzando antes que yo la botella y diciéndome: «tira, enciende y tira enseguida», y quitándome la botella de las manos y encendiéndola y arrojándola él, dos explosiones y las llamas silenciosas, ardiendo los objetos del escaparate, los trajes, los zapatos, las llamas apoderándose de las cabezas de los maniqués, desolador, y yo fascinado mirando ese fuego y el humo negro; inmóvil yo, los ojos fijos ante aquel espectáculo violento y terrible que me hace pensar en la diferencia que hay entre las palabras y los hechos, descubrir que soy incapaz de unir ese trecho, saltar de las palabras a los actos; que la teoría, lo que se escribe o dice, es la perfección y que la plasmación es atroz: la superioridad de la palabra sobre la vida, pienso sólo en unos segundos, porque él tira de mi brazo, «corre, corre», grita tirando de mí y yo lo sigo, corremos hasta la esquina y a continuación empezamos a caminar con falsa calma, ajustamos los pasos al ritmo de los peatones que circulan por las aceras, pero el corazón palpita como si corriese a toda marcha, cuando pasan a nuestro lado un par de furgonetas de la policía que se dirigen hacia el lugar en el que el fuego debe de seguir quemando maniqués y prendas de ropa, y yo siento asco como si la ceniza, la grasa negra que chorrea de prendas y maniqués me hubiera pringado las manos, me hubiera manchado no con una mancha pasajera que se lava con jabón, con detergente, sino con una mancha íntima. Pienso: el acto mancha. Sí, ésa es la frase que me repito mientras camino al lado de Pedro, de Pedrito como lo llamábamos entonces; como él ha vuelto a llamarse a sí mismo cuando me ha telefonado. La acción mancha, pienso, existencialista, camusiano, mancha para siempre, pienso. La violencia me ha ensuciado, la grasa chorreante de la gasolina en contacto con los productos químicos es ahora parte de mí. Pero luego, esa misma tarde, cuando me pide que acuda a la reunión de la célula para valorar la acción, yo me muestro seguro, expresivo, como si me hubiera emborrachado antes de empezar a hablar hablo. Digo: «Estas acciones de castigo le duelen al régimen como verdaderas heridas, porque tocan la economía de sus amigos» (los cócteles han estallado en el escaparate de unos grandes almacenes propiedad de uno de los prohombres franquistas), «crean inquietud entre la población y, además, no sólo demuestran que hay una oposición activa, sino que también enseñan al pueblo el camino: que no todo está perdido, que se puede actuar. Por eso, estoy convencido de que la violencia públicamente expresada es el acto de subversión más efectivo en el momento actual». Eso digo, así, de carrerilla, poniendo en primer plano lo público, lo que es fruto de un análisis, y ocultando lo íntimo; que lo público, es decir, esa violencia necesaria rompe lo íntimo, destruye la personalidad, convierte en un mártir a quien la practica, pero no en un mártir positivo, sino en un mártir que sacrifica su humanidad para convertirse en máquina: omito que el sacrificio verdadero de la revolución no es la privación, la disciplina, ni siquiera la tortura, sino el sacrificio del propio yo, dejar de ser persona,

que ama sueña llora o teme, para ser máquina, motor efectivo. Aunque, por qué no pensar que todo mártir tiene algo de inhumano. Todo eso pienso por la noche, mientras estoy tendido en la cama, boca arriba, y, mientras pienso así, descubro que la acción no sólo ha contaminado mi yo, sino que ha contaminado también las palabras que el yo utilizaba hasta entonces de manera pura, autosuficiente, porque mi lenguaje ahora ya no es puro, sino que está impregnado por las huellas del hollín que las llamas han provocado, ya que me implican en la acción, puesto que, si he hablado así, estoy obligado a actuar, a seguir actuando, a seguir manchando. He reconocido que ya sólo puedo ser máquina, y es entonces cuando me llega un sentimiento nuevo, que hasta entonces sólo había experimentado de refilón y que ahora se convierte en poderoso: el miedo. De repente, tendido en la cama, a oscuras, contemplando el delgado ángulo de luz que desde el borde de la contraventana se mete en el cuarto y que se proyecta sobre el techo, siento un miedo atroz: porque la acción también te vuelve culpable. Imagino que una cámara oculta ha filmado mi imagen ante el escaparate en llamas; que un paseante se ha fijado en mis rasgos y los reconoce y me sigue hasta casa, o se dirige a un guardia para decirle, éste fue el que tiró el cóctel, yo lo vi, y con él estaba otro muchacho; y el miedo, en ese caso, se ensancha porque mi culpabilidad puede extenderse cuando la policía me interrogue acerca de quién era aquel otro muchacho, cuando me acose, me torture tanto que no pueda resistir y diga su nombre. También pienso en la posibilidad de que diga mi nombre alguno de los que participaron en la reunión de célula a la que he asistido. Que diga: éste fue el que nos incitó a la violencia. Entonces, como si de la borrachera hubiera pasado a la resaca, el pánico me lleva a levantarme a buscar el paquete de tabaco y encender un cigarro, a registrar los cajones de mi casa en busca de papeles, de cosas que puedan comprometerme. Tengo la sensación de que las manos me huelen a gasolina; de que sonará el timbre de la puerta, o se oirán golpes y entrarán hombres armados en casa que olerán mis manos y se dirán unos a otros que sí, que en efecto huelen a gasolina. Irse. Irse a algún lugar. Desde detrás de los visillos de las viviendas cercanas a los grandes almacenes centenares de personas han podido presenciar mi acción. Eso pienso, y es como si la ciudad entera hubiera presenciado mi acción. Desaparecer por una temporada. Hay un consuelo grande en esa idea de desaparecer. Desaparecer, dormir durante un tiempo, quizás siempre. El consuelo de desaparecer. A veces, la forma suprema de cobardía es un rasgo de valor: escribir una carta de despedida y arrojarse por la ventana. O pedirle mañana a Pedrito que me dé algo, un arma, una bomba, y lanzarme gritando con ella en las manos contra la DGS para que disparen contra mí, que disparen contra mí y se acabe todo. Dormir, que es lo que ahora no puedo hacer. Fumo, tomo café, me pongo una copa de armañac de la botella que me traje de Francia en mi último viaje, y contemplo cómo llega el día; y el miedo empieza a alejarse de mí, a pesar de lo cual llamo a Amalia (son apenas las siete de la mañana, sé que está durmiendo, pero, a pesar de todo, la llamo), le digo: «estoy mal», y ella no sabe a qué me refiero, si le estoy contando que estoy enfermo o si estoy

deprimido, y me pregunta, y le suplico que venga, le digo que la necesito, que necesito tenerla, «sólo tú me das fuerza», le digo, y ella está en casa apenas media hora más tarde, suena el timbre de la puerta y no son los hombres armados que vienen a detenerme, sino Amalia, que me acaricia, que me besa, y me dice, «qué te pasa», varias veces, «qué te pasa», y yo le hablo de angustia vital, de que no sé qué hacer en la vida, de que nunca levantaré una casa, o escribiré un libro de poemas, «ni siquiera un buen poema», le digo, porque un buen poema de San Juan, de Quevedo contiene todo el mundo, como las píldoras de los astronautas contienen un banquete, una orgía de proteínas, vitaminas, hidratos de carbono, lo que sea, el mundo entero en unas cuantas palabras que uno se puede aprender de memoria, toda la arquitectura del mundo en el dibujo de la plaza del Capitolio que hace Miguel Ángel; y entonces, al pensar esas cosas, me entran ganas de llorar y lloro sobre sus pechos, le mojo la camisa blanca que se ha puesto para venir, y que un rato después le ayudo a quitarse, para llorar sobre sus pechos calientes, «te quiero, te necesito», le digo, y ella me besa, me muerde los labios, echa su aliento dentro de mi boca; en fin, el mundo es dolor, reducir la presencia del dolor, y expulsarlo de alguna zona concreta es la misión del hombre civilizado, y ahora Amalia y yo lo somos, somos seres civilizados: nos besamos y esos besos alejan el dolor, mientras que la violencia, mi acto de violencia, lo que ha producido ha sido el aumento del dolor en el mundo durante algunas horas (mi dolor), y también ha fallado en el otro objetivo de todo ser civilizado, la belleza, porque las llamas han destrozado la estética, la discutible pero voluntariosa estética del escaparate destrozado, el humo negro subiendo por las molduras de las fachadas de la vieja calle del centro de Madrid, lamiéndolas: la violencia se convierte en un desorden más aparatoso que el propio desorden cotidiano del régimen que, ya establecido, no necesita exhibir ese desorden, lo cubre, lo disimula. Ampara una violencia callada, oculta, secreta. Amalia dice: «yo también te quiero con locura», y me acompaña en el llanto, llora conmigo, a mi lado, mis lágrimas mezclándose con las suyas. Y esa noche se queda a dormir en casa, rompemos el pacto que, a instancias mías, habíamos hecho de mantener la independencia, no quedarnos el uno en casa del otro previo acuerdo, sino sólo si viene al caso, si el hecho se produce, si estamos juntos donde sea y, de repente, nos parece bien quedarnos juntos a dormir, e incluso ponemos la condición de que dormiremos en la casa —la suya, la mía— que más cerca esté del lugar en que nos encontremos cuando sintamos el deseo de estar juntos, todo eso para no oficializar nada, para no establecer a priori nada. Pero, esa noche, todos los propósitos se vienen estrepitosamente abajo. Pedrito, sin saberlo, es el padrino de nuestra boda.

Acaba de casarnos. Pasamos juntos el día, sin salir de casa, como dos convalecientes, y a la tarde siguiente ella sigue en casa hasta que decide que nos acerquemos un momento al piso que comparte con unas amigas para recoger la ropa. Y así empieza nuestra vida en pareja, nuestro matrimonio, una cura contra la violencia. Y, tres días más tarde, voy a la facultad, me presento ante Pedrito para

citarlo a solas en una cafetería en la que sabemos que no podemos encontrarnos con nadie, con ningún conocido, y yo, no sé por qué, quizás por ese mismo sentimiento de autocastigo que me ha llevado a pensar en arrojarme por la ventana, o a decirle a Amalia que la quiero con locura, que no podría vivir sin ella, cuando sé que es más bien lo contrario, que la necesito, sí, pero que no podré vivir con ella, pues quizás con el mismo sentimiento le confieso a Pedrito que he mentado ante los miembros de la célula, que he dicho cosas que no creo, o, mejor dicho, que sí que creo, porque sí que creo que la violencia es el único lenguaje que el régimen entiende, del que se duele, pero que se trata de algo para lo que no estoy capacitado, ni quiero estarlo, y él me dice: «claro, tú tienes cosas que perder, no sólo cosas materiales, sino de ti mismo, tienes un alma sensible, alimentada con la poesía, con la música, con la filosofía, y no estás dispuesto a entregársela, quieres guardarla. No te importaría, hoy por hoy, no sabemos más adelante, entregar tu esfuerzo, tu dinero, el de tu familia, a eso estarías dispuesto, pero quieres guardarte el alma, que es, precisamente, lo que más falta le hace ahora mismo a la revolución». Se rio. «Normal, es normal. No entregar las cosas materiales que posees te haría sentirte mezquino; en cambio, no entregar tu espíritu te hace sentirte bien, te hace sentirte precisamente eso, espiritual. Los intelectuales amáis vuestro yo por encima de todas las cosas; más incluso que el dinero. En cualquier caso, creo que te portaste bien en la reunión, diste ánimos, te comprometiste en público. Y eso está bien. Mejor así que lo contrario. Que hubieras decidido regalarle tu alma a la revolución en privado y hubieras traicionado en público. Lo importante es lo que uno representa en público, las dudas que tenga en privado se quedan para los psiquiatras, o, en caso de los creyentes, para los curas. Como secretario de la célula, te felicito; como amigo, te compadezco. Yo también tengo dudas, miedo, pero he aprendido a saber que lo que yo tenga les sirve de poco a los demás. Yo soy mis actos, no mis deseos ni temores». Y todo eso es lo que se me cae encima en cuanto reconozco la voz de Pedrito al teléfono. Eso, y una noche de no sé cuántos años después; sus brazos rodeando las caderas de Amalia, sus manos en las nalgas de Amalia mientras bailan. Yo estoy tumbado en una colchoneta, he bebido más de la cuenta, he discutido con Amalia, he pensado que no quiero volver a verla, «separémonos de una puta vez y a ver si así me dejas en paz», le he dicho, y ahora, cuando veo las anchas manos de Pedrito en sus nalgas, vuelve el deseo de verla, de verla desnuda, de tocarla. El niño está harto del juguete, pero no quiere regalárselo a nadie, que nadie lo use y disfrute con él. Pienso que es eso, pero no puedo remediar que me duelan las manos de Pedrito, anchas, gruesas, abarcando las nalgas de Amalia. «Es mi juguete y me lo estás robando», pienso. Le gustaría follársela. Todos quieren follarse a Amalia, saber qué guarda ese cuerpo rotundo, qué esperanzas se escapan de sus labios entreabiertos cuando respira por la noche, dormida. Amalia tiene esa capacidad para parecer que guarda no se sabe qué oculta delicadeza, qué calor oculto y suave, hasta que descubres que es un muro, una pared húmeda y fría que te deja fuera, solo, una pared bien construida, eso sí. «Nunca sabrá nadie lo que

me has contado», me dijo Pedrito, «estate tranquilo. Soy tu amigo, pero aunque no lo fuera, no diría nada. No le conviene a la revolución saber que te quieres más a ti de lo que la quieres a ella. A mí me conviene mostrar que hay mucha gente que la ama, ya sabes que la gente acude a apoyar aquello que tiene apoyos, que la gente ama lo que los demás aman y huye de lo que los otros abandonan. Cuestión de celos, ya sabes». Lo pensé aquella noche. Yo amaba a Amalia sólo por culpa de los celos. Estaba amándola en aquel instante, aunque yo sabía que no era verdad, no, no la amaba, seguramente nunca la había amado; necesitado, sí, querido, también, y deseado, pero eso que se dice amar, esa borrachera que te lleva a no dormir o a no comer, o a que no te importe morir si mueres con alguien, eso no lo sentí nunca por ella. Y, desgraciadamente, luego me di cuenta de que ella sí que sentía por mí algo parecido a eso. Amalia fue capaz de transformar ese sentimiento, de invertirlo. Lo convirtió en energía negativa trabajando contra ella misma, contra mí. Educó a la niña desde esa energía, se la contagió. No se ha curado nunca Amalia. Las palabras tienen consecuencias. Dices te quiero y pones en marcha cosas, pones en marcha una maquinaria dentro del cuerpo de la otra persona, una maquinaria que ya no se para nunca, que trabaja en cualquier dirección.

Rita estaba claro que no iba a venir, me lo dijo enseguida, en cuanto la llamé por teléfono: no quiere saber nada de Carlos. Como Elisa conmigo: «No quiero volver a verlo», me ha dicho cuando he hablado con ella. Le ha faltado decir «en la vida», pero, claro, ellos tienen hijos y eso siempre deja puertas abiertas. Si tienes hijos, no puedes decir no verlo más en la vida, tienes que decir no verlo, como un deseo constante, como una filosofía que, de vez en cuando, se transgrede, un principio general que admite excepciones, una norma que el estado de necesidad suspende periódicamente. En cambio, aquí está Taboada, con esa novia suya novelista, Elvira, que hace como que no me conoce («no, no lo recuerdo», le ha dicho a Taboada cuando nos ha presentado de nuevo), a pesar de que tuvimos un encuentro en Denia y charlamos durante un buen rato a pocos metros de donde roncaba su marido una notable borrachera. Esos dos, Taboada y Elvira, no sé qué pintan aquí. Los ha convocado por su cuenta Guzmán, que sigue acumulando relaciones para su imaginaria biografía política. Taboada no estuvo realmente en la célula con nosotros, su mérito, el de él, el de Taboada, fue defendernos, ser nuestro abogado defensor cuando nos trincaron. Pues gracias. Entonces los abogados no cobraban, o cobraban poco. Otra vez, gracias. Y está aquí, justo frente a mí, moviendo con delicadeza la pala de pescado, sus dedos largos y pálidos; mirando desde detrás de sus gafas de trotskista, ahora estilizadas gracias a un diseño levemente distinto y al uso de materiales ingravidos, Taboada metiéndose los pedacitos de bacalao fresco (skrei lo llama la carta) entre sus delgados labios. Lo miro y pienso que tiene labios de mujer torturada, ávida. Los labios de Elvira, en cambio, son de niño goloso. Claro que, para

compensar la presencia de Taboada y Elvira, tengo a Amalia, guapa, guapa aún, aún no exactamente una vieja, ni mucho menos, y reconozco que no me importaría, claro que no me importaría suspender el código durante algunas horas con ella. Dejar las espadas en alto. Quizás por ella sola hubiera merecido la pena inventarse esta historia, montar este operativo: aunque el camino para encontrarse con Amalia en realidad podría haber sido bastante menos sinuoso: podría haberla llamado, haber quedado con ella, haberle dicho: «quiero cenar contigo, para ver cómo estás, para que nos veamos, para volver a verte, ¿estás aún tan guapa?»; aunque, en tal caso, no me hubiera vuelto a encontrar con Guzmán, no hubiera descubierto que el tiempo no cura, sino que agrava. En estos días pasados, pensaba en él, creía que ahora ya habría vaselina en las heridas y el tacto sería suave, no digo cálido o acariciador, pero sí civilizadamente soportable. Pensé que habría un poco de crema de nostalgia y todo eso. Ya no me acordaba muy bien de cuánto llegaba a irritarme, de quién era Guzmán; de cómo soporté por disciplina proletaria a Guzmán, por si fuera poco, ahora repetido —como en un par de calcomanías— en sus dos hijos gemelos, Lalo y Juanjo, el trío de los guzmanes: verlos a los tres me irrita (ellos son como él era entonces); y no sólo verlos: tener que escuchar que están en el centro del mundo, que los guzmanes son el centro —el correcto centro— de todo, venir aquí para escuchar a Lalo: «El siglo XXI será todavía el siglo de América, pero, esta vez, de la América del Sur. Asia es otro ámbito, lejano, ajeno. Quizás Asia pueda ser un futuro, pero un futuro aún demasiado remoto. Estoy convencido de que México será la capital del siglo XXI como Nueva York lo fue del XX, las dos ciudades más emocionantes que he encontrado en mi vida, cada una a su manera. México, la capital de las Américas, la llama que continúa de una esperanza que parece haberse evaporado en el resto del mundo: un paquete de explosivos a punto de estallar. Los hitos del capitalismo: París fue capital del siglo XIX, ya lo dijo Benjamin, y Nueva York ha sido la capital del XX que concluye. México será la del XXI. Nueva York, ciudad altiva, soberbia, mundo de todos los mundos». Uf, qué pesadilla, qué ocurrencia haber venido para acabar oyendo las bobadas de Guzmán y sus mariachis, sus retoños, acabar oyendo que Nueva York es ciudad de ciudades, y que tiene skyline y lujo y miseria, pues bien, muy bien. «Hace tiempo que no voy», digo yo. «Ah», se abalanza Lalito, moviendo la pala de pescado en el aire, «pues hay que ir. Cualquier persona de nuestro tiempo que pueda permitírselo ha de ir al menos una vez al año a Nueva York, una peregrinación, saber lo que se cuece, comprarte una cartelera, enterarte, y pasearte por aquí y por allá, y mirarlo todo, ver la radiografía del corazón del mundo, mirarlo todo una y otra vez, por la mañana, por la tarde, de noche, porque Nueva York (sonríe Lalo: va a decir algo) es, cómo te diría, camaleónica, cambia; a cada minuto cambia, y el agua cambia y cambian los rascacielos, porque ha empezado a darles la luz por allá, pero, sobre todo, cambia la ciudad a ras de suelo: hay migraciones colectivas, transformaciones de geografía humana, destrucción y reconstrucción. Es el gran hormiguero que nos ha dejado el siglo XX». Yo pienso en el paisaje que veo desde mi

casa: la piscina, el jardín, las buganvillas que saltan por encima del muro de piedra, las urbanizaciones que descienden en cascada hasta el mar; y el mar y las montañas que se ven a lo lejos como si se metieran en el agua, y eso que parece un islote, pero que tiene que ser una península, porque me parece que es Peñíscola, aunque no lo sé con certeza, y también ese paisaje cambia: le da la luz también como a Nueva York, por aquí y por allá, y hay árboles, huertos en el fondo del valle, las extensiones verdes de naranjos que desaparecen empujadas por nuevas construcciones, por bloques de apartamentos, por naves industriales, por almacenes cubiertos de uralita, planchas metálicas, o lo que sea eso, por enormes extensiones de cemento; por vertederos incontrolados y escombreras; las castigadas pinedas en las laderas de la montaña, los núcleos de población —veo el mar y decenas de pueblos en la costa desde la terraza de casa en los días claros— y, más acá del mar, grúas, nuevos edificios por todas partes: por supuesto que no es Nueva York, ni es el centro de nada, no, un asilo en el que esperan la muerte al sol los ateridos obreros de Europa, un patio trasero florido, y bastante sucio, aunque soleado, si lo sé, sé que no estoy en el centro de nada, pero, para salvarme de Lalo, despliego sobre la mesa la magia de Shanghai, tiendo sobre el mantel, entre las copas de vino, a la dama de Oriente («donde sí que he estado hace poco ha sido en Shanghai, y ahí descubro una vitalidad desbordante. ¿Por qué no pensar que la capital del siglo XXI será oriental? ¿Por qué no pensar en un futuro no tan lejano? Nadie como los orientales para el delicado juego virtual; el dinero, una delicada caligrafía escrita en la levedad del aire. China no ha apreciado nunca las antigüedades, sólo su recuerdo, su memoria escrita, el aire que dejan en la memoria de los hombres», digo). Le hablo de Shanghai, que no visité cuando la visitó Guzmán padre, hace no sé cuántos años (Elisa iba en esa expedición), pero que he recorrido recientemente en un par de ocasiones, con la excusa de asistir a las ferias de cerámica de Cantón, que ahora se llama Gouanzou. Shanghai: la vieja fuente de inspiración de nuestros sueños revolucionarios, y hoy capital del capitalismo de los tigres («¿vuelve a serlo?, ¿o es sierva de Singapur y Hong Kong?», pregunto en voz alta). También conozco Hong Kong y Singapur. Les hablo de *La condición humana*, no de nuestra humana condición, sino del libro de Malraux; y me agrada saber que los gemelos no lo han leído. «Tenéis que leerla, es una novela muy buena», dice Guzmán padre, «Chiang Kai Chek arrojando a los comunistas a los hornos de las locomotoras del tren para utilizarlos como combustible; los comunistas suicidándose con píldoras de cianuro para librarse de la tortura y no denunciar a sus camaradas». Y Lalo: «¿Pero no fue Malraux un simple aventurero, más bien reaccionario?, ¿un señorito en busca de emociones?, ¿un golista?». Eso dicen, mientras yo hablo de Shanghai: les digo que cambia aún más deprisa que Nueva York, su perfil más fluctuante, su skyline más atormentado por el hombre, más dinamita reventando los viejos barrios art-decò, más excavadoras hundiendo sus garras en los cercanos campos de arroz, más rascacielos nuevos, y más altos, más avenidas que se abren, más barrios que se derriban y reconstruyen, más puentes que se tienden; y también Shanghai recibe luz por aquí y

por allá. «Yo creo, Lalito, que hay que visitarla al menos una vez cada dos años», le digo malicioso, «es como ver crecer la hierba del capitalismo salvaje, oír la música de su respiración». Y él se escabulle, vuelve al tema de la ajenidad de Asia: «Otros parámetros, una cultura que aún nos es ajena, pero, sin duda, fascinante. China, no te quepa duda de que estoy loco por conocer ese país extraño, misterioso». Yo le digo que me aferro a que aún pueda haber dos mundos en este mundo nuestro, aunque sean dos demonios frente a frente («a Dios, se le espera, no ha llegado», digo), pero dos mundos, «la esperanza de que el universo no le pertenezca a un solo satán», digo, «y para tu padre, como para mí, para todos los que nos sentamos en esta mesa, China llegó a ser muy cercana, muy nuestra: La Cina è vicina. Nueva York es marketing, propaganda, intoxicación. Los intelectuales y banqueros judíos, los pintores del expresionismo abstracto meando cerveza sobre sus cuadros, Woody Allen y todo eso, una niebla de palabras vacías y formas arbitrarias tapando el ruido de la industria armamentística». «Ah, ¿pero es que no te gusta Woody Allen?», salta Guzmán, «¿no me dirás que sigues siendo igual de dogmático que entonces? Pero si nadie tiene hoy día la inteligencia, la gracia de Allen». Y es curioso que lo diga él, a quien, en nombre del antidogma, se le siguen poniendo los ojos igual de sanguinolentos que entonces se le ponían cuando defendía el dogma. Lo dejo hablar. Me repite lo que dicen las críticas de *El País* sobre Allen. Ya me las he leído. Ya me las sé. No me ha dado tiempo a decirle si me gusta o no, pero a él le viene bien que no me guste. De cara a sus hijos, claro que le viene bien. Por su propia imagen. Dice Lalo (¿por qué el otro hermano no abre la boca jamás?, ¿es mudo?, ¿es mongolo?): «El siglo xx ha sido el siglo de la abundancia, el siglo de los ricos; el xxi será el siglo de la miseria, el siglo de los pobres. Nueva York y México». Y Carlos matiza: «Nuestro siglo xx no fue demasiado rico. No hace tantos años que hemos empezado a poder elegir lo que comemos. Nuestra generación sólo puede hablar de bienestar en las tres últimas décadas. Las anteriores no supieron lo que quería decir esa palabra. El siglo xx ha sido el de las grandes migraciones, el de las grandes revoluciones y guerras, en el que el fantasma del hambre más ha abierto sus brazos espantosos». Carlos discute en serio. Gonzalo les cuenta a sus hijos mirándonos de reojo a nosotros, e intentando explicarles lo que yo he dicho un instante antes: «¿Si China fue nuestro modelo? Estábamos tan locos que confundíamos las llanuras del Yang-Tsé con las de La Mancha». Y se ríe. Lalo, conciliador: «Tenemos tanto que aprender de China. Su conocimiento del cuerpo, la medicina natural, su concepto del uso del territorio, su tradicional capacidad de aprovechamiento de los residuos, del agua, el reciclaje permanente». Me mira a mí, mira a su padre, alternativamente, y, a continuación, regala una mirada circular que envuelve a los demás comensales: ha conseguido colocarse en el justo medio, comprender ambas posturas: el fiel de la balanza, un líder nato. Nos ha convertido a su padre y a mí en fracciones contrapuestas que necesitan la síntesis que aporte un líder, él. Pienso que Lalo hubiera sido, de haber nacido a tiempo, un excelente prochino, un hijo predilecto de la revolución cultural.

Su padre lo mira y se le cae la baba. Está dispuesto a entonar la consigna que el pequeño dirigente decida. Y si hace falta matar por ella a quien haga falta, matará. O, al menos, intentará quitarle la cartera al enemigo, que es la primera fase. Si no puedes matar a tu enemigo, róbase la cartera. A lo mejor, le entran ganas de suicidarse. Es el mismo Guzmán, no puede negarlo. Como yo sigo siendo el mismo Pedro. También a mí se me cae la baba cuando veo a Norma, mi hija, con esos suéters estrechos que le marcan las tetitas y que dejan ver el ombligo, con su piercing, un brillan tito que le regaló mi mujer, pues claro, los padres somos así: que hable Lalo, y que su padre lo escuche, es normal; eso es lo normal; por un hijo, uno roba las carteras que haga falta; es también normal que escuchen Taboada y Elvira, su joven novelista: acaba de publicar su primera novela. Ellos necesitan eso, barullo intelectual, ruido, para vivir, para lavarse, pero yo, mientras él habla, recopilo datos para mi respuesta: Gorki escribiendo en la isla de Capri; Lenin planeando la revolución en Zurich, y también en Zurich, Apollinaire y los dadaístas, Zurich, que era poco más que una ciudad de jubilados, un balneario de montaña, un sanatorio, un asilo para ricos, convertido en la yema del huevo de las revoluciones de principios del siglo xx, la política, la artística y literaria; pienso en Machado tras los vidrios escarchados de la ventana de su modesta pensión, contemplando cómo cae la noche sobre el solitario y triste poblachón castellano, viejas piedras que el hielo hace estallar, poblacho vacío de vida, Soria, tan sola bajo la luna, lejos de todo lo ocurrido en los últimos quinientos años; pienso en Alvar Aalto edificando Rovaniemi, las luces de las ventanas relucientes en medio de las remotas extensiones de hielo que la noche polar cubre. Silencio, sólo el viento soplando fuera, aullando sobre los campos helados de Laponia. Pasan mil años de ciudades por mi cabeza: ciudades altivas y miserables, en ruinas o en su momento de esplendor, áridas o hundiéndose en lagos, ahogadas en charcas, derribadas por seísmos, devoradas por las llamas, cubiertas por movimientos caprichosos del mar. Sodoma, Pompeya, Alejandría, Babilonia, Nínive. Lo pienso para salvarme de Lalito, que sabe tanto y tanto más que yo, siendo tan joven, ¿de dónde los libros en inglés, los billetes de avión? Un palacio se levanta sobre las espaldas de quienes viven en chabolas. Así es. Así ha sido. «Lalo, ¿quién sabe dónde está el centro del mundo?», le digo, maduro, reflexivo, como de vuelta de todo, «sabemos el centro de lo que muere, pero no dónde está el pequeño embrión de lo que nace». Me da envidia que hable bien y, por eso, le he soltado la retahíla de lo de Zurich, Lenin, Machado, Rovaniemi. A él le gusta, claro que le gusta eso, sentirse en pleno maremoto cultural. Me da la razón. Y no por eso le tengo menos rabia. Ni siquiera si pienso en mi hija se acalla la rabia, porque mi hija, mi Norma, con su brillantito en el ombligo, su languidez despegada, también desata mi porción de rabia, su porción de rabia, la porción de rabia mía que le corresponde a ella, que no es pequeña la rabia, por más que la tape la baba que derramo cuando la veo. Tuvimos que luchar tanto nosotros, dar tantas vueltas para ver y aprender lo que ahora Lalito y mi pequeña Norma tienen al alcance de la mano cada día, y con lo que se visten: se lo

ponen encima como quien se pone una piel cara, para abrigarse del frío ajeno, para lucirse. Saberes, ideologías, cosméticos, trajes. Tuvimos que aprender y luego nos tocó tener que desaprender, porque lo que sabíamos iba contra lo que necesitábamos. Ganarse la vida. Miran con desprecio los hermanos, y eso es normal, pero también el padre; con desprecio me habla a mí Guzmán padre: «¿qué pasa?, ¿porque nosotros ya no miramos el futuro hay que negarles la oportunidad de hacerlo a quienes vienen detrás?», dice, «ellos saben más que nosotros, otra educación, una formación mejor, y, además, tienen la brújula que nosotros hemos perdido, o la que no llegamos a tener, un instrumento más certero que el que nosotros tuvimos», dice; por Dios, él, pero quién era él, qué instrumento tuvo y manejó y perdió él; qué pasado les habrá contado a sus hijos, qué pasado se habrá inventado él, y ahora se permite mirarme desde arriba. Mira de arriba abajo: mira a un palurdo que vive en Denia y construye chalets: la intrascendencia del turismo, la especulación, piensan de mí los tres, y lo piensa Taboada y lo piensa su novia inocente, la que finge no acordarse de mí, el pelotazo inmobiliario, los materiales malos, las construcciones de mírame y no me toques, la chapuza, todo eso piensan, aunque da la impresión de que Lalito nos mira a todos con desprecio, a los de Denia y a los de Madrid, sí, a Amalia tampoco le ha respondido cuando le ha preguntado si seguía abierta no sé qué tienda de la Quinta Avenida, no una tienda frívola, no, nada de eso, una tienda de discos y libros al parecer de las mejor surtidas, cuyo nombre no he escuchado, y también ha hablado de una obra de teatro que vio, de una exposición de Guston en la que compró un grabado, y Lalito ni caso, él está en otra cosa: menos a su padre, a todos nos mira con desprecio. «Lalito, yo hago casas para turistas, pero leí a Le Corbusier, los textos de Gropius, de la Bauhaus leí, aprendí sobre Loos y sobre Otto Wagner, sobre Schinkel y también sobre la arquitectura que Speer inventó para Hitler; estudié las experiencias de ciudad lineal de Arturo Soria y su intento de aplicación por los soviéticos, los trabajos de Perret. Estudié Palladio y Borromini. Leí, miré, estudié, viajé, Lalito, y he comido, y he bebido y he follado y soy el fruto maduro de eso, un fruto de piel rugosa, pero carnoso en su interior», le digo, y, tras una pausa, «lo cual no me evita construir mierda»; y el bueno de Carlos interviene para poner paz: «cada época su afán, sus ilusiones, sus contradicciones», dice. Hay que ver cómo se traga los anzuelos, entra educadamente al trapo. Lalo cuida su imagen de joven contestatario de los sesenta, de un sesentay ocho que no conoció, pero con el que desea conectar en sus canciones, que son un puente, forjarse una historia de la que carece, mamá, papá te quieren mucho, la vida te ha dado tanto, lleva Lalo una trenca de un azul tan oscuro que parece negra, y que se ha quitado al entrar en el restaurante para quedarse con la ropa que lleva ahora, cabello un poco largo y rizado, como Dylan en el sesenta y ocho, gafas metálicas redondas, como Lenon, y el cuello del jersey, de cisne, redondo, cerrado, levantado hasta la nuez, justo como lo llevaba Dylan hace treinta y tantos años, ahora es un signo de recuperación, la recuperación de la revolución, el propio Lalo tiene los años que Dylan tenía cuando fue Dylan, y también se acompaña con su

guitarra y con su armónica acoplada mediante un artilugio a la guitarra, y canta acerca de un viento que agita las palmas de los cocoteros de la sierra Lacandona, las hojas de los mangos, las solemnes hojas de las plataneras, y canta el aire con él en las puntas afiladas de los espinos como si de un violín se tratara y muestra su gusto por la paradoja, porque, según él, las dos grandes urbes norteamericanas representan hoy el norte y el sur («olvidamos, lo olvidamos con demasiada frecuencia, nos olvidamos», recalca, «de que México es también Norteamérica. Representan una las contradicciones del norte y la otra las del sur, porque norte y sur no son conceptos estrictamente geográficos, sino sociopolíticos»), las dos urbes norteamericanas están condenadas a ser el centro consecutivo del mundo, porque Nueva York es el pasado capitalista que se hunde como una contemporánea Venecia entre las aguas de sus ríos de oro, el Hudson, el East River, eso el soberbio pasado, el símbolo de la cultura del norte; mientras que el futuro está en México: el futuro lo llevan a costas los indiecitos de la sierra Lacandona. Llevan su machete, sus guarachas, su cargamento de tamales para el viático; sus armadillos y puerquitos, granja portátil, y, entre tanto desbarajuste mobiliario, los indiecitos llevan, sin saberlo, la pesada carga del futuro. La grande, la cósmica América nerudiana que funde todos los símbolos del norte y del sur. Desde Bering al cabo de Hornos, las cordilleras, los valles, las selvas, los desiertos, los océanos, los ríos que son como mares, las dictaduras, las revoluciones, el gusto salado del frío metal, bocacha de fusil, y el dulce sabor de las cálidas frutas de los trópicos, mango, durazno, guayaba, maracuyá. Los árboles opulentos y coloreados, jacarandá, flamboyán, los monocromos abetos de las extensiones heladas, las grandes y misteriosas secuoias, los hirsutos cactus que se levantan como candelabros de sombra en los desiertos centrales. Lalo ya ha concluido su gran canción en la que le cuenta todo eso a la humanidad de habla hispana («¡ah! Era sólo eso, podía haber empezado por ahí», le digo al oído a Amalia), digamos su cantata, la grande, la cantata contra la globalización, de la que han empezado a hablar los suplementos de ocio, las secciones de música, las páginas culturales de los periódicos, «Lalo Guzmán: Cantata por el Futuro»; o «Lalo Guzmán: Un grito contra la Mundialización», «Apuesto por el sur»: se trata de una sola canción que es un disco entero, a la manera de Lluís Llach (si arribeu en la vida mes lluny de on jo puga arribar), un poema nerudiano, una especie de canto general, una pieza única de veintitantos minutos, que se llamará AltaSierra, así, todo junto, pero con esa mayúscula en medio, la gran eSe del Sur. Ya está diseñada la portada, precisamente un collage entre el ancestral muertito mexicano y el virtual ejecutivo de Wall Street, la explica Lalo, la portada la ha diseñado un guatemalteco que estuvo exiliado en México y a quien conoció en un café del Soho neoyorquino hace unos meses. América, la tesis, la antítesis, la síntesis. Guzmán se hincha aún más, un poco más, escuchando a su niño. Él ha colaborado en el proyecto, le ha ayudado a escribir algunas partes de la Cantata y Lalo le ha dedicado uno de los cortes más emocionantes: se titula «No te detengas (homenaje a mi padre)». El disco incluye

otros homenajes (a Silvio, a Víctor Jara, a Violeta Parra), y también a Serrat. AltaSierra, de Lalo Guzmán, una especie de summa teológica y civil de la canción protesta que su padre bebió (él, lógicamente, dice «mi padre bebió») en la juventud, y cuya memoria le ha transmitido («cuya memoria me ha transmitido»). Así aparece en el texto de la carátula del compact que nos ha regalado nada más llegar, antes siquiera de que tuviésemos tiempo de hablar de nosotros, de cruzarnos los partes médicos, que es lo que hacemos los de nuestra edad al hablar; pero no, Lalito con su compact, con la carátula que dice lo mismo que las entrevistas que yo le he leído, que una entrevista que le escuché hace poco por la radio: ese día fue cuando Carlos me confirmó que el Guzmán cuyos ripios (mestizo-cobrizo, brigada-amada; boca-coca) mi hija tarareaba en casa, era el hijo del Guzmán que nosotros conocíamos. «El tesoro de la memoria», titulaba uno de los periódicos la entrevista. Por lo demás, sigue la explicación de Lalo, mientras su hermano, que parece mudo, o quizás mongolo, asiente: han grabado con un montón de medios («una producción de lujo, a la altura de las que se hacen en países como USA o el Reino Unido», explicó Lalo en aquella entrevista). «Es un sueño conseguir un disco así en un país con el raquitismo cultural y económico de España», remacha ahora. Intervienen en el compact: el Orfeón Donostiarra, una cantante cubana que le hace de segunda voz, un muchacho («extraordinario», dice Lalo), que viene de Níger y que llegó a España después de una rocambolesca aventura que ha durado cinco años («apasionante oírse la contar»), un cantaor del Puerto de Santa María (¡el sur!, ¡el mestizaje!). Hay fondo de gamelanes balineses («una odisea conseguir instrumentos y músicos expertos, no los hay, en España no los hay»), quenás peruanas y lamentos de violines chinos. «Por todos los caminos, se llega a China», digo en voz alta, y Guzmán se ríe y abre y cierra la mano derecha como diciéndome adiós. Como diciéndome olvídate. Fuma. Mientras Lalo vislumbra el alba de un nuevo futuro, da dos chupadas al puro Guzmán padre y mira con ojos de panela a su hijo, la revolución como terrón de azúcar. Todas las revoluciones del mundo se despliegan sobre el mantel de la mesa en que hemos cenado, como uno de esos farolitos chinos, guirnalda multicolor de verbena lejana, toda la dulzura del mundo, todo el amor de un padre. El humo del puro nos envuelve. Yo digo que a mí el cantante que me gusta es Albert Pía con su afición por el sexo guarro y por la química (es a mi hija a la que le gusta Pía, aunque a mí me hacen gracia algunas canciones, todo eso de los polvos que no echaré, o que no esnifaré, las pastillitas que no tomaré, y lo del albañil que quiere casarse con la hija del Rey de España), y Lalo, como de pasada, «sí, no está mal Pía», mientras que Guzmán padre asegura que no ha escuchado nunca nada suyo. «Es uno bajito, muy feo», abre, por fin, la boca Juanjo, el gemelo que hasta el momento había permanecido silencioso, mientras levanta ligeramente las cejas, y, con ese gesto, descubre que es idéntico a su padre: cejijunto. Los dos gemelos se parecen en los rasgos al padre, chatos, morenos, con el cabello muy rizado y negro, y también en el cuerpo se parecen enormemente a su padre, anchos, gruesos, tan jóvenes y ya tan gruesos, aunque podría hablarse de

una copia ampliada, las nuevas generaciones, otra alimentación, otros volúmenes (el paso del oso hormiguero al paquidermo). Juanjo, que colabora en una oenegé, cumple en la práctica lo que su hermano canta. Ha venido muy preocupado (ajá, resulta que el mongolo sabe hablar) por lo que acaba de ver en México deefe: «Terrible, atroz, es que te secuestran los propios taxistas, y eso que les obligan a llevar un número grande en el techo, arriba, para que pueda seguirlos desde un helicóptero la policía en un momento dado, horrible, México deefe, qué voy a contar. Reventó una tubería de aguas fecales en un barrio al norte de la ciudad y treinta mil personas, o quizás fueran trescientas mil, ya sabéis que allá las cifras son siempre confusas e inabarcables, se vieron nadando en mierda, sí, en aguas fecales, sí, en mierda, hasta el cuello, hasta la boca, ahogándose en mierda, es-pan-to-so, fíjate que los camiones que transportan el tequila desde Jalisco al resto del país han de salir en caravana, cuatro, cinco camiones escoltados por furgonetas y tanquetas de la policía, del ejército, de pistoleros, porque, si no, los desvalijan, igual, igual que hace cuatrocientos años salía la flota de Indias, igual que los galeones, que tenían que salir protegidos por las fragatas, un espanto». Todos fingimos asombro, todos cabeceamos, gesticulamos. Los gemelos de Guzmán: de pequeños eran gordos y brutos, como juguetones terneros charoleses, los dos culazos, las cuatro nalgas metidas en pantalones de pana a punto de reventar. Ahora (lo que hace una buena educación), son gorditos, rellenitos espirituales que hablan con voz lánguida. Juanjo lleva esta noche un pañuelo de bucanero atado a la cabeza, quizás como signo de que acaba de volver de su selvático viaje trasatlántico; los dos llevan pantalones anchos, de esos que se atan en el ombligo con una cinta, no se sabe si por ajustarse a cierta tendencia de la moda, o por estética personal: por disimular un poco sus traseros. Cuenta Juanjo sus experiencias en la selva lacandona, sus estancias en aldeas que se llaman Iztiuatazinango o Tapletantiguanaguango, topónimos que pronuncia sin dejarse por el camino ni una sola letra. Dice Juanjo: «Hemos estado prácticamente un mes, entre que llegamos hasta allí (horrible el viaje, incluido el avión, tantas horas, con el síndrome del turista, que puedes morirte de un derrame cerebral, fatal los asientos), y volvimos a Madrid, un largo y fructífero mes en el que he aprendido más que en los veintitantos años anteriores de mi vida; hemos convivido con el ejército zapatista, ayudando a sembrar maíz, a levantar una escuela, poniendo los palos que serán un día paredes de hospital». Allí ha estado el gordito, ofrecidas en sacrificio sus sólidas carnes de charolés al capricho de algún idolillo o idolilla maya. Guzmán comenta, hablándole de tú a tú a la historia: «Parece que el Subcomandante Marcos conoce perfectamente España, la poesía española. Está al día de cuanto ocurre en nuestro país», y, a continuación, lo de siempre, la ley de extranjería que prepara la derecha, el cuarto supuesto del aborto, la especulación inmobiliaria y bolsística, lo de siempre. Esta gente perdió el poder y ganó la memoria y un delicado sentido de la justicia. Elvira discute con Carlos acerca de si hay o no una verdadera tradición novelesca en España. Dice: «No la ha habido. Se ha mirado con malos ojos, ha habido un prejuicio estético que sólo los más jóvenes están

empezando a romper, y por eso han redescubierto a Borges. Gustan de las tramas circulares, especulares, anagnóricas (en las que, al final de la novela, todo encuentra su sentido como en un rompecabezas)». Lalo afirma con la cabeza. Es como si entre los dos hubieran inventado el año pasado el arte, como si acabaran de crearlo para una humanidad que vivía su larga noche preestética. Elvira no bebe vino, bebe manzanilla, una infusión de manzanilla, margaritas de manzanilla lánguidamente sumergidas en el agua amarillenta de la tetera cuya tapa levanta de vez en cuando. Ver las flores lánguidas y marchitas, oler el perfume secante de la manzanilla que llega en el vaho caliente. Elvira, que ha escrito una novela lírica y bastante falta de trama, sueña con una anagnórisis para cerrar su próximo libro. Flotan los restos de las margaritas, porque en este restaurante no te dan la manzanilla en una de esas desagradables bolsas de papel. «Pero no es verdad, no es verdad», se ha atrevido Amalia a defender lo que Carlos defiende, «¿y la Regenta?, ¿y el Lazarillo? ¿Y el Quijote?, ¿y la de Bringas?, ¿y Torquemada?». Taboada sonreía. Había dejado sobre el mantel las gafas que destellaban tocadas por las uñas de la luz que caía sobre la mesa, las copas vacías o semivacías, las barrigudas copas de tinto a medio beber. Taboada, que tiene un bufete de abogados, pero cuya pasión es la literatura, complacido de poder intervenir en un asunto al margen de la política (Amalia me habla de sus sutiles acercamientos al pepe citando al toro derecho desde la extrema izquierda): «No es eso. Hablamos de lo novelesco, de las novelas de intriga, de las novelas policiacas, las que se sostienen en la red de una trama y que reclaman más la inteligencia que el sentimiento; de eso no hay tradición». Elvira bebía esas palabras por los oídos como por la boca había bebido manzanilla. Aprender como una de las variables de la voracidad contemporánea, no como sinónimo de saber, sino de acumular, de tener más que, de estar por encima de. Elvira bebe manzanilla, bebe literatura, bebe arte. Saber deprisa: no la necesidad de saber, la necesidad de comer y beber, vivir varias vidas, devorar vidas ajenas, comerte a los demás a bocado limpio. Por eso es bueno estar atenta, escuchar, meter en la propia biografía la biografía de los demás, incorporar a la propia vidas ajenas, devorar, vampirizar, comulgar, época en la que a los asesinos en serie se les descubre una despensa repleta de chacinas humanas, cajones congeladores llenos con los sesos y vísceras de sus víctimas, Hannibal Lecter, el asesino de nuestro tiempo caníbal. Elvira y Lalo y Juanjo, los cachorros herederos genéticos de una generación famélica, practican la depredación, el neocanibalismo. Miro a Amalia. Vuelvo a mirar a Amalia, ¿por qué no? Le palpita el collar sobre la piel. Se levanta y agacha casi imperceptiblemente el collar, como si hubiera empezado a vivir con vida vicaria, así es, vive el collar con vida vicaria, se temple progresivamente con calor que viene de ella, sube y baja por el impulso mecánico de la caldera de ella, del quemador de oxígeno que ella guarda detrás de los pechos, o, mejor, detrás de las tetas: pechos es como de madre, ella tiene tetas, y las tiene para que juguemos los papás. Si en vez de una hija, Antonia me hubiera dado un hijo (ya no puede, la operaron hace años, la vaciaron y, además, ha cumplido ya los

cincuenta y cuatro), seguramente sería como yo del mismo modo que Juanjo es como su padre, frunciría el ceño como yo y tendría las mismas arrugas en la frente cuando se enojara, los mismos pelos en los agujeros de las orejas (en la peluquería me los cortan cada quince días con unas tijeritas duras y frías: me cortan también los de la nariz y me arreglan las cejas). Hay ese instante en el que todo se aclara, sin necesidad de palabras ni de libros. En ese instante la vida se suspende, flota en el aire, abre una pausa. Amalia, al fin y al cabo nos hemos rozado los pies tres o cuatro veces y, cada vez, los hemos apartado enseguida. Y eso, rozarlos y apartarlos, es lo peor, apartarlos precipitadamente. Es la puerta por la que se entra en esa suspensión del tiempo, porque eso quiere decir que saltan chispas, que hay electricidad. Esas fugas precipitadas delatan el miedo, denuncian el deseo. Cierro los ojos y veo las aréolas oscuras, entre azuladas y negras, grandes, maternas: las veo en la playa de Cascáis, el verano en que fuimos con Rita y Carlos, con Narciso. Yo acudí a aquella excursión porque también iba a venir Elisa, pero Elisa no vino porque iba a ir yo. Me quedé solo entre dos parejas adultas y algunos niños. Estaba enfermo, muy enfermo aquellos días. Enfermo de Elisa, de falta de Elisa, estados carenciales se llama a eso: falta tal vitamina, tal otra sal o proteína falta, y el cuerpo se resiente, no funciona. Mi cuerpo sólo quería a Elisa, y no la tenía, la quiso y no la tuvo. Narciso y Amalia revolcándose desnudos en la playa desierta, entonces aún había playas desiertas y los amigos podían revolcarse en la arena a distancias no del todo prudentes, aún eran así las cosas, la inocencia que nació en los sesenta y llegó hasta los primeros ochenta. Se revolcaron varias veces durante varios días, en la media distancia, y también a escasos metros de donde yo me sentaba en una silla plegable y posaba mi mirada alternativamente en un libro y en el mar; miraba hacia ellos con angustia y sentía más nítidas mis carencias, mi avitaminosis anímica, pero también ocurrió que, una de aquellas tardes, Amalia estaba llorando de cara al mar, sentada en la arena y con los pies metidos en el agua. Yo le puse la mano en el hombro y le recité unos versos cursis de Bécquer («Tus lágrimas son agua...»). Y ella se rio y lloró a la vez, levantando la cabeza, y a continuación dejó de reír y de llorar durante unos instantes, para decirme: «Ver que se acaba lo que más quieres, y no poder hacer nada». Su hija jugaba con la arena unos cuantos metros más allá, un cubito y arena y agua, hacía un pozo, un castillo, y ella no podía hacer nada. Cómo meter el mar en el hueco de la mano. Yo tampoco había podido hacer nada, ni pude hacer nada. Elisa se había ido, y, como Elisa se había ido, yo dejé escapar a Amalia, porque estaba enfermo de Elisa. Era Elisa la única que guardaba los envases con aquellas sustancias que mis estados carenciales reclamaban. También a mí se me había acabado lo más querido, lo más necesitado, así que no supe curarla, besar sus aréolas, curarme. Ya estaban así las cosas. Pero eso fue años después, Amalia se separó de Narciso, o se marchó Narciso y la dejó. «Cuando una relación se acaba, son dos las personas que pierden», le dije para consolarla. Y ella, riéndose: «Uno gana y otro pierde. Lo más que te admitiría es que me dijeras que ganan los dos, pero que uno de los dos no lo sabe, no se entera de

que está ganando y, por eso, sufre. Seguramente, en este caso, la que sufre porque no sabe lo que gana soy yo, pero sufro». Carlos y Rita habían venido a Portugal con los niños. Con Pau, con Irene. Oía a rayos en el interior de la furgoneta cada vez que llegaba el momento de cambiarle los pañales a Pau, que pasó una infección por aquellos días y que ahora también nos espera en el fondo del mar: cenizas esparcidas desde la cubierta de una barca por las manos de Rita y de Carlos: el último acto al que acudieron juntos, la última acción conjunta de lo que había sido un matrimonio y ya no lo era: meter ambos las manos en la urna, esparcir las cenizas, pero eso sucedió bastantes años después, y yo no lo vi, no estuve presente, no monté en aquella barca que se metió a una milla de la costa y luego paró el motor. Veo esas aréolas amasadas por índices y pulgares cuando se acabó su historia de amor. Le doy fuego cuando se pone otro cigarrillo en la boca. A lo mejor ha estado bien venir a Madrid. «Puede que haya sido un acierto venir a Madrid», pienso, mientras cruza su mirada con la mía y sonrío por algo que yo he dicho. Los labios, qué labios tan hermosos, gruesos, sensuales, se doblan cuando sonrío. Lleva apenas un poco de color ladrillo sobre ellos, un color que seguramente será dulce cuando se muerda, cuando se quiebre un poco, o cuando se disuelva en la saliva. Aquella vez, Amalia y yo no fuimos capaces: aún teníamos las heridas demasiado recientes y, al frotarnos, nos hicimos daño. Vuelve otra vaharada de humo procedente del puro de Guzmán. La noche dirá al final si valió la pena o no este viaje. Aún queda tiempo por delante. Demos tiempo al tiempo, demos tiempo a que la noche haga su trabajo. El humo de Guzmán me envuelve. Nadie es quién para decir que alguien merece vivir o estar muerto, pero mientras me envuelve el humo del puro de Antolín Guzmán Montañés y contemplo su acusado reborde supraciliar cubierto de vello, y lo oigo hablar de la necesidad del socialismo frente a la brutalidad derechista que nos gobierna desde hace meses, y oigo también cómo habla con una mezcla de piedad y desprecio de la ingenuidad criminal del comunismo real, no del que soñamos, pienso que Elisa ha muerto, que ha muerto Pau, el hijo de Carlos que lloraba en las reuniones de célula y movía los puñitos por encima de la cabeza cuando estaba en la cuna y reía con su boca desdentada cuando le tocabas con el dedo la barbilla; pienso en los millones de héroes que murieron en las llanuras heladas de Rusia, en los arrozales de China, entre los abrojos de Belchite y los peñascos del Maestrazgo; pienso en las chicas hermosas que se desnudaron en los fríos estudios de un París invernal para servir de modelos a tantos fotógrafos; en los atletas que corrieron en las pistas de los estadios y luego murieron; y que Guzmán sigue fumando. Habla de los valores de la socialdemocracia, de la justicia, lo social. Rezo con el tipo de oración que nos queda a los laicos, que es más bien un conjuro. Contemplo a Amalia, que acaba de salir de no sé qué tratamiento psiquiátrico hace unos días, y que está esta noche a mi lado, guapísima, sonriente, como si hubiera conseguido situarse al margen de la apisonadora del tiempo, con ese traje de raso verde guisante, creo que es raso esa tela con irisaciones, y que tiene un escote en uve que se le mete hasta la frontera en que

empiezan a separarse los dos hemisferios de las nalgas, una uve de carne que puedo ver si me levanto para ir al servicio y paso tras el respaldo de su silla. A lo mejor es que este mundo es sólo la pocilga del mundo; que detrás están los salones nobles, las habitaciones elegantes y confortables a las que en otra vida tendremos acceso. Miro a Carlos, que, según me dice, sigue escribiendo (¿de qué escribe?, ¿para qué escribe?, ¿qué sigue temiendo?, ¿de qué sigue huyendo? «Nunca has sabido darles a las mujeres lo que te pedían, lo que ellas saben que tienes y tú desconoces», le dije un día, y se enfadó), pienso que él tiene obligación, en las novelas, en los cuentos, en lo que sea que escriba, de crear personajes complejos; que hasta el peor encuentre su justificación, una justicia narrativa, pero yo construyo casas, compro solares, y no tengo por qué concederle ninguna justicia a nadie: compro, vendo, cambio. Guzmán salta, y se pone a criticar la brutalidad derechista que nos gobierna, y de la que yo, porque él lo decide, soy cómplice. «El gobierno de los especuladores», dice, «lo habéis traído con vuestras críticas al pesoe. Ya lo tenéis ahí». Yo no voy a decir nada, no tengo ganas de discutir como hace Carlos. Han enunciado el postre, que Guzmán rechaza. Él ya está con el puro y pide café. «Luego, cuando tomen ellos el suyo, tomaré otro. A mí el café no me quita el sueño», dice. Miro el reloj. Son casi las doce de la noche en Madrid, casi las doce en la Europa unitaria. A esta hora ya ha cerrado Wall Street, con una subida del Dow Jones de punto y medio, mientras que el Nasdaq lo ha hecho sólo unas décimas, y yo lo noto con un estremecimiento: son las ventajas de la globalización, que lleva en su esplendor su propia mortaja, uno siempre lleva a su propio asesino dentro. El capitalismo lleva su asesino dentro, yo llevo mi asesino dentro; lo de fuera, comparsa; los otros sólo son cómplices, nada más, el que de verdad te mata va contigo. «El capitalismo caerá cuando los banqueros empiecen a matarse entre sí, cuando los generales degüellen a los generales», le digo a Guzmán, y entonces me da por pensar que, si he querido venir aquí, juntarme con esta gente, ha sido porque volver a verlos a ellos era reencontrarme con Elisa, volver a estar con ella, y ese pensamiento me ha asustado. Me aterra pensar eso, pero lo pienso, y me digo escandalizado que no, que no puede haber sido por eso por lo que me he empeñado en esta absurda cena. Venir a Madrid con la única intención de juntar la punta de los dedos meñique de unos y otros y hacer un círculo con las manos sobre la mesa redonda y que, de pronto, se oigan lúgubres golpes en la madera, golpes como de pasos, los pasos del capitán Acab en la cubierta del ballenero; lúgubres pasos en la noche en la que ella habita; y que ella hable, se materialice a partir de toda esa energía surgida del pasado, y se vuelva presente para mí; el pasado cristalizado, hecho voz del Comendador, dura piedra. La noche metiéndose como un oscuro cuchillo en el día. La noche eterna entrando en la intrascendente noche pasajera. Alejo esa idea absurda, pienso en lo que significó para nosotros la revolución como forma de privación, con sus raíces cristianas. Pienso: haber hecho esto y no lo otro, el sacrificio cristiano. Trabajar, si no por gusto, al menos por desesperación. El trabajo, una lucha contra el espíritu; el trabajo como forma de olvido, un combate contra los

repliegues del alma. Me defiendo de Guzmán, les digo a él y a sus hijos: «Lo que menos me importa de mi trabajo es el dinero. ¿No os dais cuenta? Me gusta lo que hago. Trabajo porque trabajar es lo menos aburrido, bastante menos aburrido que divertirse». Y así, el promotor inmobiliario se convierte en heredero de aquel adolescente que Guzmán conoció; pero sé que esto de ahora, esta pelea constante, no es sufrimiento, es sólo un poco de incomodidad, y carece de otro fin que no sea seguir rodando.

«Trabajar, si no por gusto, porque trabajar es menos aburrido que divertirse», ha dicho Pedrito, y así está, tal cual, la frase subrayada en el libro que guardo en mi biblioteca, marcada por él con pulso inseguro y un bolígrafo rojo hace más de un cuarto de siglo. También subrayó eso de que «sólo hay tres seres respetables: el cura, el guerrero, el poeta». Discutió con Elisa a propósito de esa frase. A ella le parecían sencillamente terribles los tres. Le dijo: «yo formo parte de los otros seres. Los otros seres somos recortables, moldeables: animales domésticos adaptados a la vida del corral, criados para ejercer lo que se llaman profesiones, cada uno en su parcela. Tus héroes, tres disfraces de la crueldad», eso le dijo Elisa a Pedrito, por entonces borracho de acción, ávido por dirigir la célula, preparar la revolución inminente. «Carlos», me dijo a mí, «nunca llegarás a ser un revolucionario. Eres un jodido pequeñoburgués que lo que quiere es ser escritor. Tú buscas el órgano en el que reside la vida interior. La justicia te cae de refilón», cuando me negué a participar en una loca aventura de asalto armado a una furgoneta para conseguir dinero para la organización, y lo recuerdo ahora, mientras Pedrito despótica de los políticos en activo para torturar a Guzmán y a Taboada: «A mí ha llegado un concejal y me ha parado la obra y me ha tocado los huevos; así que me he presentado en casa del alcalde a las siete de la mañana con uno de la diputación, de su partido. Nos hemos presentado un jefazo de su partido y yo a despertar al alcalde del pueblo, al que tengo hartos de gambas en El Pegolí y de whisky en las casas de putas, y luego va y me para la obra. Y el tío nos ha recibido en pijama, le hemos dicho que eso no se hace y se ha puesto firmes, y ha dicho, a la orden, y a las ocho de la mañana tenía a los albañiles trabajando otra vez, el alcalde echándole el puro al concejal». Termina su parlamento y me dice al oído que no aguanta a Guzmán, que piensa contra Guzmán porque ese trabajo de pensar contra él lo fortalece, le da energía. Me dice al oído: «Odiar a un tío así es una razón para no morirse todavía. Que un tipo así no vaya a tu entierro». Y, en voz alta, le habla de trabajo a Lalo, de su trabajo y, de nuevo, sin querer, se le escapa Baudelaire: «El placer nos usa, el trabajo nos fortifica». (También esa frase está subrayada en el libro). Pedrito sigue siendo baudeleriano cuando se da cuenta, y más aún cuando no se la da, sombrío, tortuoso, a pesar de su disfraz de vividor. Se deja usar con demasiada frecuencia por modos convulsos, compulsivos de placer: el espejo que oculta una ventana en las comisarías, en las salas de interrogatorios, o al

revés. Detrás, Savonarola (él llama a su suegro Calvino). Su otra cara. La prolongación de la lucha armada por otros medios, el pelotón de ejecución convertido en excavadora, en grúa. «Il faut aller fusiller le général Auspick!». Lo malo es que también Guzmán es un pelotón armado hasta los dientes. Dos verdugos. Les falta el reo y, por eso, se miran de reojo, desconcertados. Durante esta cena, tantos años después de separarse, de no haberse vuelto a ver, y sin saber cuánto tiempo transcurrirá hasta que se vean nuevamente, Pedrito se toma el inútil trabajo de odiar a Guzmán (violencia gratuita, existencial) como otros toman Micebrina, complejos vitamínicos, batidos de cereales y píldoras con mucho ginseng. Habla con Lalo, el hijo de Guzmán, como si quisiera quitárselo a su padre. «Trabajo, yo trabajo», acaba de decirle. Le ha explicado que lleva media docena de obras grandes, bloques de apartamentos en Benidorm, urbanizaciones de bungalows en Denia y en Torrevieja. «Estoy vivo», dice, dirigiéndose a Guzmán. Y, en ese instante, es como si diera un alarido porque acaba de marcarle un gol. La detonación del pelotón. Su mujer, nos cuenta, le echa en cara ese esfuerzo, que ahora preside el afán de acumulación, como antes lo presidió la revolución: «¿Para qué? ¿Para qué trabajas tanto? Tienes que ir dejando las responsabilidades», le dice la mujer, y él se lo cuenta a Lalo, como si le pidiera alguna forma de perdón. Le dice, con voz paternal, que quiere hacer de verdadero padre que cubre las lagunas que el padre natural fue incapaz de aterrizar: «Echarle el ojo a un terreno, vigilarlo como un maníaco vigila a su víctima, ir enamorándose de él, conociéndolo, hasta que llega el momento en que se le echa la red. Pescar un terreno: es mucho trabajo, amor, formas de amor, obsesión, pero hay un gratificante cinismo en el libre juego del mercado, en su astucia, en esa sutileza que obtiene resultados, frente a la sutileza intelectual que es una rueda que gira al margen de los engranajes, vacía, deslumbrante, pero en el aire. A pesar de lo que pienses, Lalo, el centro del mundo no está acá o allá: no está en ningún sitio y está en todas partes. Está en cada transacción que se efectúa: cada vez que se produce el milagro de la plusvalía, el mundo encuentra su centro», y me da la impresión de que ahora se siente infinitamente superior. Que piensa que Guzmán ha encajado una goleada. Es el triunfo del realismo en su versión más prosaica. El mismo Pedrito que, hace veinticinco años, se burlaba de mí: «Siempre has sido torpe con las mujeres, tímido. Te ha costado darles lo que te piden. Y quieres arreglarlo escribiendo». La muerte de Baudelaire. Nada de poesía. Ninguna rueda gira vanamente en el aire, cada rueda es dentada y se machihembra con otra y ayuda a que se mueva el engranaje, forma parte de la gran máquina. Ahora no se derrocha ni un átomo de energía. El espíritu no es humo, es fuerza, motor. Hace un rato se ha perdido, se ha marchado por las ramas, discutiendo acerca de si el centro del mundo estaba en Hong Kong, en Shanghai, o en Singapur, sólo por fastidiar a Lalo, que saltaba como una pulga desde México a Nueva York. Pedrito ha defendido un confuso sistema de periferia. Algo de eso ha querido decir o me ha parecido entender, cuando ha hablado de Machado y Soria, de Lenin en Zurich. Él sabe que Baudelaire, desde el escritorio en el que se

condenaba tozudamente durante las largas noches de invierno, enseñó al mundo las multitudes de la gran ciudad, el ajeteo de los ómnibus: ese lugar donde por primera vez dos personas podían mirarse durante largo rato sin, por ello, tener la necesidad de conocerse; las multitudes en medio de las cuales un hombre sigue a una mujer y observa la casa en la que ha entrado y la acecha durante días (una mujer, un terreno); o la pierde para siempre: sólo unos ojos que luego, por la noche, en el silencio de su casa, recordará. Desde la noche míseramente iluminada de su casa, las palabras del poeta. Parecía una rueda que giraba en el aire, pero no, también esa rueda formaba parte del engranaje. Eso es lo que parece que Pedrito ahora no percibe, no se da cuenta de que enfrenta palabras que cree que son hechos con palabras: ha perdido la perspectiva de que las palabras sólo se enfrentan con las palabras y nunca son nada más que palabras. Escritores que mostraron (nada más que un puñado de palabras: sólo la violencia del acto rompe el juego) las multitudes que encubren a un hombre que practica ante otro hombre un lenguaje secreto e insinuante; o (variaciones sobre un mismo tema) a una mujer que elige la ropa que va a ponerse esa primavera y que descubre que, entre las demás dieras, hay una desconocida que le sonrío y se acerca a ella para decirle que ese estampado le sienta muy bien, y se ofrece a acompañarla al probador, donde la ayuda a ajustarse la prenda en la cadera, y alisa la caída de la falda con la palma de la mano, y le da aire al vuelo con unos pequeños golpes, y luego se queda a su lado mientras paga y, una vez sobre la acera, la invita a un té en una elegante terraza del boulevard des Italiens. Pero no, esas cosas no fue el maestro de Pedrito quien nos las descubrió, eso fue Proust. Otro que blindó su habitación. Aunque a Proust creo que no lo ha leído jamás Pedrito. Tengo que preguntárselo luego, que no se me olvide. No acabo de imaginarme a Pedrito leyéndose a Proust. A Elisa, sí. Elisa sí que se leía a Proust. Pedrito ha hablado hace un instante de Elisa Redol. No he querido oírlo. «La pasión tritura, reduce a escombros ideologías, imágenes, fortunas», he oído que le decía a Lalo. Seguramente habla de sus fantasmas, del fantasma de su pasión por Elisa. Lo ha dicho un momento antes de levantarse para el brindis: «Por los que se pusieron de rodillas para tocar el cielo y hoy se arrastran; por los que yacen en una tumba que nadie visita; por los que pidieron que sus cenizas fueran esparcidas en una playa o al pie de un olivo, convencidos de que volvían a una tierra que poseía un orden que el hombre interpretaba con su razón». Pedrito ha iniciado, copa en alto, un brindis que, cuando se ha puesto en pie para hablar, parecía que iba a limitarse a media docena de palabras, pero que luego ha ido alargándose y subiendo de tono. Está bastante borracho y su propia emoción alcohólica le impide descubrir el efecto que sus palabras nos producen. «Las plantas levantándose en dirección a la luz que las vivifica, los animales pastando en inmensas praderas, y, por encima de la naturaleza, el hombre, el orgulloso hombre». Ha sorbido otro trago antes de proseguir: «Por quienes creyeron que su reino era de este mundo, pero no de este tiempo, y no quisieron aceptar que el hombre es insignificante, y, por eso, porque no lo aceptaron,

se convirtieron en parte de una idea, aun cuando sospechaban la fragilidad de su propia naturaleza». Sigue hablando, a pesar de que los altavoces del saloncito privado del restaurante ya han empezado a emitir «Hier encore», la canción de Aznavour que el propio Pedrito ha seleccionado, y que está incluida en uno de esos compactos recopilatorios de éxitos de los sesenta y setenta que le ha entregado al maître antes de la cena con el encargo de que lo pusiera una vez acabado el brindis. La música y la voz del cantante se superponen a sus palabras, así que, en vez de seguir con su parlamento, Pedrito ha decidido traducirnos la letra de la canción mientras suena («Hemos desperdiciado el tiempo, queriendo detenerlo, y para detenerlo, e incluso adelantarlo, no hemos hecho más que correr y nos hemos agotado»). Y a continuación ha tarareado melancólicamente algunos versos, moviendo el vaso con un movimiento de ola («Ou sont ils á present, ou sont ils mes vingt ans»). Un par de lágrimas resbala por sus mejillas. Debo confesar que me ha extrañado cuando, antes de empezar a cenar, me ha enseñado el compact y me ha dicho que, a los postres, quería que sonara precisamente esa canción de Aznavour que, en nuestra juventud, nos hubiéramos negado a escuchar, por hortera, y, sin embargo, reconozco que también yo, al oírla y prestar atención a lo que dice, he empezado a emocionarme. Quizás ha contribuido a esa emoción que Amalia haya dicho que Magda acostumbraba a ponérsela a Elisa en el pub. Cuando concluye, Pedrito le pide al maître que la ponga otra vez, y ahora suena en medio de un silencio casi religioso. En el comedorcito se ha instalado un denso silencio. Se acaba por segunda vez la canción, y nadie se mueve. Yo aprovecho ese momento para abandonar la mesa e ir al servicio y, cuando, de regreso, aparto la silla para sentarme de nuevo, vuelvo a oír el nombre de Elisa en labios de Pedrito. Seguramente quiere dejar muy claro sobre qué cenizas se levanta su elegía. Luego el nombre rebota en boca de Amalia, de Guzmán. Amalia habla del barroco, de los estudios que Elisa hizo sobre el barroco. «Eres lo que yo fui un día, soy lo que serás», ha dicho. Yo he entornado los ojos sólo un segundo, mientras mantengo el respaldo de la silla en la mano izquierda.

Ha visto sus libros de arquitectura italiana del barroco encima de la mesa y su ropa de diseño en el armario. Ella ya no está. Pero ha cerrado un instante los ojos y ha vuelto a verla. Elisa le hablaba de la Florencia de los Médicis, de Palla dio; de Sant'Ivo a la Sapienza y de San Carlino alle Quatre Fontane: de la locura de Borromini; de Caravaggio agonizando febril en una playa; pero también de los edificios de Aldo Rossi, de Siza, del puente que Calatrava había empezado a construir en Sevilla. Una copa de vino blanco frío, una lata de foie gras, el estudio, su casa un estudio, en el ático de aquella finca del Madrid viejo, del arrabal, los tejados de teja oscurecida por el paso de años, y su pequeño jardín colgante, y los pósters en los que se veían perspectivas caballerías del Duomo florentino, láminas con las fotos de las perspectivas en fuga del padre Pozzo en el Gesú de Roma,

dibujos del Panteón: «pasión por las cúpulas», decía ella. Desde su casa se veía la de San Francisco el Grande; en el salón, un jarrón con flores azules negras y amarillas, lirios que compraba en el puesto que hay junto al mercado de la Cebada, flores de agua (como los nenúfares, algo perverso, esas cristalerías modernistas que, sin embargo, odiaba, Moska, Lalique. Pedrito le trajo de Praga unas figuritas art nouveau: «decoración de femme fatale y demodé, bibelots de vieja puta», le dijo ella, cruel, pero luego lo besó en los labios), claridad, sillas de Tusquets, Elisa, sus artículos en revistas de arte, en Casa Vogue en Arquitectura y Diseño, en Arquitectura Viva, hablaba de ménsulas, de arcos carpaneles, de líneas de tensión, la mesa del estudio, impoluta, un libro abierto y música leve al fondo, limpieza, ni una mota de polvo sobre la superficie de la mesa, los cantos del libro paralelos a los de la madera, el sillón Mackintosh en una esquina, «¿quieres comer algo?, tengo un poco de merluza cocida», le preguntaba, todo cuidado, la botella de aceite virgen, para dorar la rodaja de merluza, la botella de Milmanda, también de color dorado, entonces era lo que se bebía, lo que ella bebía entonces, un vino de moda, cubiertos, plato y botella sobre manteles individuales que había comprado en la Compañía de la China y el Oriente, para poner encima la copa, el plato, los cubiertos, y una cestita de bambú para el pan, seguramente adquirida también en la misma tienda, en lo más exótico de Madrid; y un dragón chino de papel de seda colgado del techo, recuerdo de sus tiempos de militante maoísta, aquel viaje a China que hizo con Guzmán, Ana, Narciso, Amalia y Taboada, la revolución como una delicada operación estética, una levedad de seda envolviendo el mundo, entrando por las ventanas abiertas con la brisa de la tarde de otoño. La brisa traía el perfume de la madreSelva que había plantado en la terraza que daba al sur, jazmín y madreSelva abriendo sus flores en el aire inhóspito de Madrid. La revolución, la música de Cimarosa, la de Satie, la música de Barbara (me Druot: la mujer madura y arruinada que, cuando acude a recoger el objeto que empeñó, descubre que ya se lo han llevado: era el único recuerdo que le quedaba de su gran amor), la música de Sting, el crepúsculo de Madrid en torno a la casa, como metiéndola en los reflejos de un cristal, cristal de seda, y la camisa que acababa de comprarse. Aún estaba la bolsa de cartón con asas de cuerda sobre una silla, bolsa de cartón oscuro con el logotipo de una firma cara. Gaultier. Dejó sin terminar su artículo para Casa Vogue sobre el proyecto de terminal ferroviaria de Calatrava en el aeropuerto de Lyon-Satolas, dejó sin terminar un ensayo acerca de los trompe-l'oeils en la pintura pompeyana. El mantelito individual ahora le servía para que su madre, que había venido de Valencia, le pusiera encima el plato que contenía un desvaído puré que ella no se podía ya comer. Lo recibía, «hay una botella de Milmanda en la nevera, ábrela», vino dorado que empañaba la copa, «me ha dicho el médico que puedo beberme un vasito de vino, que no me hará daño. Estoy muy bien, como si no me hubieran operado. He empezado a trabajar. Sólo cuando me dan la quimio, lo paso mal, ya sabes, una semana vomitando y esas cosas, luego estoy bien hasta la

siguiente sesión». Se compró una peluca de calidad, y no se notaba prácticamente nada que el pelo que lucía no era suyo; al menos en apariencia, perder el pelo no pareció importarle demasiado. El primer día, se quitó la peluca para enseñarle la cabeza rapada («parezco una punki berlinesa», le dijo riéndose, «si no fuera porque para aguantar esa imagen tienes que cambiar el vestuario de arriba abajo, no me pondría peluca, pero, claro, para ir de pelona tienes que conjuntar el equipo y la verdad es que no me veo toda cubierta de cuero negro y con tres anillos en la oreja y un par de ellos más en el labio»). Tres meses más tarde, sus gemidos se oían desde el descansillo. «La cabeza», sollozaba, «me duele tanto la cabeza». Ya no le hacía efecto ningún calmante. Le inyectaban los calmantes directamente en la cabeza con una especie de berbiquí inverso, o sensible, que dejaba de perforar en cuanto tocaba zonas blandas, eso le contaba. Había hecho planes para pasar el verano en Altea, en la casa familiar en la que pasó los veranos de su infancia. «Bañarme, leer, mirar el mar y tomar vermut, eso es lo que voy a hacer. Un vermut de domingo, con su aceituna rellena de anchoa, su rodaja de limón, una gota de ginebra, y junto a la chata copa de martini, un plato con patatas fritas, otro con mejillones en escabeche, unas lascas de hueva de atún con unas gotas de aceite». Un verano como los que pasó en Alicante cuando su padre aún vivía y ella era una adolescente. Su padre la llevaba a una terraza de la Explanada, bajo las palmeras. «Y cuando llegue el otoño, conocer Nápoles, ¿sabes que no conozco Nápoles? Cuando me dijeron que iban a operarme, tuve miedo de quedarme en el quirófano, y que no me diera tiempo a conocer Nápoles. Eso fue lo que eché de menos en aquel momento, no conocer Nápoles, irme sin las imágenes de su bahía, sin el olor del mar, sin caminar entre sus palacios ruinosos, y pisar el empedrado de las calles de Pompeya». También le decía: «irme antes de poderme tomar un par de copas de alguno de esos weisser Wein alemanes, algún Klost Johan ninsberg. Dicen que son vinos de dioses. De hecho, en cuanto me dieron el alta, compré en el Corte Inglés una botella de Sauternes; no tenían vinos alemanes, vinos del Mosela, pero me dijeron que el Sauternes es de la misma familia, una especie de primo suyo, o sobrino, ¿es verdad que son maravillosos esos vinos del Mosela? No me gustaría morirme sin probar alguno bueno, pero bueno de verdad». Por medio de un amigo que trabajaba en una revista gastronómica, y al que aún veía de vez en cuando, se enteró de cómo podía hacerse en Madrid con una botella de esos vinos alemanes de invierno. Se la envió por mensajero. «Tómatela tú solita», le dijo, cuando le llamó para darle las gracias y decirle que la guardaría para bebérsela con él. «Ya llevaré yo otra cuando vaya a verte», le dijo él. Y ella: «¿Sabes? Lo del vino es una tontería. Lo que hay que hacer es ir a Nápoles. La luz de Madrid una mañana de invierno, la luz de Altea cuando empieza a caer la tarde, eso es lo que me importa. Fíjate, qué antigualla. ¿Te das cuenta de que en la novela contemporánea ha desaparecido el paisaje, no sólo la naturaleza como paisaje, sino también el paisaje urbano? Ahora ya no aparecen los grandes escenarios de Hugo, de Dickens, de Proust en las novelas, seguramente

porque el turismo ha dejado de ser una actividad para unos pocos, está al alcance de cualquiera, y se han degradado los monumentos, convertidos en propiedad de salchicheros que pasan el fin de semana, se ha banalizado la percepción. Hablar de todo eso se ha convertido en pederreo. Ahora, las novelas buscan paisajes suburbanos, habitaciones sórdidas, es un regreso al expresionismo, un regreso del dandismo y su gusto por lo sombrío. La única manera de épater le bourgeois, pero también a los compañeros de promoción: la única manera de seguir por encima que les ha quedado a nuestros amigos, que ahora, cuando, poco a poco, el entorno se convierte en algo razonable, se entregan a la sombría sinrazón. Por cierto, en tu novela, ¿hay paisaje?». Él siempre le había parecido un tanto demodé. A Elisa quien le gustaba de verdad era Azúa, que, además, sabía de arte y era guapo. Y había prologado a Biely (la persistencia de las vanguardias). «Tengo muchas ganas de leer tu novela», le dijo. Y él pensó que, a pesar de todo, de no formar parte de esas vanguardias, le tenía cariño. «Creo que transcurre en Denia. En cuanto la termines, tienes que dejarme una copia», le dijo. Se negaba a leer capítulos sueltos: «No me gusta ver los remiendos de las cosas, luego, cuando están terminadas, si has visto antes esos costurones, no te acabas de creer que una obra sea una unidad, te da la impresión de que es un conglomerado de cosas embastadas y que se aguantan a duras penas». Fue en mayo cuando empezó a dolerle la cabeza, y justo por entonces él acabó de escribir aquella primera novela, en la que llevaba tres años trabajando. Le pasó una copia, pero ella no se la leyó. Lo había animado a escribir el libro durante aquellos tres años, escuchándolo pacientemente cuando le decía que no sería capaz de terminarlo, y, una vez que estuvo acabado, ella ya no se lo pudo leer. Estaba perdiendo la vista, o, mejor, le estaba cambiando el sentido de la vista. «No es que vea menos», le dijo, «veo de otra manera». Decía que había empezado a ver del modo como representan los libros y los documentales de televisión la mirada de las abejas: la realidad descompuesta en una serie de figuras geométricas. «Tengo mirada poliédrica», le dijo. «A ver si se me pone bien la vista antes del verano, y puedo leerme tu novela, estoy deseando. Mi madre ha intentado leerme cuatro o cinco páginas, pero no consigo centrar la atención, me distraigo, y si me esfuerzo por permanecer atenta, enseguida me duele la cabeza. Me canso, no me entero de nada, ya me la leeré yo tranquilamente. El primer capítulo tiene muy buena pinta». El primer capítulo tenía apenas un par de páginas, el segundo tres o cuatro, y el conjunto del libro —a pesar de lo mucho que a él le había costado escribirlo— casi no superaba el centenar de páginas de letra de abultado cuerpo. Era más bien un cuento largo, eso que los franceses llaman una nouvelle. Pasado el tiempo, él se ha preguntado qué era lo que se creía de lo que le contaba, porque, el día del entierro, su hermano le dijo que el médico, cuando la operaron, les había anunciado que iba a durar un año y medio, «justo lo que ha durado, ni un mes más ni un mes menos», le dijo el hermano cuando se acercó para darle el pésame, y también, «ella no lo sabía; bueno, creo que no lo sabía, aunque a veces he pensado que sí, que estaba al tanto de

todo y que lo calculó todo; de lo que no me cabe duda es de que si no lo sabía, por lo menos se lo imaginaba. A lo mejor, se decidió a vivir como si no lo supiera. No le hubiese gustado que le tuviéramos pena». Par delicatesses, j'ai perdu ma vie. Como su hermano, él también piensa que desde el principio lo supo, aunque quién puede saber las trampas que alguien puede hacerse cuando está convencido de que se va a morir. Probar el vino del Mosela, otra terrina de foie gras, regalarle a su amiga Amalia los libros de arte. A él le ofreció uno que hablaba de Caravaggio. «¿Sabes que pasó los últimos años de su vida entre Nápoles y Malta? No conozco ni Nápoles ni Malta; en Malta tienen una Decapitación de San Juan extraordinaria, de una violencia fría, cotidiana, en la que el verdugo parece un artesano y Salomé una cocinera que prepara la bandeja para recibir algún manjar. Cuando me encuentre mejor, con más fuerzas, me gustaría ir a Malta, ¿nos animamos? Quizás, el próximo invierno, o en primavera, que ya estaré yo un poco más fuerte. Ahora se me hace cuesta arriba sólo pensar que tengo que arrastrar una maleta por el aeropuerto». Estuvo por pedirle el libro sobre Caravaggio a su madre, pero, al ir a decírselo, cuando se acercó a besarla en el tanatorio, de repente se sintió como un buitre, lo quería simplemente como recuerdo, y podía parecer que tener ese libro lo beneficiaba en algo que no fuera sentimental, así que se limitó a pedirle una foto antigua, de tamaño 12 × 18 en la que se veía a un tipo gordo y con mostacho disfrazado de demonio de opereta, incluidos cuernos y rabo, que ella tenía enmarcada encima del mueble en el que guardaba los compactos y que les había hecho reír en varias ocasiones. Elisa, revolución bella y ordenada, armonía: la cúpula de Santa María delle Fiore, la cúpula del Panteón, una silla de Tusquets, a quien ella admiraba tanto. La revolución como forma: líneas, ángulos, volutas; exigencia de la belleza y de la razón. No le perdonó a Pedrito que introdujera el principio de realidad, que le dijera que la policía lo seguía para tener una excusa y colarse en su casa y que luego resultase que era mentira (la mentira era una forma de fealdad); que, además, aprovechara su estancia allí (hasta entonces habían sido amantes esporádicos y la convivencia los convirtió en amantes estables) para meterle en casa, sin que ella lo supiese (otra forma de fealdad, la ocultación), aquella pistola y la maleta con explosivos. «No quería comprometerte si pasaba algo», se excusó él, «¿no te das cuenta de que lo he hecho porque te quiero?». Pero ella no se lo perdonó. La revolución no podía ser aquello, ni podía exigir la mentira, la ocultación, la fealdad. La revolución era una verdad universal, como el arte, una forma de belleza. «A eso, Lenin lo llamaba jesuitismo político, doblez», le dijo ella, y él se echó a reír. Le dijo: «Cuando Lenin hablaba de jesuitismo se refería a otra cosa, que no tiene nada que ver con esto. Esto tiene que ver con la clandestinidad, con la estanqueidad». Y tras una calculada pausa: «¿Crees que Lenin llegó al poder poniéndole a la policía zarista música de Cimarosa y blancos del Penedés?». Elisa le cruzó la cara de una bofetada y lo echó de casa. Elisa. También la enfermedad, como la revolución que proponía Pedrito, deshonesto principio de realidad. Le dolía la

cabeza cada vez más ratos y cada vez más fuerte. La tertulia que se organizaba todas las tardes en su casa desde que estaba enferma cambió de decorado, del salón en el que ella recibía tendida en el sofá se trasladó al dormitorio, ahora los amigos se reunían en torno a su cama. Ella apenas se levantaba. Más adelante, empezaron a interrumpirse dos o tres veces cada tarde las conversaciones. De repente, pedía que la dejaran a solas un momento y quienes habían ido a visitarla abandonaban la alcoba, y se quedaban en silencio o cuchicheando en el salón, mientras ella, tras la puerta, se enfrentaba a algo que no quería mostrar más que a un par de amigas, que la ayudaban en aquellos momentos. Los últimos meses ya no hubo tertulias, sólo visitas breves, amigos que cuchicheaban a media voz en el cuarto durante algunos minutos y luego se quedaban silenciosos en el salón durante una media hora, antes de despedirse de la madre. Ya no se iba a estar con ella, se iba a verla, como los fieles van a ver la imagen de un santo cuando pasan casualmente por la puerta de la iglesia en que se la venera. Iban a verla un momento y ella apenas abría los ojos, y uno sabía que lo reconocía porque movía la cabeza cuando entraba en el cuarto, porque le apretaba la mano y suspiraba y hacía una mueca con los labios que seguramente creía que era una sonrisa. Su madre le contó a él que aquella tarde — verano en Madrid, tardes calurosas y largas— le pidió que cerrara las ventanas, le dijo que no quería ver a nadie, cerró los ojos, dijo: «no soporto más», y, a las pocas horas, se murió. «Como si se hubiera negado a dejarse dominar del todo por la enfermedad y hubiera pensado que ya que no el cómo, al menos podía decidir el cuándo», le dijo la madre en el tanatorio. Él no estaba en Madrid, y telefonearon a las dos de la mañana para avisarle de que había muerto y al día siguiente iban a incinerarla. Estaba a casi quinientos kilómetros y, además, tenía el coche en el taller de reparaciones, así que tuvo que coger un taxi para llegar poco antes de la ceremonia y poderla ver metida en el ataúd, maquillada, le pareció una muñeca china de porcelana, era ella, lo que quedaba de ella, apenas unos kilos de ella, casi irreconocible, maquillada, inexpresiva, como si también la muerte, como la revolución, pudiera ser limpia e indolora, una forma de estética. Como si la muerte no fuera más que representación, impasibilidad. La indiferencia de las estatuas clásicas. Envolvía la ciudad una calima de agosto asfixiante. Ella allí, y los trajes en el armario, la falda que se trajo de Roma y que se puso cuando fueron a cenar para celebrar que había quedado bien de la operación (¿ya sabía ella entonces?), las camisas de seda que se compró en París, en la tienda de Gaultier del Passage Vivienne, cuando fue con Agustín, el nuevo novio que había llegado para ocupar el lugar de Pedrito (Agustín, el mago de la luz, como ella lo llamaba: era fotógrafo) unas semanas antes de descubrirse aquel bulto en el pecho. Por cierto, Agustín discutió con ella la misma noche en que Elisa le dijo que sí, que la biopsia diagnosticaba que aquel bulto era un cáncer que había que operar. Agustín. La luz que se hace pedazos cuando toca el borde del cristal de la realidad. Él lo vio discutir con ella aquella misma noche y marcharse de mal humor. Los dejó solos a los dos.

«Pero ¿qué le pasa?», le preguntó él (cuando llegó al pub, a Violette, discutían en voz baja). Y ella, sonriente, «excusas, celos, tiene un ataque de cuernos, le jode que me haya dejado joder por un cáncer. Déjalo, es mejor así». Agustín le llamó a él a los cuatro o cinco meses. Había vuelto con su mujer. Se habían reconciliado. Llamó Agustín, aunque no fue exactamente así. Primero le llamó la mujer para preguntarle si le molestaría hablar con Agustín. «Es que está preocupado por Elisa», le dijo la mujer, y él tenía que haberle colgado el teléfono, pero no lo hizo, incumplían todos el imperativo categórico de Kant que los profesores de ética les habían enseñado en la facultad. Ya nadie hacía lo que creía que tenía que hacer. Mantenerse, tener criterio había empezado a ser una forma de intolerancia. Ya no sabían si servía mejor a la sociedad el que decía entregar su vida por ella o el que buscaba una corbata que hiciera juego con el traje que tenía que ponerse para la cena de esa noche (algo así dice Proust, que a ella tanto le gustaba). Dos formas de ansiedad, de neurosis. Confusión de valores. Le dijo: «él sabrá lo que tiene que hacer», y lo que hizo fue llamarle al día siguiente: «¿Cuándo vas a ir a verla? ¿Te parece correcto que vaya yo contigo ese día?». «Tú sabrás», le respondió. Agustín no quería ir. Lo que quería era que fuese él quien le dijera, «no vayas a verla», y sentirse perdonado. Sentirse bien consigo mismo, ser capaz de darles aún algo de dignidad a su mujer y a sus niños: tenía tres, la mayor de dieciséis años, quería lo mejor para ellos; en este caso, quería que ellos tuvieran un padre digno, un padre que no había abandonado a su amante porque tenía un cáncer, que no había vuelto a casa con ellos porque su amante lo había cambiado por un cáncer. Aquella llamada era como esas que hacen los jugadores de bolsa a sus corredores en cuanto reciben la noticia de que un valor va a experimentar una inminente subida, una maniobra para comprar valores seguros a buen precio, un pelotazo de dignidad, una acumulación de capital humano para disfrute de su mujer y sus hijos, disfrute familiar. «Mejor que vayas solo, ¿no?», insistió. Y él, otra vez, le repitió «tú sabrás». No fue, ¿para qué iba a ir? Si ella ya no follaba, ya no decidía en ninguna revista de arquitectura quién tenía que hacer las fotos que acompañaran su reportaje y quién no, si ya no iba a usar las llaves para abrir las puertas de la casa de Altea desde la que se ve el mar por encima de las plantaciones de pomelos, las jacarandás y los limoneros. Para qué. Si ella había cerrado el capítulo del amor y ahora leía en el libro otras páginas. Elisa tenía treinta y cinco años. No cumplió más. Murió tres meses antes de cumplir los treinta y seis. El dragón de papel de seda flotando sobre el comedor vacío y oscuro, solitario dragón inmóvil en el centro del comedor de ventanas cerradas, de persianas bajadas, en una de las cuales, de cara al exterior, alguien ha puesto un cartel en el que aparece escrito: «se vende» y, debajo, un número de teléfono y un nombre: «Señor Álvaro». Quién sería ese tal señor Álvaro. Él aún pasó de vez en cuando por aquella calle. Se fue acostumbrando. Al principio daba un rodeo para no ver el ático con las enredaderas, el jazmín, la glicinia, la madreSelva, las plantas que ella plantó y fueron secándose poco a poco. Tras las ventanas, los trajes en el armario, los libros en los

estantes, el ruido amortiguado de los coches que pasan por la calle. Un libro abierto sobre la mesa, el canto de las páginas paralelo al borde de la mesa. Elisa. Suena el ruido de la lluvia y crujen los batientes mal ajustados de las ventanas —«los muertos, los pobres muertos tienen grandes dolores, y cuando sopla octubre»—, mientras él recuerda aquellos años que, cuando discurrían, no tuvo conciencia de que fueran felices.

«El centro del mundo», dice Pedrito, y dirige hacia mí sus ojos como si el centro del mundo fuera precisamente yo. «La última gran discusión que ha mantenido la teología y que la caída del muro de Berlín ha dado por concluida. La última de las herejías que aseguraban que se podía instalar el cielo aquí en la tierra. Los últimos visionarios», dice Taboada, «el comunismo, la última gran deriva del cristianismo. Justicia, igualdad, piedad, todo eso. Los futuros libros de historia hablarán de esa desviación, le dedicarán algunos párrafos». «Una herejía que afectó a dos mil millones de personas. La mitad de la humanidad contaminada por los falsos profetas. Y que media decena de años ha bastado para borrar de la memoria de la humanidad», dice Guzmán, aprovechando la ocasión de mostrarse entre brillante y melancólico ante sus hijos. Lalo y Juanjo se refieren a Cuba, al zapatismo; y Pedrito, mientras habla Guzmán, me pide que le enseñe la palma de la mano. Quiere leerme el futuro. «Saber si te corresponderá tu parcela de cielo aquí en la tierra», dice, y me guiña el ojo. Con la otra mano, jugueteo con la cartulina que nos han puesto sobre el plato antes de empezar la comida, y que yo he doblado. Con ella doblada, le doy tres o cuatro golpecitos a Pedrito en la palma de la mano. «Brujo estalinista», le digo, y nos reímos. Observo que ha caído una mancha de vino tinto y que algunas letras aparecen medio borrosas. Mientras Pedrito procede a su lectura quiromántica, y anuncia con voz engolada y gestos de cómico un futuro oriental para la humanidad («el futuro llega desde Oriente, y será aún más cruel», dice) paso la vista por la cartulina y ojeo el menú que se ha encargado de elegir.

Cena aniversario de los viejos camaradas Menú:

Raviolis de harina de arroz con boletus edulis

y lascas de trufa en consomé de ave.

Skrei en costra crujiente sobre lecho de tomate dulce.

Confit de oca con escalopín de foie en un fondo de judías del

Barco y cebolla berciana caramelizada en la grasa del ave.

Chocolate negro a la piedra con espuma de coco y sopa de mango.

Bebidas

Champagne Pommery

Milmanda. Chardonnay 1994

Tinto Pesquera 1986

Armagnac Château de Laubade

«La vida», acaba de decirle Pedrito a Guzmán, levantando la vista de mi mano para responderle a no sé qué que le ha recriminado. No consigo oír lo que dice Guzmán. Es de esos que grita tanto cuando habla que acaba consiguiendo que no se le oiga. Pedrito ahora es un importante promotor inmobiliario y Guzmán no lo soporta. El sigue convencido de que no hace negocios, sino que crea cultura con su productora, con la galería de Ana, con las canciones de Lalo, que son como un

certificado de algo. Y, claro, Pedrito no se lo tolera. Están picados, esos dos están picados. No se soportaban entonces y no se soportan ahora. Dos divas en el mismo escenario, disputándose el favor del público, mala cosa. Guzmán, hirsuto, agazapado detrás de la barba, representando el tosco papel de irreductible: como si dijera, he conocido todo, lo mejor he conocido, y sigo igual, el pueblerino que salió de las dehesas de Extremadura para venirse a estudiar con una beca a Madrid. Nadie podría imaginar que es el marido de una galerista que lleva treinta años en la vanguardia de todo. Ese es su juguete, su doble juego, su mareante baile de disfraces, la cuidadosa construcción de la tosquedad como un proyecto o un disfraz. Pedrito me come con la vista, me toca con la mirada de una manera casi impúdica y que me turba. Me mira como me miraba cada vez que tenía ocasión de bailar conmigo en nuestra juventud. Sólo que, a mí, por entonces no acababa de gustarme. Ahora ha perdido su aspecto de ideólogo pueblerino, ha ganado mundo, un envoltorio mundano. Se vendría esta noche conmigo si yo quisiera —está en el aire—, y yo me iría con él si esas cosas se cerraran con una caída de telón y no tuvieran epílogo. Pero lo tienen, aunque no se represente, lo tienen. Si al día siguiente llamas, es porque hay epílogo y, si no vuelves a llamar en la vida, ni te llaman, también hay epílogo: quizás un epílogo más largo. Así que no va a haber nada. Nada de coger un taxi a medias, ni llamadas, ni intercambio de números de teléfonos, ni promesas de volver a verse otro día. Dejar pasar tranquilamente las cosas. Acabaremos pronto la cena, porque, al parecer, Guzmán tiene que madrugar mucho (digamos que tiene pocas ganas de sobremesa), ya que mañana viaja al sur, a ese sitio que se llama La Bobadilla, por ahí por Málaga, o por Granada, donde tiene una reunión con productores franceses interesados en rodar una serie televisiva sobre el exilio español en colaboración con la Junta de Andalucía. Mejor así, que nos vayamos pronto, porque, de ese modo, aún tendré tiempo de leer un rato en la cama cuando llegue a casa. Ponerme un disco, y leer hasta que me canse, porque he fumado demasiado, he bebido y no conseguiré conciliar el sueño hasta las tantas. Eso ya me lo conozco. Fumas, bebes, y luego no hay quien te duerma. Te desvelas y lees hasta que empiezas a oír pasar el autobús por debajo de casa. Leer, seguir leyendo, ¿para qué? Leer otro libro, para entender; otra novela de madrugada para entender, ¿qué?, ¿qué quiero entender? Que no haya venido Narciso me parece muy bien. Se lo dije a Pedrito cuando me llamó. Aunque han pasado más de diez años desde que nos separamos, seguimos siendo incompatibles. Lo seríamos aunque pasara un siglo. La pasión, una enfermedad que no se cura nunca del todo; que deja heridas, resaca, epílogos, sí, aunque ése no sea exactamente el caso, porque lo que me duele ahora mismo no es cómo acabaron las cosas (con él marchándose de casa sin avisar cuando ya llevaba años enredando con Laura, yendo y viniendo de Laura), ni la sarta de mentiras que tuve que soportar durante los últimos meses: no es eso lo que me duele, sino lo que vino luego, todas sus intrigas para que me retiraran del cargo de Bruselas; su afán por demostrarle a todo el mundo que, si yo tenía un cargo político, era porque me lo había

proporcionado él, y que, cuando él quería, el cargo se esfumaba. Lo peor es que así fue. O que así fue, al menos, en parte. La otra parte la puse yo, porque cuando descubres que sí, que él puede removerte el suelo que pisas, te das cuenta de que todo el hermoso edificio se sostiene sobre una charca podrida: el mundo como Venecia, apariencia, las bellas piedras flotando sobre troncos corrompidos, las aguas fétidas, las ratas. Esos conceptos de lo barroco en los que trabajaba Elisa, el esplendor de la fruta y la podredumbre, cuestión de minutos. El esplendoroso verde de un aguacate, que, en cuanto pasa media hora, ya es negruzco, repulsivo. Y pierdes la poca fe que te quedaba, porque, al cabo, descubres que lo que Narciso exhibía, aquello de lo que presumía era la verdad, al menos una parte sustancial de la verdad, de la que yo no me había enterado, o no había querido enterarme. Como ocurre con el teatro, que acabas descubriendo que sólo se puede creer en la mentira de la representación porque la representación es la única verdad. No me echó del cargo él, quizás me fui media hora antes de que él me echara, pero me fui cuando ya se me había caído la venda de los ojos y había descubierto que, con mis propios medios, jamás hubiera podido adquirir un pasaje para Bruselas, porque aquel viaje costaba más de lo que podía yo ofrecerle a la taquillera. Valdría la pena no enamorarse en la vida si la resaca del amor tiene que traer indefectiblemente todas esas miserias, la basura. En fin. No ha venido Narciso, no ha venido Ana (la veo de vez en cuando, no la echo de menos), no han venido Magda, ni Mauricio. Que no haya venido Magda sí que me duele, mi vieja amiga. Guzmán me pregunta por ella y por Mauricio, los dos camaradas que no han venido y a quienes él esperaba ver. «Creo que se marchó a Vigo», le digo refiriéndome a Magda. De Mauricio le cuento que murió hace un par de años. A Pedrito se lo conté el otro día cuando hablamos por teléfono —quería que lo localizara, que viniese a la cena—, y yo creo que a Guzmán también se lo dije hace un montón de tiempo, aunque él esta noche haya dicho que no sabía que Mauricio hubiera muerto. Lo habíamos perdido de vista, nadie sabíamos nada de él, pero se presentó en la consulta de un médico que fue compañero nuestro de organización, el que atendió a Carlos cuando se quemó con un cóctel molotov. Al parecer, se presentó con la intención de ponerlo a prueba: quería que le diera algo, una pastilla, algún brebaje para suicidarse. Le dijo que quería ofrecerse una muerte digna, ¿y quién no?, oír música, escuchar una poesía (a lo mejor, ese disco en el que Neruda recita sus poemas de amor), y dormirse plácidamente. A él le gustaba mucho la música. Cuando lo metieron en la cárcel decía que lo que más había echado de menos había sido no poder oír música. Imagino que, a la hora de morir, también pensaría en que se había acabado lo de oír música. Le gustaban los conciertos de Brandeburgo, la sinfonía Leningrado de Shostakóvich. Para un comunista, Shostakóvich, muerte y resistencia, mejor que Bach, muerte y amor de Dios, aunque demasiado impulsivo Shostakóvich para el momento de morir. Es como dejar un trabajo a medias, abandonar un edificio en construcción. Shostakóvich y los andamios del socialismo que fueron creciendo y que, una mañana, se derrumbaron, andamios en el polvo. Mejor Violeta Parra. Oír

música. Y alguien que te lea algún capítulo de un libro, un trozo del *Manifiesto Comunista* («la burguesía no ha formado solamente las armas que le darán muerte; ha producido también a los hombres que empuñarán las armas», o la *Canción desesperada* de Neruda («amor mío, es de noche / el agua negra, el mundo dormido me rodean»). Mientras alguien lee, al fondo, un poco de música, sí, digamos que Bach (Dios, el único andamio que se ha demostrado resistente, aguanta las tormentas, las largas heladas) y unos calmantes, algo, lo que sea. «No pido más que un poco de música y unos calmantes», le dijo al médico, «y, en ese proyecto, a ti te toca poner los calmantes y ayudarme a usarlos». Le pedía que lo ayudara a morir. Y se lo pedía altivo, con chulería, como provocándole, probando hasta dónde era capaz de llegar. Al médico no le gustó ni lo que le pedía ni el modo en que se lo pedía. Se negó: «Sabes que no puedo hacerlo», le dijo. Que, si quería, podía regalarle el compact que eligiera, elegirle las páginas del libro que más le gustara, o, mejor aún, podía hablar para que lo incluyeran en los tratamientos de la unidad de dolor del oncológico, pero colaborar en eso no podía. «He tenido responsabilidades, soy militante. Lo sabes. Entiende que no pueda hacer lo que me pides. Soy partidario de la eutanasia, pero no de la ilegalidad. Ya no. Ahora vivimos en un Estado democrático. Hay que luchar por que se implanten leyes justas también en ese terreno, pero no sortear la ley», le dijo. «Y a mí, ¿qué más me da vuestra ley?», le respondió Mauricio. Estaba furioso: «Dime cómo puedo hacerlo sin que me duela. Dame una receta y dime cómo puedo usarla, ¿no ves que tengo miedo a hacerlo mal, a sufrir más de la cuenta?». El médico le dio la dirección de una sociedad de amigos de la eutanasia. «Es todo lo que puedo hacer», le dijo. A los pocos días, le llamó la mujer. Mauricio no se había matado. Agonizaba de un cáncer de pulmón en el Hospital de La Paz. Ella le pedía ayuda, que le diera el teléfono de alguno de nosotros. Quería vernos. Nos nombraba a los viejos camaradas.

Cuando su mujer me lo contó, Mauricio ya había muerto. Al parecer, la trató con bastante crueldad aquellos últimos días. Ella era casi treinta años más joven que él, no tenían hijos, él no había querido tenerlos («¿te imaginas? Cuando el muchacho tuviera veinte años yo tendría ochenta. Un biznieto», se había negado él). Los últimos días, en el hospital, mientras agonizaba, no paraba de repetirle: «¿Cómo te creías que iba a ser? No, no es como tú creías. Las cosas no acaban bien, nunca acaban bien, no acaban de una manera ordenada». Me lo contó el médico un día que me lo encontré por casualidad a la salida del cine, me lo contó de manera atropellada y confusa la propia mujer de Mauricio por teléfono, cuando él le dio el teléfono de Demetrio y Demetrio le pasó el mío, para que habláramos «de mujer a mujer»: «Os nombraba a los compañeros de lo que él llamaba “la lucha”. Quería veros. Seguramente tendría que haberos llamado entonces, pero no tuve fuerzas», me dijo su mujer. Hicimos en varias ocasiones planes para encontrarnos algún día («me gustaría conocerte, hablar

contigo», nos decíamos), pero lo fuimos aplazando y, al final, dejamos de telefonarnos. Hace más de un año que no he sabido de ella. Las últimas veces me contaba que se sentía sola. No tenían ni una amistad en común, y buscaba a alguien con quien poder hablar de él, de Mauricio. Llegó a pensar en acercarse al café que sabía que frecuentaba por las tardes, para buscar a aquellos hombres que jugaban la partida con él y decirles que su amigo había muerto. Decirles: «Quiero hablar de él con vosotros». Pero a quién iba a decírselo. Podía parecer tan raro, la viuda joven yendo al bar a comunicarle al camarero: «Dícales a sus clientes que mi marido se ha muerto, el que venía por aquí y luego dejó de venir, era mi marido y ha muerto y yo quiero hablar de él». Eso ha sido lo que les he contado esta noche acerca de Mauricio. Lo que supe de él, a través de su mujer. Bueno, y también les he contado que los últimos años trabajó en una empresa de repartos, trabajó de algo así como de chico de los recados, y que lo llevaba mal, porque tenía reuma, o artrosis, y le dolían las articulaciones. Pedrito ha querido brindar por Mauricio («por la desaparecida clase obrera, por su amargo final», ha dicho), y, a continuación, ha extendido el brindis a los que no han venido, a Ana (creo que se le ha notado demasiado que el brindis por Ana ha sido de compromiso, sólo porque estaban delante Guzmán y sus hijos), a Narciso (ha procurado no mirarme mientras brindaba por él: yo ni siquiera he levantado la copa. Al menos, ha tenido la cortesía de no acordarse de Laura); a Magda. De Magda no hemos podido darle ningún dato reciente cuando nos ha preguntado por ella. Desaparecida. Missing. «Usé tantas veces Violette para guardar propaganda. Vosotros no lo sabíais, pero tuvimos casi un año en la bodega del pub la ciclostil. No podéis imaginaros la de cosas que imprimimos allí. A veces, con el bar lleno de gente. Magda subía el volumen de la música para que no se oyera, porque era una máquina endiabladamente ruidosa. Llegamos a esconder allí dos pistolas y unos paquetes de explosivos que nos enviaron desde el País Vasco cuando, dentro de la organización, pero fuera de la estructura de ella, montamos los grupos de apoyo», nos ha contado Pedrito. Jamás había oído hablar de eso, y me he dado cuenta de que a Guzmán y a Taboada no les ha hecho ninguna gracia el cariz que tomaba la conversación, como si supieran y prefirieran no saber. En cambio, Lalo, Juanjo y Elvira han aguzado los oídos, como queriendo saber más. Guzmán ha intervenido, cortante: «Nadie sabemos nada de Magda». Yo le he confirmado que, en efecto, nadie hemos podido localizarla desde hace media docena de años. Parece que se volvió a Vigo y que Vigo la está masticando. Quizás incluso se la ha tragado ya y la digiere lentamente. «Pero Vigo no es el desierto del Gobi», ha dicho Pedrito, «yo conozco gente de allí, podríamos localizarla». «No sé si es exactamente en Vigo o si es en alguna de las poblaciones cercanas, a lo mejor Padrón, o algún sitio de la ría, Cangas, Bueu; a lo mejor más lejos, El Rosal, o La Guardia». He pensado que me gustaría saber de ella. Recuerdo como si fuera ahora cuando me dijo en Violette: «Enfrentar a las mujeres, lo mismo que se enfrentan los diamantes para comprobar su dureza, para descubrir que estoy con la mejor y luchar por ella». Me eché a reír. Creí que me lo

decía en broma, pero no, resulta que aquella mujer era así. «Machista», le dije. Me miró como si fuera a partirme por la mitad con las uñas, a cortarme con el filo de un diamante. Era ambiciosa. Tenía una ambición rara, pero era ambición: no de dinero, o de poder, sino de esfuerzo. Pocos días antes, Lola, su novia, me había dicho: «En las novelas, en las películas la gente lucha por un objetivo y supera las dificultades hasta que lo consigue. En la realidad no ocurre así, ni mucho menos, puedes querer locamente a una persona, saber que es la mejor, y, al mismo tiempo, saber que eso no te conviene, no tiene futuro; que el amor no lo consigue todo. Yo quiero a Magda, pero somos tan distintas. O tan rematadamente iguales. Saber que íbamos a vivir juntas siempre sería un calvario. Sería chocar a todas horas, enfrentarnos, ponernos a prueba con otras mujeres para tener la impresión de que somos fuertes, competir. ¿Y para qué mantener eso? ¿Por un principio que se llama amor? Me gusta mucho, y eso es lo peor, que me gusta demasiado. Disciplinarse, renunciar y procurar enamorarse de otro cuerpo, cuya alma no te resulte tan paralizante». Me agobiaba su lenguaje, el de las dos: era como escucharle una lección de filosofía a un gladiador. La lucha permanente, el amor como una forma de guerra: struggle life. Yo creo que Lola estaba un poco enamorada de mí. Le gustaba tocar las blusas que me ponía, bromeaba conmigo y me miraba el sujetador y me decía: «Pero si eso se sujeta solo». Y Magda, que, al fin y al cabo, era mi amiga, mi camarada, contemplaba la escena de reojo, lo que provocaba que me sintiera incómoda: un pobre cordero entre las garras de dos aves rapaces, un botín que se disputan dos guerreros armados hasta los dientes. Una noche en la que Magda le dijo: «me voy a ligar por ahí, necesito aire, me asfixias». Había puesto «Yukatali», la canción de Kurt Weil que habla de una imposible tierra prometida. Cantaba Lotta Lenya. Magda tenía un sentido teatral de las cosas. La canción que venía a continuación en aquel compact era «September song». Más tristeza, otoño, días perdidos. Lola cerró el bar dos minutos después de que se fuera Magda, y cogió precipitadamente un taxi, seguramente con rumbo a alguno de los locales donde pensaba que podía haber ido. Recuerdo otra noche en la que Magda le tiró un vaso de whisky a la cara, porque Lola estaba hablando en una esquina con una chica. A mí, cuando empecé a tener problemas en casa, me dijo: «También a ti te da miedo que el amor te haga daño. Le tienes miedo a Narciso. Carlos me dice lo mismo: a ése le gusta que sus personajes sufran en los libros, se enamoren, se peguen, se separen, lloren. Y él, arriba, controlándolos, y sin que nadie lo controle a él. No hay peor individuo que el que dice entregarse a algo noble, por el bien de los demás, esa forma de entrega es nada más que egoísmo. “Dejadme en paz, que estoy creando, no me molestéis, que esto lo hago por vosotros”, dice el muy egoísta». Cuando le contó a Guzmán que se había separado de Lola, él se ofreció para encauzar sus sentimientos, «es una oportunidad para que tengas experiencias normales, experiencias de una mujer con un hombre. No me digas que no te intriga saber cómo funciona eso, aunque no sea más que la mecánica de eso. Probar ese misterio de un cuerpo entrando en otro. Esa curiosidad morbosa es universal. ¿Por qué vas a

negártela? Yo soy un hombre casado, discreto. Conmigo no te comprometes a nada», le había dicho el muy fresco una noche que le ayudó a cerrar el local. «Me agarró las dos manos con las suyas y me las apretó encima de la barra, mientras me miraba fijamente a los ojos, los labios húmedos asomando entre la barba», me dijo Magda cuando me lo contó entre risas, «quería que viera cómo se le hinchaba la polla y cómo me la metía y sacaba. Decía que eso de verle meter la polla a él era “curiosidad universal”. Hay que tener morro». Ahora estaba llorando. Hasta entonces nunca la había visto llorar. No la vi llorar nunca más después de aquella noche. Hacer algún puchero, sí. Limpiarse, coqueta, una lágrima mientras oía un disco, o cuando se ponía a cantar una canción acompañándose con la guitarra, pero eso no era llorar, eran estrategias de seducción. Sin embargo, aquella noche lloró con ese tipo de llanto que no embellece, sino que te afea el rostro y te convierte en un niño pesado o en un viejo repulsivo. «Déjame», se quejó cuando le pasé la mano por encima del hombro. A Lola no la vi más por el bar, ni por el barrio. Me la encontré mucho tiempo después, en la cola de un cine, pero iba con otras amigas y ni siquiera me preguntó por Magda. Me he cruzado con ella tres, cuatro veces más, y ni nos hemos saludado, hemos estado separadas unos cuantos metros, en un bar, cada una en lugares diferentes, yo, como de costumbre, en la barra (para beber sentada, tengo mi casa, en los bares me gusta quedarme en la barra. También a Narciso le gustaba beber en la barra), con alguna amiga, con algún compañero de trabajo; ella, ante alguna mesa, también rodeada de amigas, siempre lleva una pequeña corte alrededor, en eso se parece a Magda. Ni siquiera nos hemos saludado cuando nos hemos visto. Movimientos extraños de la gente, porque ya digo que creo que yo le gustaba. Magda siguió abriendo el local en días sucesivos. Al poco tiempo observé que en la esquina de la barra, y pendiente de todos sus movimientos, estaba siempre la misma chica morena que se quedaba allí hasta última hora y luego la ayudaba a cerrar. Magda ya tenía una sustituta de Lola, probablemente menos conflictiva, menos apasionada. En cierta ocasión en que había decidido perderme en la noche de Madrid, me encontré con Magda y la morenita del pelo corto. Magda le pasaba un brazo por encima del hombro y con la otra mano le cogía la barbilla. Se besuqueaban. Me acordé de otra de las canciones que le gustaban a Magda. Una de Ferrat que dice: «avec le temps on n'aime plus». «¿Estás enamorada?», le pregunté, y se echó a reír. «¿Tú crees? Tiene buenas tetas», me respondió. Me dijo que estaba aprendiendo a rodearse de las presencias que eran capaces de excitarla sin hacerle daño. «Una buena gimnasia, levantarte de puntillas para coger la fruta madura que alcanzas con la mano, sin demasiado esfuerzo», dijo. Nunca acabas de conocer a la gente. Ella, tan estricta, tan rojerío ancien régime, en cambio al dandy Narciso siempre le toleró cosas que a los demás no nos hubiera perdonado. Debía de pensar que sus chistes intelectualoides, sus boutades, sus conversaciones repletas de citas de autores malditos más o menos inventadas le daban altura al pub. Digo yo que sería eso. Al parecer, durante el tiempo que estuvo con Laura, y en esa temporada en que yo no fui por allí por

razones obvias, no se enfadaba a pesar de que montaban continuos números y se gritaban y se tiraban los vasos a la cabeza. A nadie le hubiera consentido eso Magda (ella misma se lo permitió sólo una vez, una noche de celos y locura). Narciso y Laura eran algo así como su Scotty y su Zelda. Pero he dicho que Magda no participaba en nada, y, al hablar así, sé que soy tremendamente injusta, porque ella arriesgaba, como si no le importara la policía, ni le preocuparan los fascistas del barrio que le habían hecho pintadas en la fachada y le habían roto la puerta en varias ocasiones y que una noche entraron en el local cuando estaba sola y se lo destrozaron. A ella le hicieron unos cuantos trasquilones en el pelo y le pintaron la ropa con spray. Se defendió, «un par de esos gilipollas se han llevado su patada en los huevos», dijo. Hoy Pedrito me cuenta que arriesgó más, silenciosa, como sin dar importancia a las cosas. Años antes, la habían detenido con nosotros. Cantó la Internacional en los pasillos de los sótanos de la DGS y algunas voces procedentes de las celdas la acompañaron en ese canto; voces que no eran sólo las nuestras, voces de viejos obreros encarcelados. Yo también canté y lloré en aquel sótano oscuro yapestoso. Fue uno de esos momentos en que la vida parece que cobra todo su sentido, se vuelve completa, uno de esos momentos en los que puedes morirte y ya está, lo has hecho todo. Lo más importante no es durar, eso lo sabíamos entonces, y ahora —justo cuando estamos condenados a no durar— parece que se nos ha olvidado. Violette era, como ella acostumbraba a decir, «un permisivo bar de barrio», en el que la actividad política del grupo y la sexualidad de la propietaria convivían de un modo casi misterioso con las costumbres de los clientes del barrio, que pedían su copa haciendo como que no se daban cuenta del ambiente que los rodeaba. Magda cuidaba mucho esa convivencia sobre la que sabía que se basaba el frágil equilibrio económico del pub y, por eso, llamó la atención a dos de sus amigas radicales que se besaban en la barra, junto a la puerta de entrada. «Daos cuenta», les dijo, «esto es un bar de barrio». Ellas decidieron que Magda era una represora, y, al día siguiente, le pintaron la fachada del local con signos feministas y con consignas: «lesbianas reprimen a lesbianas. Boicot». A lo mejor fue a raíz de aquello cuando decidió dejar Madrid («estoy harta de esta charca de tiburones, esto es una mierda. Harta de esas bolleras que a quien más odian es a las bolleras y de esos rojos que se destrozan a dentelladas»). De hecho, desde entonces sé que se reconcilió con la familia y empezó a volver de vez en cuando a Vigo. Lo que Narciso llamó el efecto boomerang. La diáspora. Pienso en Magda ahora. Como yo misma, una mujer de más de cincuenta años. ¿Qué hará en Vigo? Dónde se quedó el país de los sueños, el Yukatali^[1] del que hablaba Kurt Weil en esa canción que tanto le gustaba a ella. Un alma más entre las que componen el triste y sucesivo rebaño de seres humanos que avanzan cabizbajos, resignados, y que pasan un instante bajo la luz de los focos para, a continuación, desvanecerse en la oscuridad. Pedrito levanta la voz para hablar con Guzmán: «No me arrepiento de nada», dice, «de nada. A los cincuenta y nueve años puedo permitirme mandarlo todo a la mierda, ¿entiendes? Mandarlo todo a mamar. He

pasado ya lo mejor. La borrachera buena ya la he pasado. El amor, la capacidad de enamorarme, de entontecerme, todo eso ya lo he pasado. ¿Qué me queda?, ¿qué nos queda?, ¿la resaca?, ¿la lucidez alucinada de la resaca? El hospital y el asilo que se lo ahorren conmigo, los tubos, los pañales, las jeringuillas, todo eso, que es muy caro, se lo regalo al sistema para que lo emplee con otros. Sigo siendo generoso». Mientras lo oigo, me pregunto qué podríamos llegar a hacer los dos juntos esta noche, pero también me doy cuenta de que tiene los ojos húmedos.

Lo ha repetido Pedrito eso de que el futuro no forma parte del tiempo, no es una cualidad que tiene el tiempo, es sólo una forma de aceptar sin angustia el tiempo sin dirección, como una inmensa y solitaria explanada en torno a nosotros. El futuro es ponerle una voz al tiempo, dejar que nos hable lo que es silencioso y nos aguarda, dejar de pasear entre mudas ruinas para hacerlo entre los andamios de algo que se levanta. Ruido de martillos, de grúas, en un edificio en construcción. Esa calidad de obra en marcha es la que transmite a la vida el concepto de futuro. Pedrito lo dice para hablarnos de facturas, de impagados, él cree en el dinero que se tiene en la mano, lo otro es humo, niebla, probabilidad. Quiere impresionar a los hijos de Guzmán. Se le nota. Demetrio me decía algo parecido con respecto al futuro hace tres o cuatro meses: le impresionaba ver a Jorge: una persona aún joven y ya a punto de morir, «pero que todavía se levanta, se viste, habla, anda, come, oye música. Impresiona ver la vida sin futuro», me dijo, «el hilo tan delgado que separa lo vivo de lo muerto». Le impresionaba, sobre todo, enfrentarse a una vida sin orden, sin algo que la ordene, una idea, algo, porque ese orden de la vida parece que hace más llevadera la muerte. Antes se decía, el sentido de la vida, cosas así. Al poco tiempo, me lo volví a encontrar. Había venido a pasar el fin de semana en Denia y me lo encontré en un bar con mi hermano Joaquín. Le pregunté por la salud de Jorge. El panorama había vuelto a cambiar: ahora, si venía a Denia tenía que dejar a su amigo a cargo de alguien que lo cuidara. Había encontrado a un muchacho ecuatoriano que se hacía cargo de él («hoy por hoy, aún podemos pagarlo, no sé lo que ocurrirá si la cosa se prolonga»). Le pregunté si, al menos, seguía moviéndose dentro de casa. Me respondió sombrío: «No, apenas puede levantarse. Ya no sale de casa. Una agonía lenta. Al principio yo quería que llegara cuanto antes el final, pero ahora pienso que es mejor así. Parece que la muerte necesita un prólogo, una degradación previa; en caso contrario, nos resulta injusta, arbitraria; así, hartos de sufrir, de ver sufrir, la llamamos, y ella acude a la llamada, viene, y nos parece que ha ejercido una forma de justicia; aún más, una forma de caridad, la muerte. Proust les decía a los dirigentes que habían llevado a Francia a una guerra mundial: “No sacrificuéis hombres a unas piedras cuya belleza procede precisamente de haber fijado un día verdades humanas”. Lo malo es que este penoso sacrificio del sida no es ni a mayor gloria de Dios, ni de la patria, ni de ninguna verdad eterna o pasajera; ni siquiera un sacrificio al amor es el sida, quien diga eso dice una estupidez. Es, sencillamente, morir como perros, ¿te das cuenta? Vamos a morir como perros, porque no hemos sabido aguantarnos las ganas

de follar, porque el animal se nos ha impuesto, se nos impone cada día. Entre la poética adoración de la belleza y el peor instinto, ahí estamos. Ni siquiera a bofetadas hemos educado el cuerpo. Salir a recorrer los lugares en los que se practica el sexo con el espíritu con el que los mozos de las cuadrillas salen a correr en Pamplona los toros en la calle de La Estafeta, y luego darse cuenta de que el sexo no te mata de una cornada, sino poco a poco, la falta de control de movimientos, de esfínteres, la degradación progresiva, eso es lo peor. Hemos sido unos gilipollas como esos niños que lanzan el coche a toda velocidad y luego descubren que no es a vida o muerte la cosa, y te miran con cara de idiota desde una silla de ruedas, porque lo que se han quedado es paraplégicos y babean y se mean encima y eso no tiene nada de romántico. Y ya sé que lo otro es la nada. No desear, no follar, no existir. No haber nacido. Pero ¿qué te cuento?». No desear, no fumar, no beber. ¿Hasta cuándo aguantarán el hígado, los pulmones, el corazón? Se acerca la hora de los novísimos. Hay que ir preparándose, hacerse el ánimo. El médico me dio hace media docena de años el «carnet de hipertenso» y tengo en casa uno de esos aparatos con los que puedes tomarte tú mismo la tensión y medir las pulsaciones. Te ajustas un brazalete que se une por una goma a una caja con pilas, aprietas un botón y ves cómo en la pantallita de la caja saltan los números de arriba abajo. Doscientos diez, ciento noventa y ocho, ciento ochenta y tres, noventa y cuatro, ochenta y cinco. Al final, se quedan fijos los numeritos que indican que tienes más pulsaciones de las que deberías (el otro día pasaba de las cien, no sé por qué); y que la tensión máxima vuelve a pasar de diecinueve mientras la mínima supera once, a pesar de que no dejas de tomarte los comprimidos de Enalapril; claro que tampoco dejas de trasegar la media docena de gintonics diarios, ni los dos paquetes de tabaco. Para no morir, no vivir, no haber vivido, no haber nacido. La maquineta te avisa de que te ronda la delgada mujer baudeleriana que, en apariencia, todo lo iguala, y digo en apariencia porque ni siquiera ella consigue la igualdad absoluta entre los humanos: algunos tienen mausoleos, sus nombres aparecen grabados en piedras, escritos en hojas de papel (no hablemos ya de herederos) y otros, en cambio, no tienen nada de nada: esos desarraigados, refugiados, las multitudes migratorias, las fosas comunes cubiertas por lechadas de cal, empapadas con gasolina. En fin. Hay una resistencia de la clase aún más allá de la muerte. No me digas que la muerte ha igualado a Tutancamón y al último de sus esclavos, porque no es verdad. Elisa ha muerto y, en el recuerdo, aún le impone su clase a Pedrito y lo fustiga con ese látigo, y no importa que él siga vivo y haya ganado mucho dinero («Elisa no me quiso; o me quiso sólo durante unos pocos días. Se dio cuenta de que yo no era nada, no valía nada», me ha dicho esta mañana, en el coche, mientras conducía con la mirada fija en la carretera, «tú también lo has sabido, un bocazas, lo sabe todo el mundo, sólo soy un bocazas, aunque no me lo diga nadie, porque, al que me lo diga, no me queda más remedio que partírle la cara»). La correosa resistencia de la clase a borrar sus fronteras. Los anarquistas y comunistas sabíamos que lo primero que había que hacer, para conseguir un instante

de igualdad, era quemar los registros de propiedad, los archivos. Yo, además, prohibiría los retratos si pensara en algún momento en conseguir un mundo igualitario, y no sólo porque la forma de vestir que se descubre en los retratos revela la clase, sino porque hay una flexibilidad especial en los gestos, en la mirada, que sólo la gimnasia de la clase repetida durante generaciones transmite. Miro el reloj, es casi la una de la madrugada, y estoy cansado. Creo que voy a prescindir de la última copa que Pedrito propone, no voy a salir a ningún sitio esta noche con Pedrito. Habíamos quedado en aprovechar el viaje para perdernos por Madrid, de putas o en algún tugurio raro, o, quizás, haber ido a ver a Magda al pub, si no nos hubiera contado Amalia que Violette ya no existe. Me iré directamente al hotel. El viaje se me ha hecho muy pesado: no ha parado de llover durante la mayor parte del trayecto, los camiones echando ese humo que ciega, mezcla del calor del tubo de escape y de las gotas de agua mezcladas con el barro y convertidas en un finísimo puré. Te cansa más que lleve otro el coche que conducir tú. Estás más tenso, te parece que se distrae, que falla, que se equivoca, que va a perder el control. Además, Pedrito no ha podido resistirse a hacerme la exhibición de lo que él llama las prestaciones de su vehículo, y, a pesar de la lluvia y de la escasa visibilidad, lo ha puesto a más de doscientos en algún tramo. Hemos llegado en menos de tres horas desde Denia a Madrid. Ahora pisa el acelerador sentimental y se pone a doscientos por hora él mismo: lo veo entusiasmado con Amalia —un flash, un verdadero reencuentro—, le mira las rayas de la mano y le pregunta el signo del zodiaco y el día y hasta la hora exacta en que nació. Le lee el futuro, se pone serio, como si creyera en algo. Parece mentira que aún puedan funcionar esos trucos adolescentes para ligar. Aunque, en el sexo, la verdad es que funciona lo que sea, no es como en las novelas, o en las películas, que necesitan una dosis de credibilidad, una lógica en el desarrollo. En el sexo, lo que importa es el fin, la consumación; que las dos partes estén de acuerdo en consumir, deseando llegar al fin, y, en ese caso, da igual el trayecto que se elija. Todos los caminos llevan a Roma, aunque sería mejor decir que por todos los caminos se llega, o se puede llegar, a Venus. La credibilidad no está en el objeto, sino en el sujeto; no la pone el texto, sino el deseo que impulsa a los actores a iniciar la representación. La credibilidad está fuera de toda lógica. Bostezo disimuladamente. Languidece la conversación. Guzmán dice que tiene que madrugar, y yo, en cuanto se acabe esto, cojo un taxi y me meto en el hotel, en la cama: leer un rato. Apagar la luz de la habitación, dejar prendido sólo el flexo que hay encima de la cabecera de la cama, oír el ronroneo del aire acondicionado, acunándome como si fuera una nana, oír el aire como ahora le oigo decir a Pedrito que en lo que nos equivocamos fue en pensar que esto tenía remedio. «Tuvimos claro el veneno que lo infectaba todo, hicimos bien el diagnóstico, buenos médicos, pero no nos dimos cuenta de que no hay medicina. De eso nos hemos dado cuenta después», dice, y Guzmán niega agitando el puro en el aire. No sé si dice que él no se ha equivocado, o que sí que hay medicina. Seguramente lo único que quiere es que sus hijos no se enteren de que esto, todo esto,

está sin control, a la deriva. Dormir. Dormir a pierna suelta en esa habitación que me ha parecido que está perfectamente insonorizada, el aire acondicionado como única compañía, como una respiración que te ayuda a soportar la soledad, un rumor de fondo, una nana monocorde, como de compositor de vanguardia. La nana de una mamá minimalista y cuidadosa. «A los niños les gusta oír voces, ruidos, sentir que no están solos», le decía yo a Rita cuando nació Pau y hacíamos las reuniones de célula en el cuarto en que dormía y hablábamos en voz baja procurando no despertarlo. Los niños. Recordaba a Pau dormido en un rincón mientras oía a Rita a través del teléfono. «No te quieres enterar de que tu hijo es yonqui», y yo, con la mentalidad de un sesentayochista momificado: «tú y yo también nos inflamamos a cosas, ¿o no?, y a ti te gusta la maría, coño», y Rita, levantando la voz: «pero yo no te hablo de eso, te hablo de que es yonqui, de que no tiene otra ocupación en la vida más que ésa, buscar algo que meterse, y metérselo; que eso es su trabajo, su ideología, su forma de vida, su única preocupación, subir y bajar, mantenerse arriba, como la tuya es mantenerte en la mierda de nicho en la que estás metido ahí en Denia y no caerte en la realidad porque, si te caes, te rompes las narices». «No me irás a echar la culpa». «Pero de qué me hablas, eres tonto o qué, tu culpa me interesa una mierda. Quieres ser protagonista, que él sea un accidente, un incidente tuyo, un grano que te ha salido en el culo. Nada que ver. Tú no tienes nada que ver, ni yo. Es él, él es yonqui y él es su propio grano, se sostiene sólo como grano. Tú no tienes nada que ver ahí, ¿te enteras? Tú y yo somos sus granos y no la viceversa. No me digas: “tengo un problema, me ha salido un hijo yonqui”, no, no, él tiene un problema, no tú». Eso me dice en llamada telefónica desde Madrid. Entre tanto, el mar, insomne, también él como un yonqui, sin estarse quieto ni un minuto, yendo y viniendo, cuando ya han pasado las lluvias del otoño, en soledad, y nadie lo mira, y nadie se mete en él, pero él va y viene, incansable, más vigoroso aún que cuando servía de espectáculo a los millares de turistas que se tendían al sol. Yo: «¿Pero está muy enganchado?». Ella: «Pareces tonto. Está enganchado. Y si lo que te interesa es desde cuándo, te diré que está enganchado desde hace un huevo de tiempo, ¿o es que tú no te has dado cuenta?, ¿no has notado nada las temporadas que ha pasado contigo en Denia?». Y yo: «No, no he notado nada». Y ella, cerrando el diálogo: «Tú qué vas a notar». Enterarte de que el muchacho —ya no tan muchacho— es yonqui, intentar hablar con él, que te llore y te diga que está desenganchándose, llevártelo a Denia («no me metas en un centro de éstos, papá, ahí no hay más que mierda, hijos de puta») y que se escape de casa después de haberte registrado los cajones y haberse llevado cuanto hay de valor, que, a los pocos días, vuelva a casa, ahora ya sí, definitivamente arrepentido, dispuesto a ir a donde tú le digas («pídeme plaza en algún sitio, quiero desengancharme») y, a continuación, como quien dice un rato más tarde, o sea, a los pocos días, o semanas, o meses, sin solución de continuidad entre que te has enterado y ha empezado la función, te acostumbras a verte como una piltrafa, como un guiñapo, encogido, culpable, recorriendo pasillos, sentándote en despachos de asistentes sociales que te

socavan el orgullo, porque son asistentes gratuitos, servicios municipales, servicios autonómicos, que te minan las pocas certezas, porque te hablan de problemas familiares, de problemas educativos, hurgan en tu casa, en los cajones de la mesilla de tu casa, en el lavabo de tu casa, buscan las jeringuillas de él y tu ineptitud como padre, todo junto, psicólogos, psiquiatras, sociólogos, médicos, asesores, funcionarios autonómicos, policías, la cadena trófica que vive a costa de destruir los últimos cimientos del edificio frágil que habías creído levantar. Dios, Carlos, eres un guiñapo que se arruga poco a poco en el taburete de la barra del bar en el que, gracias a la cadena de asesores, empiezas a pensar que ese gin tonic que te has pedido y que tan a gusto podrías estar tomándote es una prueba acusatoria más en el proceso de tu fracaso, ahora ya no bebes porque sí, por entretenerte, por echar una parrafada y un cigarrillo con alguien, por salir de casa, ahora has empezado a beber y a fumar con la conciencia de que bebes y fumas porque eres un enfermo, un alcohólico, y que tu alcoholismo y tu tabaquismo han mutado a drogadicción en la generación que te sigue (¿genes?, transmisión por sangre?, ¿por hábitos de conducta y educación?), Carlos, un escritor frustrado, un guiñapo insomne al que todo el mundo, psicólogos psiquiatras policías médicos, le pide responsabilidades porque Pau tiene prisa por tocar con la punta de los dedos el cielo, otro cielo distinto del que tú quisiste tocar. Eres un guiñapo que tiembla, insomne guiñapo que se convierte en cuatro veces responsable del no future de su hijo cada noche ante cuatro gin tonics, que tiembla y llora cuando, mientras se tramitan los papeles para que ingrese en una cosa que llaman el Proyecto Hombre, desaparezca definitivamente volviéndose a llevar las pocas cosas que encuentra, porque ahora los escasos objetos de relativo valor que quedan los has puesto a buen recaudo; que temblará y llorará sin consuelo, cuatro meses más tarde, qué deprisa todo, la mañana fría de Madrid en una primavera que prolonga el invierno, un cielo alto, una cúpula, un glaciar helado y azul sobre la cabeza, un acantilado de hielo que cuelga sobre el tanatorio municipal: corredores helados, descampados secos y helados, ruido de coches en la autovía perimetral, envolviendo el cadáver de un joven (le han hecho la autopsia, a la espera de que la muerte les revele secretos: el misterio de un ser, cerebro de hielo, corazón de hielo) y, encogido frente a él, frente al cadáver abierto y cerrado, manipulado, vaciado de sus secretos, por fin verdaderamente inerte y de verdad vacío de sus secretos, yo, un guiñapo culpable que ve cómo se le acerca una chica esquelética metidas las piernas en una licra, y le pregunta, «¿eres su padre? Yo era su novia». El esqueleto, con el pelo sucio, y que ha enseñado una boca de dientes descuidados y en la que falta un incisivo, se echa a llorar. Y yo la miro como miraría a un asesino, pero, sin embargo, me dejo besar por esos labios cerúleos, rugosos, porque, sin saber de dónde ni cómo, me llega el pensamiento de que ella la única culpa que tiene es la de no haberse muerto aún. Pienso, quién contagió a quién. Y, a continuación, me digo a mí mismo: «Le enseñaste que había un cielo que se podía alcanzar y no le enseñaste el camino, porque tú mismo no lo sabías, tú, un camino equivocado», y tengo ganas de aullar de

dolor, de golpearme la cabeza con los puños, pero me quedo quieto, mirando el cadáver, y salgo luego a la terraza que da sobre los desmontes, las chabolas de los gitanos en el horizonte, y me enciendo un cigarro, él, yo, un camino equivocado. Quieres pensar, y no puedes, quién y cómo será el padre de ella, quién su madre, cómo serán: imaginas una casa ordenada, ves la cocina, un mantel, un frutero. Piensas que a lo mejor también ella es hija de alguien que cayó desde algún cielo. Alguien que quiso tocar un cielo y resbaló, y se cayó, y la aplastó a ella en su caída. Los niños, a los niños les gusta, mientras se adormecen en la cuna, oír voces, saber que están acompañados. Les gusta que los mayores estén reunidos en la habitación a su lado y que hablen, y dormirse escuchando ese murmullo, que mamá oiga un programa de radio, un programa que a lo mejor se presenta cada noche con la misma música, y eso les gusta a los recién nacidos, a los niños de tres meses, a los de un par de años, que guardarán esa música en el subconsciente y la asociarán siempre con el placer de ir durmiéndose calentitos, protegidos, bien alimentados, vigilados por mamá que cose junto a la radio, mientras suena la sintonía del programa o el anuncio de muebles, de detergentes que emite la radio cada día a la misma hora. Símbolos de un tiempo feliz y seguro, para eso sirven esos sonidos que acompañan el primer sueño de los niños, para que, de mayores, los recuerden con melancolía, el sonido llegará acompañado de sensación de bienestar, de sopa caliente, de edredón suave, calor de nido. Una cosa como de Proust, muy útil para hacerlos poetas de mayores. Paraísos prelógicos, preglaciares, anteriores a la lógica humana y al hielo de la vida. ¿Escribir eso? ¿Contar eso? Dejar que otros lo cuenten, a pesar de que el biógrafo ya sabemos que es poco sutil, redacta el informe desde fuera de lo que fue el centro, de una manera sesgada; sin embargo, de él es el futuro, necesitamos la mentira del biógrafo para vivir, como la sociedad necesita las torpes reconstrucciones de los hechos que efectúan policías y jueces para explicarse lo que es en apariencia inexplicable, lo terrible.

Elvira no me ha dirigido la mirada en toda la noche, como si no nos conociéramos. Taboada ha tenido que decirle, cuando nos hemos encontrado: «¿No te acuerdas de Pedrito? Estuvimos juntos hace algunos años en Denia». Y ella me ha saludado con la punta de los dedos, y yo le he devuelto el saludo, las puntas de sus dedos contra las puntas de los míos, y he tenido ganas de echarme a reír. Allí, en Denia, aquella noche de verano, fue toda amabilidad. Estuvimos charlando más de una hora a solas, mientras Taboada dormía una espantosa borrachera con la cabeza apoyada en una de las mesas de la discoteca. Hoy, la forma de coger las cosas —el cigarro, el vaso—, de apartarse el pelo, la manera de hablar, todo parece marcarme distancias, una distancia urbana, capitalina. Desde que vivo fuera, noto esas cosas. Como si la etiología de Madrid fuera más fácil de interpretar desde el exterior. Miro desde fuera la jaula del zoológico en la que ellos se mueven nerviosos. ¿Qué tenía que decirle?, ¿qué quería

ella obligarme a decir?, ¿que he dejado de predicar la revolución en ningún campo, porque no creo tener nada que decir, porque no creo ser más que nadie? He aprendido que unas personas hacen unas cosas y otras hacen otras cosas y que yo no tengo ningún metro para medir nada, ni siquiera para medirme a mí mismo. La casa, con mi mujer preocupada por cambiar la decoración del baño (acabó la carrera, pero eligió ser ama de casa, ni siquiera ayudar en la empresa a pesar de lo que su padre esperaba de ella), con mi hija que aparece de uvas a peras, mi suegro que viene a comer los fines de semana, mis negocios, nada, una nada que nada para salir de su nada. Durante toda la noche me ha mirado como si yo sólo tuviera derecho a ser un promotor inmobiliario, me ha mirado como si pensara encargarme una reforma, ni siquiera una casa de nueva construcción. Nada más que remiendos y chapuzas. Ni siquiera un empresario de cierto nivel, nada, un simple delincuente, en ese sentido en que los novelistas negros americanos definían la diferencia entre delito y negocio (el delito: un negocio sin capital inicial). Sólo desdén. Ella feliz bajo el estético cocotero de su Hawav-Bombay del centro de Madrid, tomando tragos largos de piña al borde de un mar esmeralda, bebiendo agua de coco con una pajita de colores fosforescentes que se mete por los agujeros del coco y te lleva todo el frescor del trópico a la boca, la arena blanca, rutilante bajo el sol. That's the paradise. Berlin, dubonnet and candelights. Paradise. Ella, que no toma más que infusiones, chatas tazas de manzanilla (incluso durante la cena ha tomado manzanilla y agua, no ha probado el vino), me mira como si me mirara desde la cumbre de un vaso largo, desde un trago interminable, desde un gigantesco zapato de tacón desde cuya altura se pudiera dibujar el mapa del mundo. Ha exagerado sus gestos de desprecio después de que, a poco de empezar la cena, ha sonado el móvil que llevo colgado del cinto. He tenido que levantarme y salir a la puerta de la calle para poder tener cobertura e intimidad. Ha sido una conversación breve, pero imprescindible. Sí, es verdad que no había desconectado el móvil porque esperaba esa llamada ineludible de un corredor. «Odio esos aparatos. Deberían prohibirlos en los restaurantes. Vivís atados a un móvil», ha dicho, y a mí me han dado ganas de decirle: «Me cago en Dios, pues claro que estoy atado a un móvil. Construyo, vendo pisos. Me llaman los de la agencia por el móvil y los clientes me llaman por el móvil. Te ata el trabajo, te desata el ocio; te ata ser pobre, te desata ser rico. Yo no soy suficientemente rico como para tirar el móvil al fondo del mar. Tener que currar o no es lo que ata y desata». Qué culpa tengo yo de no tener horarios, de tener que estar disponible las veinticuatro horas del día; de que, para ganarme un duro, tenga que conseguir robarles veinte a los alemanes, que luchan como fieras para no soltar los marcos, y no digo ya los ingleses, tacaños, repartir veinte duros entre proveedores, intermediarios y empleados para quedarme con uno. Al fin y al cabo, hubo un tiempo en el que ni siquiera podía robarles nada aunque me esforzara. De qué voy a quejarme. Tenía veintiún años cuando mi mujer me puso por primera vez delante de su padre. Un encuentro frustrado. El padre, un republicano enriquecido de moral calvinista, la vida es esfuerzo, ya vivía en el Montgó, en la casa

que sigue ocupando ahora. Solitario y amargado millonario, riguroso Calvino que nunca se curó de la derrota en una guerra. Desde la terraza estuvimos mirando el mar, el golfo de Valencia, los yates que salían del club náutico de Denia con las velas blancas desplegadas, las lejanas montañas de Gandía y Cullera. Estuvimos mirándolo todo con los prismáticos. Una belleza. Luego, cuando ya empezaba a oscurecer, entre Antonia y su padre sacaron unos piadlos a la mesa de la terraza —berberechos, atún, aceitunas, patatas fritas, lo clásico—, cervezas y una botella de borgoña (el calvinista tenía sus ordenados vicios y contactos con proveedores: no era fácil encontrar una botella de buen borgoña entonces). Los estoy viendo ahora mismo, a Antonia y a él. Despliegan el mantel con cuidado, sujetándolo a la mesa con unas grapas para que el viento no lo levante. Le han dado vacaciones a la chacha y eso quiere decir que vamos a hablar de cosas que es mejor que no lleguen ni de refilón a oídos extraños. Los veo sacar las copas, poner las servilletas sobre el mantel de hilo. Nos sentamos, y él, como quien no quiere la cosa, me pregunta: «¿Y el trabajo?», como si ella no se lo hubiera dicho ya cien veces antes que soy un modesto viajante. «Promociono productos», le respondí. A Carlos y a mí nos habían quitado la beca y habíamos tenido que volvernos al pueblo, que es lo que por entonces era Denia, un pueblo en el que uno se pudría en la humedad de las noches de invierno y renegaba de la humanidad cuando, en verano, llegaban los horteras de Madrid, de Valencia y de París a hacer las gilipolceas que en su casa no se permitían. «Promociono productos», había dicho yo, y él me había vuelto a preguntar: «¿Qué quiere decir eso?», como si no supiera que eso quería decir que me ganaba la vida con lo que podía. Le respondí: «La empresa saca cosas nuevas, nuevos productos, cremas, champúes, perfumes, cosas así, y yo voy por las tiendas y los convengo de que son mejores que los de otras casas y mejores que los que, hasta ese día, tenía nuestra propia casa». «¿Y si no son mejores?», se le habían aguzado los ojos a Calvino. Le había cambiado la cara. Se le habían caído las comisuras de los labios hacia abajo, como si se le hubiera aflojado la tensión que las mantenía horizontales hasta ese momento porque ya no tenía ningún interés en ocultar su desprecio. Se levantó, dio media vuelta llevándose un par de platos vacíos —los berberechos, las anchoas—. Se quedó un rato mirando cómo se iba oscureciendo la superficie del mar y se encendían las luces de la costa. Recogió las botellas de cerveza que no habíamos tocado y volvió a meterse en la casa por la puerta que daba a la cocina. Salió otra vez. «Buenas noches», dijo, como despidiéndose, pero siguió allí: ahora se mantenía de pie, con las manos apoyadas sobre el mantel, como si estuviera diciéndonos que éramos nosotros los que teníamos que retirarnos, no él, que se iba a quedar en su casa. Aquélla era su casa. No nos movimos. Yo miraba a Antonia, esperando un gesto suyo. Volvió a hablar el padre: «Mi hija estudia una carrera. Ha elegido historia. Le habrá contado por qué. A ella le gusta saber la verdad de lo que ha pasado. En eso, se me parece. También yo he estado convencido siempre de que verdad y satisfacción van de la mano. Se puede ser terriblemente desgraciado y sentirse satisfecho. Perderlo todo y

saber que has ganado, porque no te han doblegado la inteligencia ni la voluntad, no te han engañado. No, no me mire así (yo no me había dado cuenta de que estaba mirándolo de otra manera; quizás, sí). A lo mejor no tendría que haber utilizado términos como desgraciado y satisfecho, sino haber dicho simplemente estar de acuerdo consigo mismo, encontrarse bien, pisar tierra firme; saber que lo que se hace es lo que se tiene que hacer y que se dice lo que se tiene que decir aunque vaya en contra de uno mismo. La felicidad que no cuesta de ganar no es una felicidad buena. Quizás, joven (ni siquiera mi nombre, ni siquiera un complaciente tuteo), los que le expreso son conceptos anticuados, pero son conceptos. Ah, y lo de la carrera de mi hija es lo de menos. Creo, sobre todo, en el trabajo, incluso en el trabajo manual. Si usted hiciera puertas, o casas, o instalara grifos, lo querría. Lo único que no me gusta es la palabrería, la mentira. Creo que mi hija no soportaría dormir con alguien que ha mentado a lo largo del día». Puse la mano en el hombro de ella, y él apartó la vista de nosotros, la volvió hacia la botella de vino y se sirvió un poco más en la copa. Yo tomé aire, como para responderle, pero ella me rozó con el codo en la cadera, y entendí que era mejor que me marchara. Ya había caído la noche. Las plantas del jardín se movían levemente y la luna lucía como un reflector entre dos nubes. Mientras cerraba la verja de la entrada, volví la mirada hacia la casa. La luz del comedor seguía encendida, pero yo tuve la impresión de que él nos miraba desde la ventana de la habitación principal, que estaba a la derecha y en sombras. Al poco tiempo, Antonia empezó a buscar excusas para no verme. Me dejó, por el momento me dejó en el aparcamiento, en el garaje, en revisión me dejó, cambio de aceite, las zapatas de los frenos, porque yo no era más que humo, palabras; como, luego, me dejaría Elisa, quizás por lo mismo, porque unas mismas ideas no convierten a dos personas en miembros de una misma clase ni siquiera en la juventud. Ni siquiera en víspera de una revolución. Cuando volví a aquella casa, habían pasado diez años, y ya no vendía aire, vendía cemento, hierro, ladrillos. Esa segunda noche, ni siquiera hablé con mi suegro de lo que Antonia y yo podíamos llegar a ser juntos, hablamos como dos hombres de negocios de lo que compartíamos. Formábamos parte de la misma familia y no necesitábamos de más preámbulos. Elvira. Escucho su radicalidad de labios apretados y me acuerdo de Narciso y su dandismo, también radical, la perfección siempre situada en el límite del suicidio (claro, que él no se mata, cada vez vivir mejor). Ideas que son envoltorios, como el papel de colores con que envuelven los objetos que te venden en la tienda. Una vez fuera de la tienda, el papel se rompe descuidadamente y se tira: por debajo del envoltorio de las ideas de Narciso, quedaba sólido, geométrico, mineral, su propio ego. Por debajo de Elvira veo el motor que mueve idéntico mecanismo. Con veintipocos años, cuando todos hacíamos ejercicios de sinceridad, Narciso decía: «Odio a esa gente que empieza diciéndote “te voy a ser sincero. Te voy a decir lo que pienso de ti porque te quiero”. Pero si yo conozco de sobra mis carencias. No necesito que ningún hijodeputa venga a recordármelas». La clase, como ceremonia, como representación de la que está excluido cualquier atisbo

de verdad. Cuando Elvira se ha puesto a hablarme del dinero como mierda freudiana, relacionándolo con mí llamada a través del móvil, he palpado toda su altiva miseria, porque ni siquiera es de clase alta: pertenece a ese grupo de hijos de funcionarios que creen que el arte es el camino más rápido para llegar a la aristocracia. Lo he visto en la tercera parte de *El padrino*: el arte como redención, el corazón, la sensibilidad como capital indiscutible. Qué sabrá esa niña de dinero. Me han dado ganas de firmarle un cheque de un millón y tirárselo a la cara, demostrarle que el dinero, siendo lo principal, tiene una presencia en segundo plano. Me habla de pobres y ricos, qué sabrá ella, que no ha tenido tiempo más que para chapotear en esa mezquina clase media con pretensiones intelectuales y de leerse unos cuantos libros que hablan sobre el tema. La zorra y las uvas: no las quiero coger, no están maduras. Desprecio lo que no tengo. No se ha enterado de que, como dice mi suegro, «el dinero son los cimientos de la casa, pero uno no vive en los cimientos, sino en el salón, en el comedor, en el dormitorio, en el cuarto de baño, y eso, esas piezas de la casa, son la vanidad, el orgullo, que se sostienen sobre los cimientos del dinero, como el tejado se apoya sobre las cuatro paredes, pero son otra cosa. El dinero se tiene. No se habla de él». Y ella habla y habla, terriblemente enfadada con el dinero. Palabras. Aún no se ha enterado de que Dios no se presentará el día del juicio final. Que cada uno habrá vivido lo suyo y que no habrá manera de corregir lo que no se haya corregido. Todo sucede sin intervención de los dioses, que están tomando café en sus templos, plácidamente reclinados en sus sofás. Delgada, con el rostro marcado por una palidez hepática, la miro y me dan ganas de decirle que prefiero el peso de la carne al del dinero, que tampoco tiene. Me dan ganas de decirle, la carne pesa, y hace pesar: ella, que es escritora, debe de saber del peso de las palabras cuando se las pone en relación con la carne. La carne les da peso a las palabras, les concede esa cualidad. Dices, mira cómo me la estás poniendo, y las palabras cambian la forma de tu cuerpo. Dices palabras en relación con la carne, y el cuerpo se altera, cambia la respiración, se hinchan o deflacionan órganos, la sangre bombea y llena los cuerpos cavernosos. Eso consigue una palabra cuando se la pone en relación con la carne. Pues lo mismo ocurre con el dinero cuando se lo pone en relación con las cosas: da peso, consistencia, si hace falta, cimenta, protege, y, al mismo tiempo, otorga ligereza, elegancia; concede una sensibilidad que quien no lo tiene ni siquiera puede imaginar. Una infinita capacidad para mirar hacia otra parte, para estar en otras cosas. Mi mujer lo sabe bien, ella sí que lo sabe bien desde siempre. No he podido resistir el gesto altivo de Elvira, y se lo he dicho: «Ya no necesito aparentar. A los cincuenta y nueve años puedo permitirme mandarlo todo a la mierda, ¿entiendes? Mandarlo todo a mamar».

No esperar grandes cosas. Vivir tranquilamente, sin más. Con Juan, eso puedo permitírmelo. Dice: «Rita, vamos a la playa, vamos a comer a la playa, vamos a

esquiar a Andorra o a La Molina este fin de semana». Y vamos, alquilamos unos esquíes y pasamos el fin de semana resbalando en la nieve, o metidos en la habitación. Yo le compro al Chino un poco de chocolate y me lo llevo y fumamos en la habitación del hotel por la noche, antes de follar, o fumamos tumbados encima de la nieve, con nuestros trajes isotérmicos, sentir que nos embriaga el hach y ver los pinos y abetos oscuros bajo el caparazón de nieve, y la tierra entera cubierta por ese caparazón como la cáscara de un huevo cubre clara y yema, imaginar que debajo de la nieve hay esporas, semillas, que hay un calor que está germinando secretamente para que nazcan hierbas, flores cuando llegue la primavera, vida por debajo del hielo. Intentamos desembarazarnos de la ropa, pero hace demasiado frío y es demasiado incómodo, así que llegamos ardiendo a la habitación del hotel y follamos sin preguntarnos por qué nos atraemos el uno al otro, qué pulsiones hay detrás de nuestro deseo, qué buscamos, qué sustituimos, qué frustración esconde él cuando se inclina sobre mis pechos y se queda con la boca colgada del pezón, yo cuando me inclino más abajo de su ombligo y engancho mi boca a su polla, eso, nada más que eso, ni complejos de esto, ni frustraciones de aquello. No preguntarse a todas horas los porqués. Con Carlos era necesario, imprescindible que el sexo fuera siempre otra cosa que estaba más allá del sexo, las palabras decían cosas más allá de lo que decían, ¿por qué haces?, ¿por qué dices? Todo dirigido a un fin consciente o desconocido. Convertidos los hombres en dioses o en marionetas. Movidos por sombríos fines; o, por el contrario, capaces de mover, de transformar el mundo, artífices de su destino. Cuantos me han rodeado han mirado siempre fuera, no te miraban a ti, te miraban a ti como un paso para alcanzar algo invisible que estaba más allá de ti: la fe, mi madre; la honestidad, mi padre; la revolución, todos ellos, Narciso, Laura, Demetrio, Guzmán, Amalia, Elisa; yo misma, sí, yo misma hasta no hace tanto tiempo; para Carlos, además, estaba la religión de la literatura: literatura y revolución, como el título de aquellos libros que se publicaban a fines de los sesenta y principios de los setenta, literatura y revolución, mierda, mientras comes un rodaballo, mientras miras el mar ahora que has terminado de comer y el agua está tan verde y tan azul, incapaces de mirar, el mundo reducido a palabras, todo lo demás secundario, excusas para emitir palabras, para escribir palabras. Miras el mar para luego contar el mar, miras el bosquecillo de pinos que queda en el cabo, los únicos que no han quemado los últimos incendios, para luego contar con palabras esos pinos, para sacar conclusiones acerca de ellos, para hacerlos jugar un papel en la historia que vas a contarnos, o en tu proyecto, su papel en el medio ambiente, en el juego de la especulación inmobiliaria, las cosas vistas como capítulos de libros de sociología, de teoría política, de novelas en las que juegan un papel, el que sea, y sólo por eso valen, por su capacidad para jugar un papel, no porque están ahí, más grandes que nosotros, más duraderas que nosotros, creer que el espacio, el tiempo, la geografía son incidentes en nuestro proyecto y ser incapaces de aceptar que somos nosotros los incidentes pasajeros de cuanto nos rodea. Convertirlo todo en historia, en destino.

Envoltorios para cubrir la nada que guardamos. Juan no reza, ni cree, ni hace cálculos de cualquier futuro que se extienda más allá de las paredes de la casa. Carlos, en cambio, sólo se ocupaba del futuro de lo que estaba fuera. Lo de dentro no valía, no importaba nada, siempre que no fueran los papelotes que salían de su máquina de escribir. Ahora lo pienso, y lo que Carlos y yo pasamos juntos al principio tenía que habernos servido para algo, ya no digo para unirnos para toda la vida, pero para mantener un punto de admiración el uno por el otro, si no de cariño, al menos de respeto; y sin embargo no ha sido así: respeto por lo que nos unió, por lo que pasamos juntos; y por las razones (los ideales, sería mejor decir: nada era demasiado razonable) por las que pasamos lo que pasamos; por las que fuimos capaces de hacer entonces gestos, tomar decisiones que hoy parecen sencillas, cuya violencia o fuerza o valor el tiempo ha difuminado; a lo mejor es eso, que el tiempo ha difuminado el valor de los gestos y hemos olvidado lo que nos costaron; porque no, ni mucho menos hemos guardado respeto, o admiración, y lo que, en su momento, nos pareció una apuesta llena de sacrificios y de riesgos, ha perdido con el paso del tiempo su brillo, y los actos, aislados de su finalidad, vuelven en el recuerdo mezquinos, sórdidos, algunos incluso siniestros. Yo, diciéndole a mi padre: «me voy con Carlos», y mi padre cogiéndome por la muñeca y tirando de mí mientras levantaba la otra mano como para cruzarme la cara, él, que nunca había pegado a ninguno de sus hijos. No había sido fácil para mí, decirle que me iba. «Me voy con Carlos». Eso significaba cambiar Denia por Madrid, renunciar a las clases de matemáticas que había empezado a impartir en un colegio, recoger precipitadamente cuatro trapos y la bolsa de aseo para emprender una vida sin nada, ni siquiera con una casa, porque Carlos compartía una habitación trasera en la casa a espaldas del bulevar de Vallecas que Demetrio había conseguido alquilar por un precio irrisorio y que utilizaba como vivienda y como estudio. El precio era tan ínfimo como las condiciones de habitabilidad que convertían en un eufemismo la palabra casa referida a aquella vivienda destartada, un último piso que se helaba enseguida en invierno y ardía como un horno en verano; además, como era lógico, ya que Demetrio necesitaba de la luz natural para pintar (era él quien había alquilado la vivienda y el que aportaba la mayor parte del dinero para los gastos), la habitación en la que íbamos a vivir Carlos y yo durante varios años, daba a un sombrío patio interior a través de una ventana que, cuando la abríamos, dejaba pasar un intenso olor a desagüe. No le había dicho a mi padre que estaba embarazada. Allí, en aquella habitación, pasó Pau los primeros meses de su vida. Yo, embarazada, repartiendo panfletos a la salida del turno de noche de las fábricas a las seis de la mañana, encerrada en habitaciones mal ventiladas en las que todo el mundo fumaba incesantemente mientras hablaba de Mao y de la revolución que estaba a punto de llegar; el terror que sentimos el uno de mayo, cuando ya se me notaba perfectamente la hinchazón del embarazo, y me golpeó con saña un guardia, yo tendida en el suelo, y Carlos y Demetrio intentando apartar de mí a aquel guardia que golpeaba a ciegas, furioso como si hubiese ingerido

una droga. Yo pensaba en mi hijo muerto, pensaba en un feto tendido en un charco de sangre en medio de la calle, y ese pensamiento me hacía desear aún más esa justicia que iba a llegarnos. Abraham levantando el cuchillo sobre su hijo porque Yavé así lo exige. Ahora, privado todo aquello de sentido, convertido en una sucesión de actos sin dirección, adquiere el aire de sórdida pesadilla: platos sin fregar en la pila, cabellos mal cortados y no siempre limpios, ropa sin gracia ni brillo, callejones malolientes, descampados, frío, o calor abrasador, libros desencuadernados a fuerza de pasar de mano en mano, con las hojas amarillentas y arrugadas, discusiones en un lenguaje sólo comprensible para los miembros de la secta, acidez de estómago a causa de las comidas escasas y mal cocinadas (toneladas de arroz a la cubana, de macarrones, sopas de sobre), de los litros de café y de las cajetillas de tabaco; una pesadilla aislada, que nada tiene que ver con la vigilia; un hueco, un insignificante e inocuo tumor sebáceo que le salió al país en una esquina del cuerpo y del que no llegó a enterarse casi nadie. Sólo ese pequeño grupo y los brutales médicos que se encargaban de estudiarlo, perseguirlo, extirparlo; revolucionarios y policías unidos secretamente por un código común que el resto de la sociedad no hablaba ni entendía ni compartía de ninguna de las maneras. Ahora lo miro como si también para mí aquel tiempo hubiera sido una pesadilla expulsada por los años sucesivos de vigilia. Pensábamos que aquella experiencia iba a unirnos, y no, cuando nos despertamos del sueño nos dimos cuenta de que era al revés, que, en la vigilia, cualquier lazo creado en ese espacio hipnótico no sólo era inútil, sino contraproducente como una paranoia. Tanto esfuerzo para nada. En realidad quienes estaban creando recuerdos comunes, experiencias que iban a perdurar con el tiempo, eran quienes se disciplinaban para adaptarse al ritmo que el conjunto de la sociedad marcaba; quienes se casaban por la Iglesia, compraban un piso a plazos en alguna de las modernas barriadas en cuyos bloques se instalaban, recién entregadas las llaves de los pisos, las nuevas parejas, él levantándose a las seis y media, a las siete de la mañana cada día para llegar a la tienda, a la oficina, volviendo a casa a la tarde, yendo de compras los fines de semana al supermercado recién abierto, acostándose temprano para disfrutar de esos primeros meses de deslumbramiento del sexo, fruto del cual vendrían niños normales, que tomarían sus biberones a la hora, se acostarían a la hora, crecerían bajo la vigilancia de médicos y farmacéuticos; bebés pesados cada semana, cada quince días, cada mes, analizados. Ellos, y no nosotros, eran el futuro, ellos eran la punta de lanza de lo que llegó después, llevaban la vida de nuevos habitantes de las ciudades que acabaría siendo la vida normal y, en sus vidas sí, en sus vidas los recuerdos cobran un sentido, porque se han ordenado para llegar a donde hemos llegado, el día de nuestra boda, él con chaqué, ella de blanco a la puerta de la iglesia, pisando un charquito de arroz; el día de tu bautizo, el de tu hermanita, el de la primera comunión, el primer coche que tuvimos, el primer viaje que hicimos a Benidorm con la pequeña recién nacida. Ellos han podido apoyarse sobre esa cimentación de recuerdos confesables y transmisibles, pero en nuestro caso los recuerdos son recuerdos de una pausa en la vida de este país,

de algo que no tuvo continuidad y, por lo tanto, ya no se sabe de dónde venía ni adonde quería llegar, una pausa, sueño entre dos vigiliás, y es curioso que los más lúcidos de entonces fueran los más ignorantes de después, los que menos veían lo que había que ver, los que menos vieron lo que iba a llegar, y el más bruto, el más torpe, en el centro de la historia, seguramente porque la historia tiene un movimiento propio, un impulso, y gana el que se deja llevar por esa inercia, el perezoso que no muestra resistencia. La historia no se construye con inteligencias individuales, sino con una inteligencia colectiva hecha de multitud de torpezas, de mediocridades, y que, precisamente, rechaza las inteligencias individuales, las expulsa a la cuneta en su avance. La inteligencia de trescientos o cuatrocientos millones de personas que deciden ver la final de la copa de fútbol. Había abandonado mis clases de matemáticas en Denia, los baños en la escollera a principios de septiembre, la luz narcotizante, para venirme a Madrid a trabajar en un taller de costura, me duele la espalda, me dolía la espalda de tantas horas sentada cosiendo, estaba embarazada. Pau, antes de nacer, ya notó el frío de las madrugadas a la puerta de las fábricas, repartiendo panfletos. Y eso fue todo.

Por si fuera poco, Pedrito ha empezado a echarnos el discurso y a continuación nos ha puesto esa canción de Aznavour que dice que tiramos nuestros veinte años. ¿Qué quiere? ¿Qué tecla quiere tocarnos? ¿Qué nervio quiere rompernos aún más? La cancioncita recordándonos que tiramos nuestros veinte años, como si el tiempo pudiera guardarse. Salgo sin despedirme, dejándolos en ese ritual pegajoso de ya nos veremos, a ver si quedamos para otra vez, y cojo un taxi y le doy al taxista la dirección de un club de ambiente. Quiero estar así, en la barra, rodeado de toda esa gente que te mira, o te ha mirado y ha perdido el interés por ti sólo por el hecho de cruzar sus ojos con los tuyos, y descubrir que no le vas, que no eres su tipo; estar rodeado, pero solo, y pensar en Pablo, a quien a lo mejor ya no volveré a ver más. Tener la impresión de que hablo con él; de que le cuento quiénes son ellos, mis compañeros de juventud, qué quise, qué busqué, qué me faltó encontrar y qué perdí, porque eso es lo que le quiero contar, que, además de la madurez, yo también tengo dentro de mí una parcela de juventud, los viejos lo tienen todo, dentro de un envoltorio feo y rugoso, pero ahí está guardado, contarle que soy lo que él es y también lo que será un día. Pienso, no verlo más, y me entristezco, y, sin embargo, tengo miedo de volverlo a ver el lunes que viene, de seguir conociéndolo, de conocerlo aún más, porque ese conocimiento hace crecer la tristeza de saber que tengo que perderlo, perder un libro que habías empezado a leer y te gustaba. Hablar con él, deseo de hablar con él y miedo de hablar con él. Deseo de leerlo y miedo de leerlo. Hablarle de mis proyectos, como si de verdad tuviera proyectos. Y es que, si estoy con él, vuelvo a tenerlos, y, si él no está, se esfuman: si él no está, no soy nada, ni quiero ser nada. Vivir sólo en los demás no es, como creímos en nuestra juventud,

una forma de solidaridad: es escoger un camino equivocado, caminar por donde alguien que busca algo distinto de lo que tú buscas camina. Amalia nos ha explicado que pasó una temporada en la clínica y que estos días parece que está más animada. La recuerdo recién separada de Narciso (o recién abandonada). También ella habla sin parar de sus proyectos, de caminos que se inventa para tener la sensación de que no se ha extraviado. Redacta un texto sobre nuevas formas de pedagogía, y un estudio sobre los malos tratos, sobre la violencia doméstica. No para. Lo empieza todo y no acaba nada. La actividad, el movimiento como forma de salvación: esos motoristas a quienes la velocidad sostiene en horizontal, pegados a las paredes de un cilindro en el que dan vueltas incesantemente y que saben que no pueden parar porque se caerían. Acude compulsivamente al teatro, a los conciertos. Oye música en casa como si tuviera que examinarse luego y, en la oposición, le puntuaran las horas que tenga el tocadiscos en marcha, lee con idéntico espíritu productivista, va al cine. Todo como si tuviera que dar cuentas a un exigente tribunal examinador; como si estuviera haciendo las labores de la sección femenina, o los deberes del colegio de los Sagrados Corazones al que acudió cuando era pequeña. Nos distanciamos cuando se separó de Narciso. Fui yo quien puse distancia, aunque el paso del tiempo volvió a juntarnos. Al principio, me llamaba constantemente por teléfono. Fumaba, bebía, se inflaba a cafés y a coca: «¿Tú no crees que te iría mejor un calmante, algún porrito o algo así antes de dormir?», porque me contaba que no dormía, que no pegaba ojo. Café, whisky y coca, ¿cómo iba a dormir? Pero se lo tomaba a la tremenda: «Eres como todos. No soportas que una tía te dé sopas con honda, que te sobrepase en todo, en actividad, en inteligencia. Nunca había aprovechado tanto el tiempo. Y eso te jode, os jode a los tíos», me decía mientras cortaba otra rayita con la Visa encima del espejo redondo que tenía en la mesita del salón. Conozco el salón, la mesa y el espejo. Ese fue el último día que la vi. Luego llegó una semana de silencio. No llamaba, no sabía nada de ella, y le dije a Carlos: «Si quieres que te diga la verdad, siento un alivio tremendo. Porque estaba empezando a tener la impresión de ser una niñera, un celador, o algo así, profesiones que siempre han estado en los antípodas de mi vocación». «No puedo, no puedo, y además no quiero volver al trabajo, no quiero vivir en Madrid, no quiero vivir». Acaba de volver de Bruselas, o está volviendo de Bruselas, y así habla ella; y yo, arrastrando mi culpa, hasta que llamo a Narciso, a su trabajo, porque sigue missing, y ni siquiera ha pasado a recoger la ropa que se dejó en casa, lo cual es peor, porque es como si le diera esperanzas de que va a volver, cuando lo que ocurre es que pasa tanto de ella, tiene tan pocas ganas de tropezarse con ella que está dispuesto a dejar perder camisas, pantalones y chaquetas. Le digo a Narciso: «Fíjate, me siento culpable de lo que tú has hecho y ya no haces, de eso me siento culpable, de lo que das y quitas tú, tiene huevos, me siento responsable y la llamo sin que Jorge se entere. O sea, que empiezo a serle infiel a Jorge para reparar tu infidelidad con Amalia». «Esa mujer nos volverá locos a todos», me dice Narciso, «líbrate como puedas de ella». No me libro, la llamo, y ahora su voz es un hilo.

Pregunto: «¿Has bebido?». Responde: «Sí». «¿Mucho?». «Sí». «¿Has fumado?». «Sí». «¿Estás metiéndote coca?». «También. Y no me ducho, y no voy a trabajar porque no me da la gana, y no como, ni duermo». Le pregunto «¿dónde estás?, ¿qué quieres hacer contigo?». Cuando volví a llamar a Narciso, me interrumpió antes de que pudiera prácticamente abrir la boca: «Pero ¿puedes parar de hablar? Pareces una cotorra. Ya te había advertido que esa mujer acabaría por volverte loco. Creo que está empezando a conseguirlo». E insistió: «Aléjate de ella». Le hice caso. Desde ese día, Jorge empezó a colgar el teléfono cada vez que oía su voz y yo tampoco le contestaba ni la llamaba. Así fue como nos distanciamos. Luego, volvimos a acercarnos, pero nada ha sido ya lo mismo. Ahora la veo riéndose y hablando con Pedrito, y me dan ganas de llamar a Narciso, y decirle: «¿Te acuerdas de cuando quisimos cambiar el mundo? Ni siquiera hemos podido evitar que Amalia se haga daño». Decirle: «¿Cómo puedes seguir echando mítines, contándole a la gente que tú tienes la llave de la despensa de la felicidad?». No ha venido Narciso, por suerte. Y yo, a estas horas de la noche, sigo persiguiendo mi fantasma, la despensa de mi felicidad, lo que parecía sólido y se esfumó: cuando anteayer aparecí por Esquema con la excusa de preguntarle a Ana si iba a venir a la cena, lo mismo ella que Guzmán, que estaba allí, se mostraron un tanto sorprendidos de verme; no digo que se sintieran importunados, ni mucho menos, sólo sorprendidos: a mí también me sorprendió ver por allí a Guzmán, no es lo normal. La galería es el feudo exclusivo de Ana y, cuando entré, tuve la impresión de que estaban discutiendo acerca de algo que les afectaba a los dos, estaban serios, tensos, y bajaron la voz, pensé en la posibilidad de que hablaran acerca de Laura, porque Amalia le ha dicho a Carlos que Guzmán se la está follando, que va a Barcelona de vez en cuando y folla con ella, y que Ana, que de tonta no tiene nada, está de vuelta de todo. Imagino que es por eso, y no por la cita con Boltansky, por lo que no ha venido Ana. Hoy, cuando Pedrito ha preguntado que dónde estaba Laura y si sabía alguien cómo localizarla, Guzmán se ha apresurado a negar que tenga noticias de ella desde hace años, lo cual ha reforzado esa sospecha. Amalia me ha guiñado un ojo. Ha sido el único gesto de complicidad que me ha dedicado en toda la noche, y sé que no me lo ha dedicado a mí, sino a Narciso, in absentiam. Joder al otro, aunque tengas que aliarte con quien no deseas; joder al otro aunque, para ti, ya esté muerto. La herencia del amor es así de cruel, sanguinaria. En la galería, Guzmán estuvo muy atento conmigo, me abrazó, me habló como en los viejos tiempos, y Ana, en cuanto se libró de un par de clientes que entraron poco después que yo, también me recibió cordial. Teóricamente, Esquema es mi galería, a pesar de que sólo en una ocasión —y de eso hace ya media docena de años— hayan expuesto algunas obras mías en una colectiva; ni siquiera me han vendido más allá de media docena de cuadros en los últimos cinco o seis años, y todos ellos a precio de ganga, por razones de política de prestigio. Llevaba conmigo tres nuevos cuadros en los que he trabajado desde el verano. Pinto despacio. Al fin y al cabo, el trabajo en Eurobuilding me ocupa mucho tiempo. Madrid devora tiempo: el garaje, el

transporte, el tiempo que le dedico a Jorge, que cada vez es más, el que le dedico a la casa, que cada vez es menos. Guzmán miró con interés los cuadros y los alabó: «cada día tienes más dominio de la luz». Pero Guzmán no es el galerista. La galerista es Ana, y Ana se limitaba a escuchar. Al cabo de un rato apareció por allí Juan Bartos, que sigue dando sus cursos de filosofía del arte y estética en una universidad privada, y sigue llamando «el único ser vivo de las galerías de Madrid» a Ana. «El resto es silencio, o, lo que es peor, estupidez, cursilería», dice. Llevo veinte años oyendo esa expresión. Cuando Bartos dice que Ana es el alma de las galerías madrileñas, la única galerista atenta, sensible, no sabría explicar por qué pero tengo la sensación de que habla de dinero, quizás porque ha sido el dinero de la familia de Ana el que ha mantenido abierta esta galería. De no ser por el respaldo de la fortuna de Ana, ¿cómo hubiera podido mantenerse abierta Esquema en una de las zonas más caras de Madrid? Esquema está en los bajos de un edificio de los tiempos del Marqués de Salamanca, con balcones ornamentados con molduras y un ascensor de madera noble que sube lento y majestuoso por el hueco de las escaleras de mármol y que tiene dos bonitos espejos de cristal biselado bajo los cuales hay dos sillones tapizados en raso rojo. El ascensor llega hasta el quinto piso y, a continuación, hay que subir a pie hasta el ático en el que los Bartos tienen su pied-à-terre, una mezcla de almacén blindado y de apartamento en el que se relajan los ratos libres, y en el que se quedan incluso algunas noches en las que les da pereza volver a dormir a casa (la casa familiar siguen teniéndola en una urbanización del norte de Madrid, por Pozuelo). La decoración de la galería contrasta llamativamente con el pomposo aspecto de la finca, ya que, en el local que ocupa Esquema, se picó la escayola de las paredes hasta que apareció el ladrillo de muros y pilares, y el suelo se cubrió en su día con una rugosa alfombra de goma negra. El conjunto de la reforma le dio al local aspecto de garaje, muy al estilo de las discotecas neoyorquinas de los setenta y principios de los ochenta, o de ciertos locales gays de esos que tienen cuartos oscuros y sombríos y complicados laberintos. La decoración se ha mantenido tal cual y se corresponde con el espíritu de una modernidad marchita, bien representada por la propia cuadra de pintores de Esquema. Ana se ha negado siempre a cambiar tanto dicha decoración como sus propios gustos. Quizás cambió tanto y tan precipitadamente durante sus primeros años, que acabó por cansarse y se tendió sobre una forma como sobre un sofá. Resulta especialmente llamativa la decoración de la galería en estos momentos en los que lo pulido, lo diáfano y reluciente, muy minimalista y japonés, se impone por todas partes. Entrar en Esquema produce una sensación parecida a la que se experimenta al visitar un yacimiento arqueológico. Ana exhibe su casa como si fueran los restos de cierta vanguardia que quedó sepultada un par de décadas antes, que brilló durante la media docena de años de esplendor socialista y se extinguió con él. Se diría que, en el girar incesante de la rueda del tiempo, ella aguarda agazapada el regreso de esos gustos para volver a estar en lo más alto. Lo cierto es que, por el momento, la rueda ha dado media vuelta y la galería y sus propietarios viven el

momento en el que lo que estuvo arriba toma contacto con el asfalto. Ese beso con el asfalto es lo que vende ella ahora, convencida de que la rueda está a punto de dar la vuelta. Entrar en Esquema, recibir complacido la amabilidad de Ana, los abrazos de Guzmán, pero tener que soportar la nueva exposición de Alcóllar cubriendo las paredes de la sala. Recordar el instante en el que Ana y Guzmán, cubiertos con plásticos y lonas, abandonan el chalet de los Alcóllar bajo una tromba de agua, el viaje hasta el hotel por unos caminos embalsados, con el rugido del viento y del mar como telón de fondo. Román Alcóllar arrojaba su ira sobre la humanidad en forma de tremenda gota fría. Una blanquísima sábana de amnesia ha caído sobre aquel terrible día de otoño en el que Ana Malta de Thalit fue expulsada del paraíso de los Alcóllar entre truenos y relámpagos. Román pasó —como yo mismo, pero con otro estatus— a formar parte de la cuadra de Esquema, por entonces curado de su afán por la belleza cursi y disfrazado de virulento expresionista abstracto. Mordiéndome los labios le dije a Ana: «Es un farsante, un desastre. No sabe ni lo que es un color, ni cómo se mezcla con otro». Ella me respondió: «Par contre, il est charmant», y entendí que yo había sido condenado al ostracismo artístico. Autodidacta eterno. Le gustaba aquel muchacho tan bien vestido, tan delicado, encantador, que, de nuevo en Denia aquel verano, le acercaba la silla para que ella se sentara, le pasaba el abanico en las noches más ardientes. También él se había olvidado de las negativas de ella. Román siempre ha sabido ser tan dictatorial e impertinente con los de abajo, como dulce con quien puede convenirle para sus intereses. Fue en aquellos días cuando me di cuenta de que Ana nunca decía de él: «es un autodidacta», porque él era un componente más del grupo, uno más en la sinuosa caravana de artistas que recorría los lugares de la noche de Madrid. Y eso era a mediados de los ochenta, cuando la noche de Madrid se había llenado de repente de artistas, fotógrafos, pintores, modistos, peluqueros, y, sobre todo, de chicos guapísimos que, a la caída del sol, abandonaban las barriadas periféricas para vender cosas en los locales del centro. Unos meses más tarde, dejó la pintura para volver a la fotografía. Dejó las fotos familia Trapp para retratar paisajes desolados, corrales, muros destrozados, roñosos suburbios, morgues. Detrás de esos saltos, vacío, nada, sólo su egoísmo, su yo, su ego, lo que ve en París, en Nueva York, en Londres, nada más que esto lo quiero yo, me lo compro, y, de repente, en vez de rosas, flores, lirios (le gustaban mucho los lirios, a todos los maricones les gustan los lirios, fálicos lirios, qué sé yo, las calas, las calas también les gustan, con su elegante verticalidad, digamos que les gustan las flores verticales, priápicas), nos regala la decrepitud; de la noche a la mañana, abandona las flores, los matices de la delicada y sensible naturaleza, por las ruinas, los cadáveres; el embriagador perfume de nardos y galanes de noche, por el formol, la materia en descomposición, la humedad de las morgues. También el orgullo es cerrado como la esfera de un reloj y su punto límite —las doce— limita con la nada, con ese instante de absoluta humildad que se sitúa en el espacio que queda entre la última hora del día que concluye y la primera del que empieza. Las cero horas. La nada. Cuando me burlé de sus saltos de la fotografía a la

pintura y vuelta a empezar, Ana se rebotó: «Busca la manera de expresar lo que lleva dentro. Eso es lo que es un artista, ¿no?». Sentí que me recriminaba que yo no buscara, que para mí lo importante fuera la pintura y no lo que yo llevo dentro. Que no llevara nada dentro. Pero para qué volver a esa basura, a ese rencor del que no me libero, ¿eso es lo que le quiero contar a Pablo? ¿Ésos son los destellos de juventud que quiero regalarle? No debería beber tanto. He bebido mucho esta noche, pero es que me ha entrado una melancolía muy grande, al verlos otra vez a todos aquí y saber que, a unos pocos cientos de metros de donde estábamos reunidos, cuelgan las fotos de Alcóllar y que Ana ha conseguido que tengan excelentes críticas en las secciones de arte de la prensa (lo ha dicho Guzmán hace un momento: «¿Sabes que tu amigo Alcóllar aparecía la semana pasada en tres o cuatro suplementos culturales?»). Fantasmas de juventud. Estoy con ellos y pienso en Pablo, en Joaquín, el hermano de Carlos, mi amigo de infancia; en mi propia obra, en lo que no ha podido ser. Contarle eso a Pablo. Que empiece a saber, saber mejor para vivir en paz con uno mismo, para morir en paz. Ja. Como si no hubiera aprendido a estas alturas que saber y vivir son incompatibles; que saber te destroza la vida, te la hace polvo. Confesarle a Pablo que si no he llegado a ser un pintor es porque me he perdido en los pasillos de mí mismo, en el brillo de los espejos que he ido encontrando junto al camino. Decirle: Pablo, tú eres el último espejo en el que vuelvo a mirarme para no verme, para creerme que soy la juventud tuya, el último espejismo en el que me pierdo. Decirle, ahora estoy solo y pienso en ti. Vivir pendiente de tus cambios de tono, de los matices de tu voz los pocos momentos que pasamos juntos me hace daño. A lo mejor el lunes ya no te veré. De momento, estoy tan borracho que no me entra esta última copa que me he pedido. La miro, inclino mi cabeza sobre el vaso y miro las burbujas de la tónica y siento que se apodera de mí esa oscura tristeza que me hace llorar, así que pago lo que debo, salgo del bar y decido volver caminando a casa. No está tan lejos, en menos de media hora habré llegado y el frío de la noche ayudará a que se disuelva el alcohol y a que se evapore la tristeza. La luna arriba. El frío. Envidia de mi laberinto, del resbalar en cuartos oscuros, palpar a media luz, pensar, cuando te quedas a solas, que no deberías mezclar el alcohol con la medicación, o, cuando, sencillamente, te estalla la química y la física en la cabeza y sales despedido en mil pedazos sobre una cama que ha sido campo de batalla. Jorge está convencido de que fui yo quien le transmitió la enfermedad. Yo estoy convencido de que fue él quien me la pasó a mí y que se empeña en lo contrario para retenerme, para que no lo mande a la mierda de una vez, mandar Madrid a la mierda de una vez, mandarlo a la mierda todo. Jorge estará dormido y, cuando abra la puerta, tendré que tener cuidado para no despertarlo. Jorge espera acostado, seguramente no dormido, sino vigilante, y, cuando enciendo la luz del comedor, el gatito me rehúye, se mete bajo una silla, bajo el aparador en cuanto me acerco a él; ayer, después de tres o cuatro días de llamarlo ofreciéndole comida, e intentando acariciarlo, vi que me observaba, que me vigilaba, miraba cómo comía yo. Hoy se ha acercado cuando lo he llamado para echarle un pedacito de las chuletas

empanadas que sobraron ayer, pero el perro que Jorge compró el año pasado cuando era un cachorro recién nacido y que, a medida que crece, se está convirtiendo en un pequeño dictador, se lo ha arrebatado. De nuevo he cortado otro trozo de carne y se lo he ofrecido al gato, y esta vez me he puesto entre el perro y él y no he dejado que el perro se acercara. El gatito es aún pequeño, tiene sólo unos meses, se ha comido despacio la carne, protegido por la sombra de mi cuerpo, y luego ha vigilado cómo me marchaba. He ganado su simpatía. Perdona, pero el gatito me ha recordado a ti, observando mis esfuerzos para ganarme tu simpatía, siempre un poco patético, un ser ocupado perdiendo su tiempo por un gatito que no tiene ninguna importancia en el mundo, que podría ser aplastado por un camión y no movilizaría a ningún juez, ni a ningún comisario abriendo una investigación. La imagen me ha parecido demoledora, pero quién me creo que soy, pero qué consideración tengo contigo, he pensado, sí, no tiene nada que ver, tú tienes tu vida, tus trabajos, tus sentimientos, eres un ser infinitamente más útil que yo. El otro día, en la televisión, apareció una mujer que había sido discípula de Ramón y Cajal y decía que aquel hombre cargado de prestigio se quejaba cuando alguien lo llamaba científico, intelectual, cuando alababa su trabajo, decía que era nada más que un obrero, un proletario, y que, sobre el trabajo de los obreros, se levanta la actividad de intelectuales, de artistas, de políticos, algo así decía, es decir, que el gato que come de tu pan soy yo, el inútil, el que no trabaja, sino que se esfuerza, ¿entiendes la diferencia entre trabajo y esfuerzo? Cuando tú sufres, lo haces por tu trabajo, yo sufro por mi esfuerzo, por mi empeño de pintor, ¿qué es pintar?, ¿qué sentido tiene pintar? Manchar una vez más, volver a manchar lo que se difumina, lo que la niebla del tiempo cubre, llamar la atención acerca de lo que hay más allá de la niebla y va quedándose en el olvido: por eso se dice que cada artista busca sus antecesores, los inventa, los recrea, no viene de alguien, sino que va hacia alguien, en busca de alguien que guarda lo que él busca tropezando. Yo el gatito que pide un pedazo de tus chuletas empanadas, Pablo, ¿te das cuenta? Tú eres el centro de mis estrategias y tengo que llamar tu atención, que me hagas caso, que te conmuevan los ojos del gato, que tiene frío, hambre o sed, cosas que tú, desde tu altura humana, puedes saciar. Sufro sin esperanza de dejar nada duradero.

Laura tenía como objetivo único algo que ella llamaba vivir, vivir a tope. «Era de otra pasta, es de otra pasta», le dijo a Ana refiriéndose a Narciso, «no, no digo que fuera una pasta mejor, pero sí más divertida. Vosotros erais un cocido, pesado, monocromo, monótono, y él era una piruleta de esas que preparan los cocineros modernos, algo colorista que, cuando te lo metes en la boca, estalla y sorprende». ¿Y qué era yo? Yo era esa espesa charca de caldo de cocido en la que dormitaba el caimán Narciso con un ojo abierto a la espera de la víctima. Ojos cerrados hasta que cruza frente a ese animal inmóvil que parece un tronco la presa; entonces, el zarpazo, la dentellada. Laura quería salvarlo a él de la monocromía del cocido madrileño en el que yo lo

obligaba a chapotear; de la espesura de las quietas aguas del pantano. ¿De qué, si no, se nos hubiera pegado al grupo? ¿Qué teníamos nosotros que a ella pudiera interesarle? Para empezar —y eso, que parecía lo más difícil, le resultó extremadamente fácil— lo salvó de mí. Eso sí, le costó años de zapa, pero lo consiguió. Bien. Ya está. Narciso salvado de Amalia. A continuación, quiso salvarlo de los demás, y ahí, en lo que parecía casi una decantación natural, porque Narciso parecía despreciar al grupo, dio en hueso. Sin ese compulsivo afán redentor, a qué hubiera venido con nosotros, por qué hubiera hablado, sonreído, discutido con nosotros. A ella le gustaba un mundo que discurría paralelo al nuestro. Aunque eso fue unos cuantos años más tarde: cuando se presentó en Madrid, un par de años antes de la muerte de Franco, ella era una niña, la verdad sea dicha. Debió de parecerle Narciso, que tenía un pie en la bohemia y otro en la revolución, todo un hombre, hecho y derecho, alguien que sabía cosas que ella no sabía, cosas de la vida, aunque yo creo que las cosas que ella imaginaba eran más bien de la cama, fantasías de saberes expertos, y, claro, Narciso era tangencial, se movía entre dos espacios, el espacio que a ella le atraía y el que ella despreciaba; el de la química el arte lo esnob lo viajado lo cosmopolita rozaba en él con ese otro espacio, que era el nuestro, heredado de sus experiencias en la universidad: la palabra el humo del tabaco el alcohol las ingentes cantidades de alcohol y de palabras que se referían a sistemas que abarcaban todo el mundo a justicia a ética a dónde te tienes que poner para ver a desde qué parámetros juzgar esto y aquello; y, claro, esto y aquello, a Laura, ni fu ni fa; a Laura, el color la textura el tejido el atrevimiento; pintarse el pelo azul eléctrico (por entonces, azul eléctrico, o rojo cobalto), ponerse una minifalda de cuero que dejaba ver bragas fosforescentes, saber de Warhol, de la Velvet, saber de cosas muy concretas, oportunas: de las rutas secretas de los estupefacientes, de los rohipnoles y minilps; de noches que duraban hasta las seis de la tarde del día siguiente, gracias a las tortillas de química: eso era lo que de verdad le gustaba a ella, su aventura personal, ella, que era precursora de una modernidad privada, de autosatisfacción, de cumplimiento de las propias pasiones, neón, rímel, estrellitas de colores en la frente, en el pelo, sobre la lengua, lo que fuera, con tal de que fuera moderno, lo último: lo otro no, lo otro detestable, arqueológico; pero por culpa de Narciso y de lo que ella se imaginó de él tenía que convivir con lo otro, con lo sórdido: el pub de Magda, con sus chicas-chico de izquierda, los jerseys de lana con el cuello cerrado y dibujos andinos, y que olían a sudor o a colonias que vendían en las grandes superficies, en las perfumerías de barrios periféricos, colonias arqueológicas, jerseys arqueológicos, antiquísimos, y las nunca definitivas conversaciones sobre estrategia, sobre táctica, sobre la situación en la URSS, o en Albania, un país en el que no hay más que pastores mal lavados y cabras; sobre los movimientos de tropas en la frontera china. Y, al principio, «qué interesante, cuéntame, entonces crees que tengo que leerme eso, pues mañana mismo me lo compro», o «déjame tú, si lo tienes, porque eso está agotado». Era capaz de leerse una novela sobre Albania, sobre Rumania, sobre países

opacos y que no aparecían en las guías de turismo, ni eran famosos por sus paisajes, ni por sus monumentos, países áridos, parameras inhóspitas, ardientes en verano y gélidas en invierno, siempre pedregosas y repletas de espinos, lugares en los que hay carreteras llenas de baches y pedazos de neumáticos de camión tirados junto a las cunetas y plásticos que el viento mueve como tristes banderas incrustados en las ramas de los espinos y feos cubos cuadrados de hormigón, que no se sabe si son viviendas o casamatas u hospitales; a ella lo único que le interesaron fueron los catálogos de las exposiciones, los catálogos de moda, de moda en el estar, en el vestir peinar perfumarse escuchar hablar; ni siquiera la pintura propiamente dicha le interesaba, sólo la pintura moderna, y no por ser pintura, sino por ser moderna, aburridísima la pintura clásica que era toda la pintura que había hecho la humanidad hasta que ella había decidido amar el arte un par de años antes. No concebía que a Ana, tan vanguardista, tan metida en la movida de Madrid, pudieran fascinarle Goya, Velázquez o Vermeer. A Laura le interesaba la modernidad como un concepto, o eso quizás es mucho decir, más bien como un etéreo mueble que se construye con muchos detalles como un secreter se construye acumulando muchos cajones, y se llama secreter, cualquier idea, animal o cosa le era útil si podía utilizarlo o como despreciable material de derribo o como elemento de construcción de la modernidad; como componente o como exponente o como residuo. Al grupo lo aguantó en conjunto, lo soportó en bloque, por Narciso (por la misma razón que a mí no me soportó nunca), y, en su vía crucis, escogió una táctica consistente en mantener la idea de grupo al tiempo que iba privándola de los componentes; por volver a la imagen del secreter, empezó vaciando de papeles los cajones, y acabó quitando los propios cajones hasta que se quedó el mueble convertido en un cascarón vacío que, bajo su nombre, guardaba la nada: un gruyére sin queso. Conocía Laura, sin lugar a dudas, la trasera del escenario de Narciso y, si lo deseaba, era porque tampoco tenía ningún afán de verdad, de que los pensamientos y las palabras buscaran corresponderse y se correspondieran a su vez con las personas, las situaciones o los objetos a los que se referían. Cuando alguien ponía en evidencia sus contradicciones, apelaban al absurdo y al surrealismo, al dadaísmo y a la irrenunciable libertad de la creación. Yo creo que ni siquiera la estética de Narciso (arquitectura, pintura, literatura dadaísta, todo junto, él quería ser una fábrica de arte, una factoría) le interesaba, aunque la alababa a todas horas. Le interesaba la representación. Ni siquiera le interesaba salvar a Narciso de lo que parecía su caída, aquella temporada en que bebió tanto y se pasaba a todas horas con todo. Laura era de esas que, en cuanto llegan al tejado del edificio, le dan la patada a la escalera de tijera por la que han subido, para borrar las huellas del camino. No digo con eso que es gente que llega al tejado y que se queda ahí arriba, ensimismada, contemplando el cielo estrellado, como Simón el estilista, no; sino que, a esas horas, ya tiene preparada la escalera que la lleva a la azotea del edificio de al lado, que es bastante más alto. Una modalidad espuria del camino de perfección. Subir, subir y seguir subiendo. Donde

digo escalera debe entenderse gente, amigos, familiares, amantes. Usar y tirar. Laura se volvió a Barcelona. Luego ha estado casada un par de años con Breil, el arquitecto que presentó el proyecto del Molí de la Fusta que rechazaron porque tiene pésimas relaciones con alguien del equipo de Maragall, eso me lo ha contado Ana. Ha pintado (Ana le montó una exposición hace tres o cuatro años, no estaba mal), ha escrito (publicó una novela corta en una editorial de prestigio, la leí, era un bodrio; ella misma lo reconoce, pero tiene acciones en la empresa editorial). Para ella, vivir es que las cosas ocurran en decorados exóticos, y que las sustancias psicotrópicas pongan la emoción que ni siquiera en esos lugares pone la cotidianidad. Ha derretido la punta del iceberg de la inmensa fortuna de su familia. Quedan esas cinco sextas partes que se mueven silenciosas bajo el agua. Narciso y Laura, su relación con el mundo: una forma de refinada violencia. Lo cual no quiere decir que no sea dañina la violencia refinada, más dañina que la de los brutos que reparten golpes con los bates de béisbol, pero es una maldad que admite ser contada, uno puede contarla, describirla; escribir páginas de novelas, de biografías, de revistas de sociedad con ella. Una violencia interesante. Y no me refiero al pacto que Narciso hizo con la policía, su padre mediante, para que lo soltaran inmediatamente a cambio de referirles de pe a pa las actividades del grupo, eso no fue maldad, fue una forma de inocencia, cobardía; quizás sí que puedan detectarse signos de maldad en el hecho de que pusiera a su familia en contacto con la de Laura para conseguir que ella (es verdad que apenas era una niña) saliera también inmediatamente libre y que sus padres se la llevaran a la casa del Montseny. Lo inquietante fue que, en esa negociación, en ese paquete, no entrara yo y que cuando, unos cuantos años después de todo aquello, me enterara de los detalles de la historia, me contaran Magda y Ana que Narciso había aprovechado aquellos días en que yo seguía en la cárcel y él ya había conseguido la libertad, para visitarla en Barcelona. «Ahí empezó en serio nuestra relación. Hasta entonces, coqueteos, una aventura», me dijo Ana que le había confesado Laura. En la célula justificamos la salida de él porque fue el único de todos nosotros que, cuando nos detuvieron, no guardaba ni un panfleto, ni un papel con una cita anotada, nada que pudiera incriminarlo. La salida de ella era más explicable: una niña rica (apenas veinte años) y con una rama familiar (la paterna) muy bien relacionada con la política y la diplomacia franquistas. Era evidente que tenía todas las cartas en la mano para salir con la ficha en blanco. Sin embargo, no deberíamos habernos creído que él se quedara fuera del acta de acusación por falta de pruebas. No era la falta de pruebas lo que desalentaba a los fiscales durante aquellos años. Y nos lo creímos. Quizás Pedrito fue el único que no se lo creyó del todo, y dejó caer algunas sospechas; pero él, por entonces, no se creía nada de nadie, sospechaba de todos: era un pesimista de clase, ninguno de nosotros era suficientemente pobre para él ni estaba suficientemente irritado ni había sido suficientemente humillado como para ser un revolucionario de verdad: incluso Carlos, Rita y Guzmán eran para él desclasados, pequeño-burgueses de los que la revolución debía desconfiar, sólo

porque a Carlos le gustaba la literatura, Guzmán se había casado con Ana y Rita se dejaba seducir por los accesorios de la vida (el cine, ir a bailar, cocinar cuidadosamente en casa, que las patatas no estuvieran duras y que las croquetas se deshicieran en la boca); a mí no me pareció sospechoso, me creí paso a paso el guión. A qué lavado de cerebro, a qué ducha escocesa no me sometería Narciso; una chica de clase media entre las manos de ese supuesto dandy que se mueve con la misma soltura en lo más alto de la escala social y en lo más sórdido: en las cafeterías de Goya y la Castellana, en las peñas flamencas de Vallecas y en las tascas de los barrios de chabolas del Alto del Arenal. Así era Narciso. Ana dice que, desde el principio, le pareció todo aquello increíble. Por olfato de clase, por ese tipo de capacidad que desarrollan para conocerse unos a otros los compañeros de internado, no sólo conocer la biografía de cada cual, sino algo más íntimo, las pulsiones más secretas, los gustos y manías y perversiones más escondidos, las debilidades, hasta el olor se conocen después de tantos años juntos. Eso es lo que era capaz de percibir Ana en Narciso por olfato de clase. Yo, en la cárcel, leía, recibía cursos de historia, impartía cursos de economía política, hacía calceta, tomaba el sol en el patio y me vigilaba la tripa que iba creciendo. Estaba embarazada de cinco, de seis meses, de siete meses. Y durante todo aquel tiempo Laura y Narciso viendo crecer la historia de su amor, en nuestra casa (no se cortó, follaban en casa mientras yo seguía en la cárcel), en el piso de ella. Ni siquiera se cortaban de acudir a Violette. Magda tuvo que tragar quina para no contármelo en cuanto salí. «Temía hacerte daño», me dijo luego, y me hizo más daño, porque me sentí como una tonta, la única que no participaba en un juego que todos conocían al dedillo, la que estaba fuera de juego. Al salir de la cárcel me quedaban apenas dos meses para dar a luz, ¿cómo pensar que él no se preocupara de su hijo que iba a nacer? (fue hija: le fastidió, hubiera querido tener un niño, formarlo, hablarle de chicas, llevárselo aquí y allá), ¿que no hubiera puesto todos los medios a su alcance para sacarnos a su hija, a su feto, digámoslo así, y a mí de la cárcel? Cuando me lo contó Magda, creí que quería separarme de él, que lo odiara, movida por alguna intención rara. Por qué no decirlo, creí que estaba proponiéndome poco menos que me fuera a vivir con ella, que, por entonces, vivía sola. Aún ahora me cuesta creérmelo, porque eso fue mucho peor que lo que intrigó en Bruselas cuando nos separamos. Olvidar. Curarse con la medicina del olvido, en vez de aprender con el purgante de la memoria. Guardar de la memoria sólo lo que añoras, el traje que te has hecho a la medida. Barrer la basura, meterla cuidadosamente en el recogedor, hasta que no quede una brizna, una mota de polvo, y gozar de esa casa recién preparada. La sensación de que todos los desarraigados que influyeron en mí se han arraigado, me han dejado dentro la inquietud y se han ido a lugares seguros (esta última frase me suena, creo que la he leído en alguna parte, esa frase u otra muy parecida). Memoria de Magda, de quien tanto desconfié, pensando que quería pedirme algo que en verdad nunca me pidió, y a la que no he sido capaz de localizar (¿quiso que fuera a vivir con ella? Ahora pienso que fue un tipo de fobia que me inventé), Magda, que se ha

perdido como invisible polvo de estrella en algún lugar del infinito. Los amigos que frecuentaban el pub y que nadie sabe dónde están, qué ha sido de ellos. Pasar, soñar un instante de brillo, desaparecer. Estrellas fugaces del país de los sueños. *Yukatali*. El recuerdo de Magda, tanto tiempo perdida de vista, me ha hecho pensar en ese pasar brillar y desaparecer del *Yukatali* de Weil. «Pensaba: “En cuanto Violette empiece a funcionar, pondré a alguien detrás de la barra y yo me encerraré, trabajaré, compondré, ensayaré, buscaré algunos buenos músicos, buenos profesionales, pero también amigos, gente que tampoco quiera que la conviertan en basura. El arca de Noé que flota sobre un mundo cubierto por aguas turbias”. Pero el pub no ha empezado nunca a funcionar, al menos nunca ha funcionado como yo quería, como yo había calculado. He vivido en los otros. Los escucho. La noche que tengo libre me dedico a salir por ahí, a la busca, voy a donde me dicen que hay alguien que hace las cosas bien. Que toca bien, que canta bien. Y cuando me quedo a solas, en la cama, me dan ganas de llorar. Me digo que yo podía haberlo hecho, o, lo que es peor, me digo que yo no lo he hecho porque no he servido para hacerlo, que una carrera no es un embrión, es un desarrollo, ¿me entiendes? Que si no haces nada, no eres nada y que si no hay obra no hay artista, un artista no es el carácter, no es el destino: es la obra, y yo, con casi cuarenta años, sigo siendo sólo carácter, voluntad, orgullo, convicción de destino. Me digo: “Ellos quieren que pienses que no estás arriba porque no vales”, pero, al mismo tiempo, pienso: “¿Y quiénes son ellos?, ¿todo el mundo menos yo son ellos?”. Y entonces saco mis conclusiones: “No he querido dar ese paso que te enseña lo que es verdad y mentira. Eso es lo que he hecho, beber, hablar de esto y aquello, consolar a unos y a otros. Nada”». Eso me dijo una noche Magda. Ya había decidido marcharse a Vigo, cerrar el pub. Creo que fue Narciso el que lo llamó el efecto boomerang, o a lo mejor fue Guzmán. «Qué se ha hecho de toda la gente que frecuentaba el pub, ¿ves a alguien?», me ha preguntado hace un instante Pedrito después de concluir, tras la lectura de mi mano, que soy una mujer fuerte, de un metal flexible, o, mejor, de bambú. «El monzón puede doblarte y hacerte tocar el suelo, pero no te arranca. Arranca de raíz los grandes árboles y contigo no puede», ha dicho, y yo me he reído. «De Marx a la astrología y de la astrología a Marx. Toda aquella gente, ¿dónde anda ahora?», me ha preguntado a continuación, y he tenido que responderle que no he vuelto a saber nada de nadie. Ni de los comunistas, ni de las chicas-chico, ni de las astrólogas, nada de toda aquella gente con la que discutimos durante tantas horas acerca de lo que había que hacer y no había que hacer para cambiar el mundo, cuyos nombres y vidas conocimos. Polvo de estrellas que brillaron un instante y luego se extinguieron. La primera vez que pasé por el pub y me lo encontré cerrado, busqué el modo de informarme en la tienda de al lado. Allí me dijeron que Magda había montado algo, otra cosa, una tienda, algo que no tenía que ver ni con las copas ni con la música, quizás una perfumería, o una tienda de ropa, algo así me dijeron. «Y el pub, ¿sabe usted si lo traspasa?», le pregunté a aquel hombre. No sabía nada. Por casualidad, me encontré poco tiempo después con uno de

los clientes habituales del pub, un vecino, José Manuel se llamaba, y yo lo recordaba de aquellos tiempos, tanto como él me recordaba a mí. Me contó que había hablado hacía poco con Magda y que ella le había dicho que no se adaptaba a la vida que había elegido en alguna de las poblaciones cercanas a Vigo (no sabía si Cangas de Morrazo, o Bueu). Antes de marcharse, le había hablado de un gran negocio que le permitiría por fin retirarse sin problemas en muy poco tiempo («a componer, a cantar, ya no me queda casi tiempo para hacer lo único que he querido hacer en mi vida», le había dicho). «Un par de años, todo lo más», le había dicho. Había vuelto a cruzarse con Magda en Madrid unas pocas semanas antes de nuestro encuentro. Le había comentado que el negocio marchaba bien, pero que no se adaptaba; que estaba dándole vueltas a la posibilidad de volverse y reabrir Violette. Su estancia en Madrid se debía a que había quedado con alguien dispuesto a pagarle una cantidad notable por el traspaso, pero que, una vez aquí, en cuanto se puso a charlar con aquel hombre que estaba interesado en el local, decidió suspender la negociación. «Le había impresionado entrar otra vez en Violette, y encontrarse el pub intacto, tal como lo había dejado un par de años antes». José Manuel había pasado, como yo misma (y a veces a mi lado), muchas noches acodado en la barra de Violette, oyendo las viejas canciones francesas que le gustaban a ella. Conocía bien a Magda: «No volverá nunca. Se pone plazos. Cree que vive una pausa. No acepta que sólo hay una vida». Nos habíamos metido en un bar para charlar a gusto y llevábamos unas cuantas copas, él, sin duda, alguna más que yo. Decía: «un pobre rebaño metido en el establo. Esperando algo, el momento de intervenir, el momento de salir a escena, a la calle, a donde sea; que nos lleven de una vez al matadero. El momento de empezar a ser lo que uno ha querido ser y alguien se ha encargado de decirnos que, para ser eso, hay que esperar, ser antes otra cosa». José Manuel conocía a Narciso de los tiempos del pub, «ahora lo veo por la televisión, me hace gracia oírle hablar tan seguro de sí mismo: rejuvenecido», me dijo. De Pedrito, de Carlos no se acordaba. Cuando le conté que Narciso y yo llevábamos un montón de años separados, se echó a reír: «Yo también me separé de mi mujer. Volví a casarme, pero no te creas que estoy enamorado, no lo estoy. Quiero mucho a la mujer que tengo ahora, pero no estoy enamorado, al menos no la quiero como a la primera, pero no quiero volverme a separar. No quiero separarme nunca fruta. A lo mejor ella lo soportaría, es su primer matrimonio. Yo no, lo único que pido es que esté dormida esta noche cuando llegue borracho, y que esté dormida el próximo día (no tardará mucho) en que vuelva borracho. No sé qué clase de sociedad es el matrimonio cuando se ha renunciado a vivir de verdad, ¿una empresa de servicios? Qué más da, una digna empresa de servicios». Le dije algo acerca de la sinceridad y se echó a reír, se reía a carcajadas. Dijo: «¿Hablar con sinceridad? Yo no puedo decirle a mi mujer de ahora, “tú estás perdiendo el tiempo en la tienda de ropa en la que trabajas, no aguantes más”, y entonces ella va y me dice, “manda a tomar por el culo a esos niños a quienes lo único que les interesa es comprarse una moto nueva, unas zapatillas Reebok y saber

lo que han dicho la noche antes en ‘Esta noche cruzamos el Mississippi’, y que, además de no aprender nunca matemáticas (esa asignatura era la que enseñaba él), están condenados al paro, a tragarse las pastillas de tres en tres, los calimochos y, si se tercia, a hacer juegos de rol para matar a algún basurero pobre, gordo y calvo”». Me sentía incómoda. Le dije: «Vivo sola. A lo mejor es por eso por lo que yo vivo sola». Y él se puso a aplaudir. Se volvieron para mirarnos algunos vecinos de barra: «Bien, así, así va bien. No conviene implicar a demasiada gente», dijo; y tras una pausa: «Lo sé, pero yo soy cobarde y tengo miedo de la noche, de las luces apagadas de la habitación cuando nadie respira a mi lado en la cama. No, no soy solidario. Tengo muy claro que seguramente lo que quiero no es compartir. Que lo que quiero es que me acompañen y lo de acompañar es sólo un peaje que tengo que pagar. Y cuando uno sabe eso, ¿qué hace?, ¿pegarse un tiro?». Le expliqué inútilmente que, si yo permanecía sola, no era porque hubiera elegido vivir así, sino porque había ensayado la pareja una segunda vez y tampoco había conseguido que funcionara. Se echó a reír de nuevo: «Una tía cojonuda, eso eres. La revolución, el sindicato de enseñantes, el mundo mejor: cuando todo eso se ha acabado, no debe uno asociarse con nadie, a no ser que sea para delinquir. Tú quieres un matrimonio como el de los Curie, investigación, cooperación..., eso ya no existe, Amalia». Ahora me reía yo. Prosiguió: «Engañar con higiene, sin consecuencias. Veamos, ¿por qué va uno a privarse de follar fuera de casa?, ¿qué dios, qué paraíso defiende uno cuando practica la disciplina de la fidelidad con su pareja? Esa disciplina sólo vale en una vida de verdad. Si no, y siempre que uno lo haga con higiene, sin consecuencias para tu pareja, ¿por qué no follar fuera de casa? ¿Hay alguna razón? Qué manera de tirar este paréntesis que nos ha tocado, la vida. Un lujo estúpido. Follar fuera de casa, gastarse uno a solas el dinero, escaparse para comer a solas en un buen restaurante e ir al más económico cuando vas con tu pareja. ¿Por qué no?, ¿qué código nos queda que nos lo impida? Y si de lo que se trata es de sentirse bien, que es de lo que parece que se trata, te juro que estoy mucho mejor cuando, además de tener a mi mujer, tengo todo lo que se puede tener fuera del matrimonio. Si uno no cree en algún dios, en algo superior, tiene que ser por fuerza así. Tratar el matrimonio como parte de nuestra vida». Golpeó con el vaso de gin tonic tres o cuatro veces sobre la barra: «Pues a pesar de cuanto te acabo de decir, le soy fiel a mi mujer, y ahorro cuanto puedo y me privo de comidas caras con los compañeros de trabajo, o con los amigos, para poder gastármelo con ella en un buen restaurante, para llevarla de vacaciones y que lo pasemos bien. Es tan misterioso el ser humano. Sobre todas las cosas, deseo en estos momentos que esté dormida cuando yo entre en casa y temo sobre todas las cosas encontrármela en el salón viendo la tele, o comiéndose a solas un bocadillo de jamón y bebiéndose un vaso de leche y que me mire sin decirme nada».

Sin fe, sin sentido, sólo vigilancia, sólo control, nada más, la monotonía de parar, sólo

parar, monotonía, no esperar, no tener grandes palabras con las que excitarse, con las que masajear el alma, palabras para crecer, para construir, la droga de la finalidad, de los novísimos: nada, abulia, quién puede tener fuerzas para durar así, para sobrevivir así, para ver pasar los días sin esperar nada, nada, mecánica, parar, retener, oponerse, no saber lo que es el bien, pero saber lo que es el mal, porque el mal está por todas partes y te envenena la vista, la mirada te envenena, y eso pesa, te vuelve parte del mal, un mal pequeño y mezquino frente a la generosidad del verdadero mal que lo cubre todo con su manto, que tiene manto para envolver la tierra, para cubrirla entera, encerrarla suavemente, acunarla, llenarla de algodones, así, así es. Me fui de Madrid porque empezaron a darme miedo el frío, los domingos por la tarde sin dinero en el bolsillo ni para meterse en un cine, la nevera vacía. El ejército fue cercado y derrotado por hambre. «Empiezo a estar cansada de tener que ser yo la que saca la casa adelante, mientras te pasas el día de reunión en reunión», se quejaba Rita, y yo dejé a Rita que estaba embarazada de Josian (en la elección de ese nombre ya no tuve nada que ver). Ella resistió. Es bien sabido que el cuerpo de la mujer está mejor preparado para sufrir las privaciones. A Rita y a mí nos había nacido un hijo al que habíamos decidido llamar Pau, aunque habíamos tenido que inscribirlo en el registro como Pablo, porque Pau era un nombre que, por entonces, aún no formaba parte del santoral católico español, y luego llegó una hija a la que habíamos llamado Irene, que era otra forma de decir lo mismo, esta vez en griego. Pau nació a finales de junio del setenta y tres, bajo el signo de cáncer, como Marcel Proust y creo que también Julio César. Rita sabía de esas cosas. Iba a ser sensible, imaginativo, ligado a la madre y a la memoria, como Proust. Devorador de magdalenas. Irene, nacida en acuario, sería una seductora en apariencia frágil, pero capaz de dominar a los demás sin que ellos se dieran cuenta. No recuerdo ahora qué figuras históricas han sido acuario. Rita las citaba de memoria. Ni siquiera sé si seguirá dedicándole tiempo a eso de la astrología. Tampoco yo creo ni pienso como entonces, ni me dedico a casi nada de a lo que, por entonces, me dediqué. Tomar notas en cuadernos, escribir, intentando darle forma a todo aquello, dar forma a lo que no la tiene. Pau e Irene. La militancia, el deseo de otra cosa colonizaba hasta los nombres de los hijos. No fuimos los peores. Hubo quien les puso a sus hijos Vladimiro y Dolores. Otros les ponían Ernesto, Enrique, Rosa, Santiago o León. Por el Che, Líster, la Luxemburgo, Carrillo y Trotski. Pau metido en un capazo de mimbre en el asiento trasero del Simca. Irene, que estuvo a punto de caerse desde la terraza de un tercer piso: Rita la encontró gateando por la barandilla y sufrió un ataque de nervios. Yo, consolándola, pasándole la mano por la cabeza, acariciándole el cabello, besándola. Al rato, la niña metida en la cuna y los dos follando sobre la alfombra. El sexo como lugar de encuentro. Han pasado más de veinticinco años. Ni se me ocurre pensar en qué se equivocaba o acertó el signo del zodiaco de cada uno de los dos. Desconozco la cantidad de magdalenas que pudo comer Pau, o cuál sea la capacidad para dominar a los demás que tenga Irene. Ni si Josian, que ha resultado ser sagitario, se convertirá en intrigante

y cruel. Tampoco se me ocurre pensar que lo que yo haga o deje de hacer pueda ser de gran trascendencia para el futuro de la humanidad. Hace una eternidad que no tengo un Guernica y una paloma de Picasso colgados en casa. A Violeta Parra aún la escucho, aunque muy de vez en cuando, y me transmite parecida sensación de tristeza a la que me transmitía entonces. Hemos cambiado tanto, hemos cambiado tan poco. Miro a Amalia, sentada frente a mí. A Pedrito que le lee las rayas de la mano. Amalia. Nos cuenta que está mejor, que esta tarde ha visitado al psiquiatra a primera hora. La llamo alguna vez desde Denia, la oigo hablar, oigo su voz en el auricular del teléfono: «Otra vez estoy de baja, no, no me encuentro mejor, es como si hubiera una distancia entre las cosas y yo y no consiguiera romperla. Voy a un museo a una exposición y pienso, qué bonito es todo esto, pero lo pienso, no lo siento». Hablamos por teléfono. Y, al fondo, ópera, ópera, y, de vez en cuando, suena un timbre lejano por detrás de su voz, y es que se va al cine, o a cenar, o a un concierto, con sus amigas, separadas, solteras, ya hay incluso alguna viuda de su edad que las acompaña, pero nada le llega a Amalia: el mundo entero, un panteón; el auditorio, los minicines con películas subtituladas, iraníes, francesas, las galerías de arte, los museos, los restaurantes. Oigo su voz al teléfono, ohhhh oooooh, ahora es un concertante, varias voces que van y vienen al fondo, y al concertante se han unido los susurros de las recién llegadas. «¿Y tu hija?», le pregunto. «Sigue en Londres», me responde. «¿Y tú?», me pregunta, «qué bien, qué suerte tienes, lees, consigues tiempo y tranquilidad para leer, es estupendo, qué suerte tienes, no paras de leer, no sabes lo que es eso, yo no me concentro, y esa casa tan bonita desde la que se ve el mar», sí que lo veo, veo el mar, tengo mi casa (ella no la ha visto, es poco más que un cobertizo, la suya sí, es otra cosa, bonita, decorada por decorador aquellos años en que estuvo arriba), pero qué más da, como si a mí no me pasara lo mismo que a ella; que veo las cosas, el mar, las montañas cercanas, el valle cubierto de naranjos, pero allá, lejos; y que no ajusto lo de dentro con lo de fuera, y que apenas me queda dentro, porque, cuando estoy en casa, me paso más horas durmiendo que haciendo lo que sea: de vez en cuando se me cae el libro de las manos y salta desde la cama al suelo, y entonces me despierto y me digo, joder, me estoy durmiendo otra vez, coño, si es que no me entero de nada de lo que leo, pero sí, a ella, como está deprimida, la animo y le digo que también me he leído *El impacto de lo nuevo*, de Robert Hugues, que es cojonudo, le digo, que te hace sentirte bien, tu inteligencia navegando a gusto por lo que lees, y ella te dice, «qué suerte», y tú, «sí, sí, del arte contemporáneo trata, pero muy bien, no como ese de *True Collors*, que me ha parecido una cotilla neoyorquina, como fotógrafo de modas o algo así, lo peor», «¿pero por qué es lo peor el fotógrafo de modas y no el de viajes o el escritor de novelas?», salta como si la hubiera insultado. Bien, eso quiere decir que revive. Que aún le queda algo de sus antiguas fuerzas. Han pasado los buenos tiempos. Los tiempos en los que parecía que íbamos a vivir rodeados de arte, en vez de dinero: Narciso, Amalia, Ana, el propio Guzmán (Pedrito fue el primero que se volvió a Denia, decidido a hablar de dinero: «Dinero y arte no son

incompatibles, sino imprescindibles: el uno no puede prescindir del otro», dijo en una discusión con Amalia cuando ella le recriminó que se hubiera metido en una promotora inmobiliaria). En el grupo jamás se hablaba de dinero. Tabú. Los amigos de Amalia creían ser los propietarios del Teatro Real, del Teatro de la Zarzuela y de sus abonos, y eran simplemente los administradores de unos bienes que iban a usar otros, y hasta consiguieron ser en parte sus educadores. Los otros, mientras ganaban dinero, no habían tenido tiempo de ir a las exposiciones y a los museos, de fijarse en lo que comían y bebían (una burguesía con las raíces frescas, verdes todavía y a ras de suelo), de ir al teatro y a la ópera. Ni siquiera de viajar habían tenido demasiado tiempo, como no fuera a ferias de muestras y cosas por el estilo, un viaje precipitado, dos o tres días metidos en el recinto de la feria, con clientes y proveedores, y alguna escapada nocturna, whisky más o menos bueno, y una puta, pero no whisky de tal colina, de tal turba, de tal agua, JB y a correr, o Chivas doce años, si la casa de putas era muy buena. Y llegaron estos listos (Narciso, sus amigos, la propia Amalia, aunque ahora ya no lo quiera reconocer) y empezaron con sus hotelitos con encanto, y que si el otoño en Venecia y el Martini en el Harry's bar y un Vega Sicilia y un Pesquera, y Glenmorangie y Glenfiddish y Gengilish, y, entonces, los otros dijeron, si eso es lo que hay que hacer, si ahí es donde hay que estar, si eso es lo que hay que beber y comer, nosotros estaremos, comeremos, beberemos y haremos todo lo que hay que hacer los primeros, y mandaron a sus señoras precipitadamente a cursos de pintura, a sus criadas a recibir lecciones de cómo se pone la mesa, que ahora ya no las impartía una caduca aristócrata pasada por la sección femenina, sino que las daba una modernísima chica del pesoe que era hija de ricos de toda la vida, o hija de diplomáticos, o que estuvo negociando la vuelta del Guernica a España y ha viajado mucho, a Nueva York, a París, a Londres, y sabe cómo se pone el muletón y cómo se plancha el mantel ya desplegado sobre la mesa, para que no haga esas arrugas tan feas, y cómo se usa la cuchara salsera, y ahí hubo durante cierto tiempo —un tiempo breve pero que pareció interminable— una confusión del gusto y el dinero muy rara, una etapa de promiscuidad, de pacto social, que se acabó en cuanto las ricas habían aprendido los rudimentos, y las que eran incapaces de aprender los rudimentos habían aprendido a buscarse un asesor/a un consejero/a, habían aprendido hasta esa pijada de que es machista decir el hombre descubrió el fuego y que hay que decir la mujer y el hombre descubrieron el fuego, y que tampoco se puede decir vamos todos juntos sino todas/os juntas/juntos, y, luego, con lo del Internet, la solución: tod (arroba), ni para ti, ni para mí. Claro que, para entonces, ya era tarde, unos se habían colocado en los recovecos de la política y hablaban a todas horas de Europa, de competitividad etc, etc... o, cabeza de ratón, se han quedado en sus autonomías del sur, haciendo rayas sobre el mapa, diciendo aquí un polígono, aquí una avenida, aquí una repoblación, han convertido en su coto privado el terreno, público, el terreno privado ya es era y seguirá siendo de los que tienen los cotos privados: esos dos grupos han seguido manteniendo una ficción promiscua; otros habían colocado sus cuadros, sus

proyectos, sus cosas, y se relacionaban con todos esos ricos, o con los ayuntamientos y autonomías y lo demás, pero ya con una relación como (y guardando las distancias) de Miguel Ángel con los Médicis, y con Julio II, no por la calidad de sus trabajos, de su obra, sino por el carácter de la relación: de empicado a amo; hubo otros, más torpes, o menos duros, que se quedaron en el camino, porque para eso, sí, para eso hizo falta tener mucho fuste: flexibilidad de cintura para agacharse ante el poderoso y para rampar con las uñas fuera contra el de la misma clase o contra el que está más abajo, y dureza para dar el zarpazo necesario, a quien intentaba mear en tu círculo (arrebatarle al perro la cobija sobre la que duerme: dientes fuera, guau), así que flexibilidad, hizo falta flexibilidad de cintura, dulzura de lengua: encantador, sí, sí, un sitio encantador, y los puros mejor guardados de Madrid, con su cajita humificadora que se la ha hecho la casa Weels and Robins ex profeso para el restaurant, no, no, mejores vistas tiene sin duda La Bobadilla, mucho mejores, no hay comparación, aquellas dehesas onduladas, las encinas, y, al fondo, las colinas con sus alineamientos de olivos, colinas blancas reluciendo bajo la luna, una belleza, y el servicio, y los paseos a caballo, y, por supuesto, la becada, en Zalacain, en su punto de faisandage, la tosta con las tripas y los excrementos bien flambeados, Zalacain, un clásico. Claro que hubo quien no se adaptó. Ella. Ella no se adaptó. No tuvo inteligencia, o valor, o fuste, o lo que fuera, o, por qué no descartarlo, tuvo un arranque de dignidad. Mejor suponer eso. La dignidad marchita. Te deja solo en una maceta sin regar la dignidad. Al margen. Ellos van y vienen y hablan y saben y presentan sus proyectos y los cobran, y tienen sus agentes que les mueven los libros, los cuadros, las instalaciones, las series de televisión, y las relaciones; y salen en las listas de éstos y de aquellos otros, las cincuenta novelas del siglo, las veinticinco obras de arte de la transición, las tres plásticas del año, las cuarenta instalaciones del día de hoy, salen y los citan en la tele, en la radio, tienen paraguas que los cubren de cien en cien, si llueve y si hace sol, en todo tiempo los cubren. Y la dignidad, en la maceta apartada, ciega, muda, pero insomne, lluvia, nieve, viento y sol, por la mañana rocío, a mediodía calor, por la tarde los mosquitos, no quiero ser labrador. La maceta al sol, deshojándose, desfoliándose, marchita. Caen los pétalos de sus flores, se arrugan como culo de vieja los sépalos, y llueven tristemente las hojas marchitas sobre el suelo estéril: la dignidad. Amalia desfoliada, descarnada. Vagabunda entre los cuadros de su casa, aquellos cuadros que le regalaron pintores que estuvieron de moda cuando vivía con Narciso y que, luego, o se alejaron hacia arriba, en un boeing, con rumbo a Nueva York, o también pasean por decrepitos estudios, también escuchan ópera, o rock sinfónico, o lo que sea, y también piensan, como Amalia, que todo fue un engaño. A Amalia la visitan las amigas la tarde en que la llamo: primero se oían los gorgoritos de soprano y contralto (¿qué ópera sería?, no me he acordado de preguntárselo, coño, parecía bonito ese concertante), y luego los pasos de ellas en el parquet, las conversaciones, y Amalia, «disculpa, disculpa, ya te llamo yo mañana o pasado, que ahora han venido unas amigas y nos vamos a cenar por ahí». Seguramente ese día no

tenía psiquiatra, o sí, a lo mejor lo había tenido a las cuatro de la tarde, como hoy, ella excitada, retorciéndose las manos, ya me he dado cuenta de que últimamente se retuerce las manos, esta misma noche, mientras ceno con ella, se retuerce entre plato y plato las manos, no sé si por neurosis o por esos vicios que pillan en la enseñanza de limpiarse la tiza de los dedos continuamente, ella nerviosa perdida, contándole, contándole al psiquiatra, que ha tenido que despedirse de los comensales a toda prisa (Pedrito le ha dicho: «Amalia, a las cuatro de la tarde, el psiquiatra está haciendo la digestión, cariño, y apesta a cocido, o, en el mejor de los casos, se te duerme. Dile que te cambie la hora»), y ella, la angustiada y deprimida Amalia, habla, el mundo envuelto en un celofán, no lo toco, no alcanzo a tocarlo, no puedo, sólo quiero dormir, bueno, a ratos quiero morir y, en otros momentos, quiero llorar, habla, habla, se retuerce las manos ante él. Llenar el vacío de dentro con palabras, iluminar con palabras la oscuridad de dentro. Amalia, aceptar que los cuadros, los libros, las estatuas, los edificios no nacen como piezas, como elementos constructivos de ese paraíso que se instalará en la tierra; en el mejor de los casos, frutos de quienes vacilan y temen. Mirar la obra sin ver a quién sirve, no la obra, sino su proceso de construcción, mirar a picapedreros, albañiles, fontaneros, electricistas, pintores, construyendo, instalando, decorando, rehabilitando; e intuir que el trabajo es la única pausa que el mal le concede al hombre, las manos llenas de callos, los andamios, la paleta, los cubos y los tubos, los cables, las herramientas, la única pausa. Dios es el mal y su condena genética una forma de santidad: el castigo del pecado original, ganarás el pan con el sudor de tu frente, la única pausa, el único respiro que se toma el mal. ¿Te imaginas, Amalia, un día sin libros, sin música, sin que suene el compact ni te espere un tomito en la mesilla cuando te metes en la cama? Sería, sin duda, un día duro, un día como una campana de cristal, vacío, silencioso, un día perdido, pero qué duda cabe que, al fin y al cabo, soportable. Y, en cambio, ¿te imaginas un día sin que funcione la cisterna del váter, ni el grifo del lavabo, ni el de la cocina, ni la ducha? Día terrible. Sólo unas pocas horas más tarde te das cuenta de que la suciedad crece, y la casa se llena de olores repugnantes, de sustancias orgánicas que se niegan a abandonarte, se disuelven en el aire y lo enturbian, se adhieren a las paredes. En pocas horas, sientes que vuelves a la más oscura edad media, a la prehistoria. Digamos que el fontanero te aleja más de la prehistoria que Beethoven. Te invito a ti a pensar sobre eso. Me invito yo mismo a escribir sobre eso. Las chicas de la oficina de mi hermano me preguntan por mi biblioteca («tienes que tener una biblioteca enorme»), me preguntan, no sé si porque quieren que las invite a verla, a ver el sofá a la sombra de la pared de libros, la cama bajo el estante lleno de libros; y es verdad que tengo bastantes ejemplares, la mayoría de ellos metidos en cajas, almacenados en el garaje, porque el bungalow es pequeño y apenas cabe el mobiliario indispensable, pero qué más da mi biblioteca, vale el libro que tengo en las manos mientras lo leo, vale el libro que estoy escribiendo y sólo cuando lo estoy escribiendo. Desde la ventana, veo las excavadoras con sus dientes levantando las arenas del Mediterráneo,

los naranjos, los cultivos de huerta, las cebollas, los ajos, las lechugas, las alcachofas, los solares, los edificios a medio construir, las grúas, transformando cientos de kilómetros de verdor en paisajes de hormigón. Miro la televisión y veo gente que se arrodilla ante un icono y pide que la cure, que le devuelva su casa destrozada, la que se lleva el fuego, el agua, el seísmo, gente que organiza desfiles y cabalgatas, que planta fallas, salta hogueras o se moja los pies en el agua del mar la noche de San Juan y pide que la luna le conceda un deseo; un millón de personas baila sambas en el sambódromo este deslumbrante martes de carnaval; otro millón dobla sus rodillas y canta la salve en la plaza de Guadalajara porque el Papa ha ido a visitarlos y les promete consuelo. Gente que acude a iglesias y reza; gente que lee el periódico buscando los signos de que se acerca el apocalipsis, que viste la camiseta del Che; que se envuelve en túnicas de color azafrán; que pinta cuadros, que lee poemas, que escribe novelas, que bebe, esnifa o se mete entre las piernas de una puta; gen le que guarda sus normas, su bar, su grupo de amigos, su cuadrilla de trabajo, y ahí se mantiene su esperanza y ésa es su dignidad, una vez más, la dignidad en relación con el divino castigo bíblico del trabajo. Las normas derruidas, la ortografía que, con tanto esfuerzo, aprendió el niño y que hoy aplica rigurosamente el ordenador, la sintaxis que ha resultado ser poco menos que inútil, la precisión de las palabras que ya no se ajusta a lo que dijeron cuando el niño, con tanto esfuerzo, las aprendió; los cursos de latín, los cursos de griego, los nombres de los dioses griegos y de los emperadores romanos, los nombres de los reyes visigodos, los tropos, los estilos artísticos, los nombres de los elementos arquitectónicos, todo cuanto aprendió el niño que fui, una vieja retórica inútil, muerta, montones de ruinas, trozos de palabras, trozos de muros, trozos. Qué traje hay que ponerle a la belleza, o, si desnuda, qué proporción ha de tener, qué forma de nariz, de ojos, cómo los muslos: rapiña. El que ha almacenado demasiado vino de una cosecha ha de intentar convencer al comprador de que ésa es la mejor cosecha. Eso siempre fue así. El escritor que se estremece ante sus adjetivos, como la puta se estremece cuando el miembro del cliente se acomoda dentro de ella, escribir eso, pero para qué. Dibujar a lápiz las figuras del futuro retablo, tomar medidas a la madera, labrarla con la gubia, pintar de rojo la túnica de Dios padre, de blanco las ovejitas, de azul el cielo, de pan de oro las estrellas. Mi hermano Joaquín, oficial solador, renueva el pacto del hombre consigo mismo: trabaja, gana el pan con el sudor de su frente y no con los escalofríos de su alma, de su ambición. Se redime del pecado original. Pienso en Joaquín, en sus compañeros: «tú quieres un muro, yo te lo hago, quieres levantar una pared, yo la levantaré, quieres que te haga las rozas para que pasen los cables de la luz, te las voy a abrir. Cobro esto por esto y esto por lo otro, los materiales aparte; cobro a mil quinientas la hora del maestro y a novecientas la del peón ayudante, y, con lo que me pagas, como y doy de comer a mis hijos, bebo con mis amigos. El carpintero ha terminado el retablo y dice: el Dios que te he hecho es un Dios como tiene que ser, y la Virgen parece que esté viva de tan bien como la he labrado para ti, y los colores

refulgen, y ésa es mi obra, el trabajo del que como, bebo y folio, y mis clientes me piden exactamente eso, y eso les doy a mis clientes, porque ni me gusta hacer las cosas mal, ni me gusta la estafa, cobro lo que, según el mercado, vale mi trabajo». Así me hablaba Joaquín hace un par de meses, cuando estuvo trabajando en la parroquia de un pueblo al lado de Denia: «A veces entro en la iglesia, sólo por ver mi trabajo. El suelo de mármol que pusimos. Por cierto, que hubo que excavar casi dos metros antes de poner el suelo, porque aparecieron, durante la obra, algunos esqueletos, porque el cementerio estaba antes dentro de la misma iglesia, y también aparecieron lápidas y trozos de estatuas aún más antiguas que el propio cementerio, y que me parecieron hermosas, bien hechas, sentí emoción cuando los arqueólogos dijeron que tenían más de dos mil años, pensé que las había hecho gente como yo, que tendría la piel de las manos dura y rugosa». Escribir sobre eso, sobre mi hermano Joaquín, sobre su cuerpo, sobre su vida interior, escribir para otra clase: no escribir acerca del mal, no nombrarlo, porque lo que no se nombra no tiene historia, no ha existido, escribir como si el mal no hubiera existido nunca para borrar su memoria. Nombrar las diferencias: vivir la vida como una serie de placeres, vivir la vida como una serie de logros, vivir la vida como una serie de obligaciones. Escribir incluso sobre mi hermano Andreu, un mal primario, original, Andreu, que le ha montado una casa impresionante a la mujer, con su cocina de vitrocerámica, porcelanosa en el baño, una casa que parece hecha para otra mujer, porque no es una casa pretenciosa, no es una casa con molduras pesadas, con escayolas por todas partes y figuritas de Lladró, no: es una casa de esas de *Casa Jardín*, de *Vogue*, toda en tonos crema, pura levedad y con césped alrededor y la piscina, suave, apenas marcando su presencia. Y, sin embargo, él no la pisa. Digamos que cumple su obligación teniendo a la mujer y a las dos niñas como reinas. «Yo no soy tonto. Sé dónde está lo mejor», dice, «y tengo dinero para conseguirlo». Del hijo, en cuanto se dio cuenta de que tenía aptitudes para la pintura, dijo: «No es como yo. Además, ni siquiera quiero que sea como yo. Él está hecho para otra cosa». Y lo envió a estudiar fuera, y le pagó las becas fuera, para que estudiara en Roma, en Londres. No es fácil que tenga un duro. Ha ganado mucho dinero, pero ha ido montándole un pequeño imperio a la familia. Se podría decir que él es el que menos gasta de todos. Que gasta mucho, sí, pero en los demás. En la mujer, en sus hijos, en sus putas. Ahora parece que se ha vuelto más sedentario, pero hubo una temporada en que no iba a casa a dormir casi ninguna noche. Qué hacía. Dónde dormía. Era como un emigrante pobre en su coche de lujo, siempre con la maleta a punto. Los domingos sí que le gusta pasarlos con la familia. La comida familiar, a la que hemos estado siempre invitados la madre, que acudió mientras vivió; los hermanos, que no acudimos casi nunca; y sus suegros, cuñados y cuñadas, que no faltan jamás. Esos días Andreu ayuda a preparar las paellas, los arroces a banda, los gazpachos de monte, para los que siempre consigue que un amigo cazador le proporcione liebres, perdices. Don Corleone. Tan contradictorio ver esa casa elegante, sacada pieza a pieza de una revista de decoración, y ocupada por gente

ruidosa, descamisada, con pantalones cortos y camisas abiertas hasta el ombligo, o sin camisa, gente sudorosa, y ese día aprovecha para recoger la ropa limpia para toda la semana, y cuando eran pequeñas, se sentaba a las niñas en las rodillas y les ofrecía las chucherías que les compraba en sus viajes. El resto de la semana, desaparece Andreu. Todos sabemos que ha tenido que ir a Barcelona, para hablar con unos socios, a Madrid, en donde al parecer tienen oportunidad de quedarse con la construcción de un chalet en Las Rozas, pero nadie sabe qué día va a estar en un sitio o en otro, ni en qué hotel se hospedará. El teléfono móvil como único lazo. La verdad es que ni siquiera tiene aspecto de constructor. Va demasiado bien vestido, no caro, que también, sino bien vestido. Él siempre dice que le ha enseñado a vestirse su amigo Martens, un escultor a quien no conocemos nadie, y del que habla con frecuencia, como si se vieran de vez en cuando en algún lugar. Dice que Martens es un tipo sencillo. «Os gustaría conocerlo», nos dice a Joaquín y a mí. «Sabe cómo deben hacerse las cosas, sabe lo que hay que decir, cómo hay que vestirse, dónde hay que comer, pero él no usa esas cosas. Dice que para esculpir la verdad hay que saber mantener una forma de vida, y que si pierdes esa forma de vida, pierdes el don de la escultura. No sé. Yo lo que creo es que a él le gusta vivir como vive, y se lo puede permitir. También lo dice. “Tú, Andreu, eres rico y yo no. Pero yo puedo vestir y hablar como quiero y tú no”». Mallorca, Barcelona, Málaga, Madrid, Marsella. Él no puede vivir como quiere. O seguramente lo que le pasa es que le gusta vivir así, con esa mezcla de monacal esclavitud y de atractiva libertad que concede la vida fuera de casa, la vida de hotel, de una ciudad a otra, con la inseparable sensación de anonimato que proporciona aunque a veces resulte desagradable, no saber con quién hablar si no es poniendo una Visa encima de la barra, o, cuando se consigue hablar en otras circunstancias que no son exactamente las de la Visa, y uno busca desahogarse, tener dificultades para contar quién es y por qué está ahí, y que el otro, el que se ha puesto a hablar contigo no crea que vas de farol. Siempre le ha gustado a Andreu relacionarse con gente del mundo del arte, de la cultura (si Demetrio no fuese tan esquivo seguro que se harían buenos amigos; además yo creo que es su tipo físico, fuerte, más parecido a Joaquín que yo), a pesar de que su hijo pintor lo mira con ironía cada vez que él pretende ponerse intelectual. Su hijo quizás siente por él un punto de desprecio. O quizás es sólo pudor y, en el fondo, lo que guarda es admiración por él, no en vano sabe de dónde procede su padre y la trayectoria. Trabajar un personaje así y escribir una novela con él. Lo he pensado. Trabajarlo a fondo. Escribir su historia como parte de mi propia vida: una novela. Pulirlo. Estilizarlo. Llenarlo de matices. Envié a Carmen Martín Gaité, a la que había conocido en una conferencia, una copia de la primera novela que escribí, la que Elisa no llegó a tiempo de leer, y Carmen Martín Gaité dijo que estaba bien escrita, pero que no sabía hacer personajes, que me fallaban los diálogos. Que no eran creíbles. Y, sin embargo, yo pensaba que, en aquella novela, había hecho hablar a algunos personajes. No estoy convencido de que no sepa, aunque sí estoy seguro de que es

muy difícil. Hacer hablar a Andreu y que sus palabras me sirvan para entenderlo y que el libro sea ese entendimiento. No tengo que olvidarme de que Andreu se ha hecho con esfuerzo, no sólo con el gran esfuerzo, como de levantar una piedra gigantesca, que supone pasar de ser un albañil, un peón de albañil de quince años, a un rico constructor de sesenta, sino de esfuerzos de otro tipo, más íntimos: pequeños retos y privaciones. A principios de los ochenta su mujer aún se podía permitir el lujo de burlarse de él porque tenía pánico a volar. Arqueología de un campesino recién salido de la pobreza. Recuerdo una ocasión en que ella quería ir de vacaciones a Canarias, y él le dijo, «todo lo que no sea tierra firme, olvídalo, o al menos, olvídame de mí. Ni barco ni avión». La llevó en tren a París, donde acababan de inaugurar el parque Disney, las llevó a ella y a las niñas. Parecen bobadas, pero esos esfuerzos a veces son importantes. Pasar del tren al avión. La primera vez que subió en un avión fue un par de años después. Me contó que había cerrado los ojos cuando el aparato empezó a recorrer la pista y que se hizo el dormido durante todo el trayecto Alicante-París. Sólo volvió a abrirlos cuando notó que las ruedas rozaban otra vez el asfalto. En cambio, al regreso, pidió un asiento de bussines, ventanilla y una copa de champán. A esos esfuerzos me refiero, a los pequeños triunfos de la voluntad. «He vuelto mirando el paisaje. No puedes imaginarte lo que es París visto desde el aire». «Si fuera suficientemente rico, tendría mi avioneta privada», decía. Hasta ahora no ha llegado a ser tan rico como para tener una avioneta, aunque sí para otras muchas cosas. «Nadie sabe lo que la construcción ha hecho por los ricos de este país», dice, pero él sabe que, en su última etapa, el esfuerzo de la construcción se ha quedado en segundo plano, porque su dinero lo ha hecho, sobre todo, asociándose y disociándose, casándose con otros socios y separándose a tiempo. Comiéndoselos o dejándose comer por ellos, más que poniendo ladrillos. De su mujer jamás ha pensado en separarse. Sobre su mujer ha puesto ese tipo de sentimientos que la gente suele poner en las madres o en las hermanas, sentimientos eternos como de película de sicilianos. Al fin y al cabo, hay quien dice que Valencia y Sicilia se parecen mucho. No lo sé, nunca he estado en Sicilia. Aunque parece claro que uno puede hacer lo que sea, pero se tiene una madre, se viene de ella, y eso no puede evitarse. Él ha ido y vuelto, va y viene, y a veces parece que no va a volver más, tiene la seguridad de que el hijo pródigo nunca encuentra cerrada la puerta de casa. Tener una mujer como se tiene una madre, como una hermana. No sé cuál será su relación en la cama. Andreu llega a casa con regalos para su mujer. «Ese sé que te gustará. En cuanto lo vi, supe que te iba a volver loca», le dice de un anillo. Y ella se lo pone enseguida, lo mira, mira el efecto en torno a su dedo, y dice, excitada: «no, no, espera», y se lo quita y corre al cuarto de baño y se tira media hora metida allí dentro y luego en la habitación, y cuando sale, sale vestida y maquillada como para una fiesta y entonces dice: «ahora ya sí, ahora sí que me lo puedo poner», y le dice a él, «pónmelo tú», y él, que ha estado esperando en el salón, viendo la tele u ojeando una revista, o hablando con alguien desde el móvil, se lo pone, la mira, le dice, «sabía que te iba a gustar», y esa

noche la invita a cenar fuera de casa, para que lo estrene. Seguramente ella sabe que no es guapa (no lo es), sabe también que él no la llevará a uno de esos restaurantes a los que acude con los socios, porque ella no se siente a gusto en ese ambiente. La llevará a un asador, a una pizzería, a algún sitio en el que haya suficientes clientes como para que los camareros no estén pendientes de la mesa, de cómo ella parte el pan, se bebe el vino y todo eso. Hay algo así como un reparto de tareas natural en el matrimonio, que a nadie se le ocurriría poner en cuestión, y menos aún romper. Ni siquiera puede decirse a quién le ha tocado la parte más fácil, porque di gamos que, cuando se casaron, los dos eran igual de torpes y a él le ha tocado aprender unas cosas y a ella aprender a soportar otras. Sus infidelidades, sus ausencias. Extraña esa mezcla de mundos. Pero ¿es ésta la novela que yo quiero escribir? A gentes como Elisa, como Ana o como Narciso a lo mejor lo que no les perdoné fue que me dieran como caballo perdedor antes de que concluyese la primera vuelta de la carrera. Elisa me animaba a escribir como se anima a un minusválido a practicar determinados ejercicios, para darle una razón para existir, a sabiendas de que, en cualquier caso, esa existencia dará poco de sí. Es verdad que acertaron, pero se dieron demasiada prisa. Debían haber esperado al final de la carrera para hacerme la foto, ese instante en el que entro en la meta sudoroso, en último lugar, o en el que tiro la toalla y sollozo, y me golpeo los ojos con los puños, y gimo: ME RINDO. Ahora ya lo soporto todo, porque no soy un perdedor, sino que me he perdido y estoy en otro sitio, un sitio en el que no se corre, o en el que no se corre la carrera que corro yo. La novela de Andreu, la de Joaquín, la de Demetrio. Tres novelas que podrían acabar siendo una sola. Intuyo en mis hermanos, en Andreu y en Joaquín, un destino y una fuerza. Yo creo que eso —que ya está en su físico— es lo que me atrae. Demetrio tiene esa casi infinita capacidad de resistencia de los mártires de la tradición cristiana, es una virtud que admiro, pero de la que huyo. Demasiado cerca del espíritu, de esa evanescencia que también a mí me envuelve, que se apropia de mí en cuanto me descuido. En cambio, de mis hermanos me fascina su fuerza y la tentación de encauzarla, que se convierte en mí en un cierto placer por vivir una vida vicaria. A la sombra de la fuerza del otro. Eso es una barbaridad, ya lo sé, pero también es la frustración de una vida vivida a medias, seguramente me pone sobre el tapete la evidencia de que todo ha sido desconcierto en torno a mí. Qué se le va a hacer. Hay sin duda una especie de voluntad de castigo, como de ofrenda en sacrificio: soy un enfermo de algo que no me atrae sino que me aprisiona. Ciertas similitudes con el trato que uno puede tener con una prostituta, una mujer que uno mantiene, compra, a pesar de que sabe que lo engaña, o que ni siquiera lo engaña porque su profesión es ser de todos y no ser de nadie. Aceptar que no me queda mucho tiempo, que no es hora de empezar algo improbable, pero ¿por qué poner objetivos? Vender pisos. Dicen que de cara a la entrada de España en la moneda única tendrá que aflorar el dinero negro y que el negocio inmobiliario será el más favorecido por ese movimiento de capital en busca de refugio. Quizás se rompa la racha y esta temporada sea excelente. El momento de

cambiar de casa, cambiar el adosado por una casa amplia, para mí solo, los libros ordenados en los estantes y no mal metidos en cajas como los tengo ahora. Dedicar más horas al mercado y menos al alma durante algún tiempo para luego poder invertir la proporción. A lo mejor, la próxima primavera trae un cambio de ciclo. Entre tanto, leer para decir que he leído, para no perder comba en la conversación con los viejos amigos, con los buitres de la agencia inmobiliaria que siguen diciendo, no sé con qué grado de sarcasmo, que soy escritor. Andreu, no. Andreu sé que está orgulloso de mí. Lo dice con admiración. Me presenta así a los clientes alemanes, ingleses, franceses, madrileños: Mi hermano, que es escritor, mon frère, l'écrivain; my brother, the writer, leer para decir he leído esto o aquello cuando, a la salida de la oficina, nos metemos en el bar y nos tomamos un glenloquesea, o un gin tonic, «¿y cómo es que no tienes Bombay Saphir? No, si no tienes Bombay casi me pones un Larios, y a volar. Es la única ginebra que no sabe a colonia». La copa con las chicas de la inmobiliaria, ahora las únicas que leen son las mujeres: ellos no leen. Hablo con Demetrio cuando viene a Denia, incluso con Pedrito he hablado últimamente de libros (a Pedrito le gusta hacer como que lee a Saramago y a Muñoz Molina, porque eso lo hace pasar sobre lagos de mierda sin hundirse. El milagro del lago de Tiberiades, ¿o ése era el de la pesca milagrosa?, ¿o era el mismo?). Leer para, en la cena de los ex militantes, haber podido hablar durante tres o cuatro horas y caminar también yo durante esas horas sobre el lago de la desolación. La charla: Pedrito: «¿has visto lo de Putin?». Y Demetrio: «ahora parece que a Solana se le mueren de cáncer los soldados que enviaron a la antigua Yugoslavia, cosas de la radiactividad, algo tenían esas bombas, plutonio, uranio, estonio, lituano, letonio». Cita a Proust. Cosas así no le gustan a Guzmán, que prefiere sacar a colación que le han dado el Cervantes a Umbral en vez de a Bousoño. «Mal hecho», digo yo, «tenían que haberle dado a Cervantes el Umbral». Tampoco la broma le cae bien a Guzmán, que abre los ojos más de la cuenta y, con su vozarrón, grita: «acojonante, acojonante. Es el pepé. El triunfo de la derecha más rancia. El director de *El Mundo* sigue diciéndole a Aznar en el periódico lo que tiene que hacer, terrible, este país está perdiendo las libertades que tanto nos costó ganar». Yo le diría algo pero me callo, no digo nada, porque, si no, ya empieza el lío. No digo que los socialistas no hicieron ley de extranjería, sino de policía, no digo lo de la patada en la puerta del ministro Corcuera, ni los chistes de cuando gobernaban los amigos de Guzmán: un emigrante sin papeles es como un delincuente que se te mete en el comedor de casa (porque España es nuestra casa) mientras tú te limpias los restos del suflé, porque España es nuestra casa, ¿entienden la comparación? Los chistes graciosos, corcuerescos, la gracia del chispa de Bilbao, es como si se te mete un negro en el cuarto cuando se la estás clavando a tu mujer y quiere que se la dejes un rato; o, ja ja ja, mejor aún, como si mientras tú se la clavas a tu mujer por delante, llega un negrazo y te la endilga a ti. Me gustaría darle a Guzmán una sesión de variaciones Corcuera, pero no, para qué, Demetrio me mira, quizás espera que saque a relucir lo de la guerra sucia, la corrupción, pero para qué, Amalia,

desengañada, para qué, para qué hacerla sufrir esta noche. Guzmán habla de cómo han pasado los tiempos de la conquista de las libertades. Fin de ciclo. «El péndulo se mueve en la dirección opuesta», explica. Les dedica —y cómo no— el parlamento a sus hijos: «Ahora vivimos en gris», exclama (seguramente se lo habrá oído a un locutor de la Ser). Lo dice Guzmán, lo dicen con pesar los columnistas progresistas: «España, con Aznar, es gris», y a mí me gustaría preguntarles de qué color fue antes de Aznar, de qué color será después. Guzmán se acalora, antes de que llegue la hora del bacalao (skrei, lo llaman en la carta). Amalia dice: «sí que está crujiente de verdad y perfecto de punto dentro, una delicia», y Demetrio: «el tomate confitado, riquísimo, lleva una hierba, una especia, algo que ahora no me sale qué es: no es hinojo, ni eneldo, ni comino». A Guzmán le interesa menos el tomate, a Demetrio más, es más vividor, más «rabelesiano», como él mismo se define, para explicar por qué es tan puta. Es rabelesiano y come con excelente apetito, casi con voracidad, a pesar de que, con los años, no ha engordado nada, ni mucho menos, sigue estando igual que en su adolescencia. El sida no le quita el hambre, ni las ganas de follar. El eterno gordo es Guzmán. Ahora aún más gordo. A ése le da igual tener pelas, vivir rodeado de modernos, señora e hijos incluidos: nada de fitness, nada de hidromasajes, ni de esquás, ni de ninguna de todas esas mamonadas. Es de la vieja escuela rural, de los que siguen creyendo que la hombría, la verdadera hombría de un hombre, reside en su peso, en su volumen. Cuando mi hijo Pau era pequeño se asustaba al verlo: gordo, con barbas, sudoroso, abriendo la boca mucho para hablar (entonces, en la prehistoria de todo, la abría aún mucho más). La primera vez que Guzmán vino al piso que compartíamos Rita y yo con Demetrio, Pau salió corriendo y dando voces por el pasillo y se metió en la cocina y se echó en brazos de su madre. «Mamá, mamá», gritaba, «está el ogro con papá», y es que Guzmán era clavado al ogro, idéntico, el hermano gemelo del ogro, y no te digo ya cuando se echaba la presa de carne a la boca, o cuando se pasaba la palma abierta de la mano por la cara, mesándose la barba en la que se le había quedado adherida alguna miga de pan, algún huesecillo minúsculo. A Pau, aquellas migas, los huesecillos se le figuraban fragmentos, restos de niños prendidos de las selváticas lianas del rostro del ogro; y cuando Guzmán movía el pulgar y el corazón aplastando la miguita que se acababa de arrancar de la barba, y hacía una pelotilla con ella, Pau pensaba que era una cabecita de niño que el ogro aplastaba, así que se apretaba más contra su madre, sin dejar de mirar de reojo la boca que le parecía terrible, y sin dejar comer tranquila a Rita, que le decía, «hijo, acuéstate», y el niño, «no, que puede entrar el ogro en el cuarto», «pues come, hijo», «¿me puede comer él a mí?», preguntaba. Yo sé que, luego, en privado, le decía a Narciso (a Demetrio no se atrevía, por razones obvias), «¿Tú no crees que el hijo de éstos es un poco así, raro?». Y Narciso: «No, Guzmán, es pequeño, eso es todo». «Ya, ya», insistía él, «pero yo he visto niños pequeños de otra clase. Los míos, sin ir más lejos. A éste no le dejaría yo jugar con los míos, fíjate. No sé cómo lo veo; o, lo que es peor, lo veo con demasiada claridad». «Es que los

gemelos tuyos son muy brutos» (ahora, bien domesticados en Londres y en Nueva York, son sensibles, gorditos delicados). «Deja que pasen unos años, y verás». «Pero no seas bestia, Guzmán», le decía Narciso. Y, en efecto, han pasado los años. Para algunos, incluso han pasado todos los años. Fin. Telón. Mientras discuten de la hierba que lleva el tomate confitado, Guzmán vuelve a decirme: «¿vivir así, con la derecha controlándolo todo de nuevo, recuperando el terreno?, ¿te gusta lo que haces, meterte en casa a las ocho de la tarde y coger el mando y empezar a cambiar la cadena de la televisión?». Y a mí me pone de los nervios, porque no me atrevo a decirle que, si tuviera todo el montón de pasta que tiene él, yo tampoco me quedaría en casa viendo monigotes, me cogería el coche y me iría a ver muñecas de carne y hueso como hace él, ¿no te jode? Porque eso es lo que hace o no hace él cuando le da la gana. «Hemos tenido una gran oportunidad. Decíamos que queríamos cambiar el mundo y, cuando nos han dado esa oportunidad los votos de los ciudadanos, os habéis puesto a criticarlo todo, a hablar de las grandes y sangrientas revoluciones. Habéis jugado al todo o nada, y ahí está, ya lo habéis conseguido. Ya está otra vez la derecha de siempre», remacha. Para los demás, para los que con la excusa de cambiar el mundo no nos hemos llenado los bolsillos, aunque conseguimos un barniz de cultura en el trayecto, que nos ha puesto por encima de lo que fuimos sin dejar de estar abajo, la vida es, y que no nos lo quite nadie, ver esta noche una película en el canal digital, y mañana otra, y pasado; y el jueves, una ópera y el sábado otra película, y eso sí, yo me las veo tumbado en el sofá, con el vaso en la mano, como un minero galés, si es que quedan mineros en Gales; como un ferroviario francés. Eso es la vida, mi gran vida. Qué remedio. Y las zapatillas. Y el kimono de seda que me regaló Demetrio hace un par de años, cuando me dio aquel susto que no sabían si era un infarto y al final parece que era algo del oído, y me tuvieron diez días haciéndome pruebas en una cama del hospital, y él fue el único que vino a verme (aparte de mis hermanos y cuñadas) y me trajo chocolatinas, un par de pijamas, una clandestina petaca con whisky, ropa interior y el kimono; la vida: el agua caliente de la bañera y el agua y la tónica frías de la nevera, y la vodka en el congelador, y que me llame Demetrio para contarme cosas de Amalia, o para decirme que si he leído en el periódico lo de Narciso, jeje, parece que lo van a hacer portavoz de la oposición, o no, no es Demetrio, sino Federico, mi amigo, el médico que los trata a él y a Jorge, que me telefona a Denia para decirme que le llame la atención para que se cuide, porque sigue poniéndose morado de copas y han vuelto a derrumbársele las defensas, y quiere que hable yo con él porque lo ve deprimido, la vida, Demetrio que se recupera, o que no quiere enterarse de que está mal porque ya tiene bastante con ver agonizar a Jorge y ha decidido que hay que meterse en el nicho sin prisas, de uno en uno, sin atascos, y a lo mejor se ha tomado tres copas, o se ha echado dos rayas, y te cuenta, ja, ja, ja, tres chistes que se saca de la radio, de la tele, o de alguna película de los años cuarenta o cincuenta («le dice la mujer, “sorpréndeme, llévame a algún sitio en el que no haya estado nunca”, y el marido, “te llevaré a la cocina, mi amor, que es el

único sitio de la ciudad que no pisas desde hace meses”»), siempre ha sido así. Recuerdo los tiempos en que acababa de venirme, yo de nuevo aquí en Denia, él en Madrid. Me llamaba, me contaba tres chistes y, a continuación, una vez que me había reído, me bajaba al suelo, porque me contaba: «a Elisa vuelven a operarla hoy». «Nada, parece que no hay remedio», me decía, y yo, «joder, no me cuentes eso, coño», y él, «es un bulto malo, malísimo», y también, «dos operaciones le han hecho en una semana y ahora otra, y a esperar, a esperar a ver cómo va la cosa, la quimio y todo eso, pero tiene muy mala pinta». Yo me tomo un traguito del whisky que tengo encima de la mesa del teléfono, el vaso de whisky que me he traído cuando ha sonado el teléfono, «joder, joder», me digo después de colgar, y a partir de ese momento ya no me acaba de interesar el final de la película que estaba viendo, mira por dónde esa que era la mejor que habías visto desde hace meses, bueno, pues nada, ya no acaba de interesarte. Te pones nervioso, te miras el lunarcito de la espalda, girando para poder vértelo, como un bailarín giras, con una forzada torsión, el kimono ha caído en el suelo del baño, el pantalón de pijama lo llevas a medio culo, y ves la manchita, porque no es un lunar, es una de esas manchitas que a veces dicen por la tele que hay que vigilar, tener cuidado con ellas, una manchita negra, cambiante y dura. Te salió hace unos cuantos meses, primero una costrita, como una herida que se había secado; y luego la costra se enquistó y, aunque te rascabas, no salía, y ahora es un lunar que no es lunar, alargadito, como una ameba de libro de ciencias naturales, de los que se estudiaban en tu época. El primer grabado que aparecía en el libro de ciencias era precisamente ése, el que representaba la ameba y el paramecio. ¿Aún estudiarán los niños de ahora la ameba y el paramecio? Piensas, que estudien lo que quieran, al fin y al cabo tú ya no vas a estar cuando tengan que aplicar a la vida lo que han aprendido. ¿Y tus hijos?, piensas. ¿Llegaron a estudiar ellos lo de las amebas y los paramecios? A lo mejor esas especies hace muchos años que han sido ya superadas, se han quedado obsoletas, olvidadas de todos, extinguidas, retiradas del catálogo de especies animales. Irene, que está haciendo medicina, tiene que haberlas estudiado, por fuerza. Pero son palabras que ya no se usan en la vida corriente. De hecho, hacía siglos que no te acordabas de la palabra paramecio. Ameba sí, ameba es una palabra que oíste no hace tanto tiempo, alguien de la promotora que fue a Marruecos y pilló una infección por amebas, una amebitis, pero el paramecio, ¿será una especie en extinción?, ¿se llamará ahora de otra manera? De eso hace diez años, once años. Once años vigilándose los lunares, apoyado en las almenas de la muralla a la espera de que aparezcan en el horizonte los bárbaros. Murió Elisa, y tú, por la noche, once años después, aún te miras el lunar, que, en los últimos días, parece que vuelve a cobrar vida, a hincharse, a extenderse. Piensas que, si aún estuviera y no fuera tan tarde, podrías llamar a Pau, qué prisa, Pau, por marcharte. Es demasiado tarde para llamar a Pau y demasiado pronto para llamar a Josian, que apenas te das cuenta de que es hijo tuyo, hijo de Rita, sí, ¿pero tuyo?, ni siquiera te consultó el nombre que quería ponerle, y apenas lo ves, y cuando os veis, os tratáis como extraños, nada que

contaros, nada que compartir. Piensas, aún me queda Irene, puedo llamar a Irene y preguntarle si estudió el paramécio, ella, que está a punto de acabar medicina, tiene por fuerza que haberlo estudiado, pero también es tarde para llamar a Irene, casi las dos de la madrugada, y aunque fuera más temprano, diría, mi padre está loco, como una chota está mi padre, así que piensas que se lo dirás el día que la veas, o piensas que no se lo dirás, que querrías decírselo a Pau, que te llamara por teléfono, o llamarle tú para otra cosa, y preguntárselo como por casualidad. Te entran ganas de llorar, y vuelves a la manchita. Vuelvo a la mancha, le echo una nueva mirada poniéndome en escorzo ante el espejo, como un inmóvil bailarín de flamenco, bajo los focos antes de que empiece el ballet y todo se ponga en movimiento, los focos, el foco del espejo del cuarto de baño y mi cuerpo detenido, ésta es mi gran vida, piensas esa noche, y, acojonado, te acuestas y duermes mal, y oyes cualquier ruido de la casa, juntas que se dilatan, ventanas que crujen, cosas eléctricas que se ponen en marcha o se detienen, muebles que se vencen ligeramente, el viento que gime fuera. Tienes la impresión de que la muerte empieza a ocupar la casa. El cristal de las ventanas golpea, por culpa del viento, contra el aluminio de los marcos. Piensas: «tendré que llamar al cristalero». Y, a continuación: «¿Para qué vas a llamarlo, si ya tienes la mancha, el melanoma fatídico, si ya son las dos de la mañana y no hay esperanza?». En la habitación del hotel, ni siquiera hay ruidos, sólo el rumor continuo del aparato de aire acondicionado. Silencio. Miras el reloj. Es tardísimo. Piensas en Pau (a los niños les gusta oír mientras duermen), piensas en Elisa, en Jorge, que agoniza a unos pocos cientos de metros de distancia, un grano de arena en el infinito. Piensas en Demetrio, vigilándose las defensas; piensas en ti mismo. Sí, pienso sobre todo en mí mismo, en los demás para darme pena a mí mismo; y me digo que tengo que decirle a Rita que me deje llevarme a Josian a Denia las próximas vacaciones de Navidad y tengo que llamar a Irene, invitarla a que venga, que se esté conmigo en Denia, pasar por el comedor y verla con la cabeza inclinada sobre un libro, el pelo cubriéndole la cara; comprar cosas en Amica, en Consum, en Mercadona, ir a la tienda a comprar vino, bajar a la lonja del pescado y coger una buena lubina, un rodaballo, comprar gambas frescas, lo que sea, pasar una buena Navidad: pero no consigo dormir. Cierro los ojos y veo cómo Amalia se lleva el tenedor a la boca y, por un instante, recuerdo el día que comí con ella en una brasería de Bruselas, muy cerca de ese pasaje que llaman Gallerie de la Reine, un pedazo de raya a la mantequilla negra, unas ostras, lo recuerdo bien. Se llama la brasería Aux armes de Bruxelles, y es un sitio muy animado, siempre lleno, un sitio de esos que frecuentan políticos y artistas, un local que parece que ha seguido intacto desde principios de siglo, y en el que las mesas están separadas unas de otras por unos compartimentos de madera que hacen pensar en los de los viejos trenes, con una redecilla en lo alto para colocar los abrigos, los attachés. Ella estaba destinada allí por seis meses, un cargo político del que dimitió cuando supo que se lo había conseguido Narciso. Pero eso ocurrió más tarde. Cuando yo la visité, atravesaba su momento de furor socialdemócrata, de fe ciega en la

política oficial, y reaccionó como una gata furiosa cuando le hablé contra los socialistas, sacó las uñas, me acusó de infantilismo, de allanarle el camino a la derecha con argumentos. No nos terminamos la copa de coñac que habíamos pedido. La comida acabó como el rosario de la aurora, un desastre. Pero, al día siguiente, se presentó en el comedor del hotel a las siete de la mañana. Sabía que el avión salía a las nueve y media y que tenía previsto desayunar allí. Traía una rosa y una cajita de bombones de Marcolini, «son los más esnobs, los más caros de Bruselas; como tú dirías: los más socialdemócratas. Manjar de reyes y cursis», dijo. Durante la comida yo le había dicho que la socialdemocracia era la derecha cursi e hipócrita. «Los insoportables nuevos ricos que defienden sus privilegios de clase con el furor del converso», le había dicho. Me acompañó al aeropuerto. «Por que el presente no se nos coma el pasado, no nos lo estropee», brindó, mientras —ahora sí— nos obsequiábamos de buena mañana con una copita de coñac en la cafetería. Pensé que beber tan pronto me iba a dar ganas de fumar durante el viaje y que llevaba un pasaje de no fumador y que el avión iría sin duda lleno, como solía ir todos los viernes de regreso a España el avión de Bruselas, con su cargamento de funcionarios en busca de mujer e hijos, de funcionarias en busca de marido e hijos, funcionarios con sus uniformes azules, trajes y abrigos y corbatas en tres o cuatro tonos de azul, que charlaban como niños aplicados a la espera de que el profesor entre en el aula, que hojeaban páginas salmón de periódicos, que decían la comisión esto, la comisión lo otro, con un acento raro, como ese que simulan los locutores a quienes se envía como corresponsales a otro país. Y ella era eso, y yo era poco menos que eso, apacibles animales de un rebaño que alguien había reunido en aquellos pastos verdes para conducirlo a algún lugar que sólo él sabía. Amalia, qué hemos hecho con nuestras vidas. Las sirenas de la policía, los gritos, las carreras, y ella como una de esas heroínas de Delacroix, izando la bandera sobre los escombros, sobre los cadáveres de la revolución, ¿dónde?, todo eso, ¿dónde? La vi alejarse, cruzar alguna de las puertas acristaladas del enorme hall, creí distinguir a lo lejos que su paraguas se había abierto al otro lado de los cristales y que se metía bajo la lluvia. Amalia, nuestra fibrosa exmusa roja, dirigiéndose al aparcamiento para coger su coche oscuro, verde oscuro creo que era. El avión ya en la pista, al extremo del finger. Pensé que podría haber sido uno de ellos: haber hecho carrera política, haber seguido con Rita. De haber continuado juntos Rita y yo, yo habría sido como su actual marido, como Juan. ¿Por qué buscar la felicidad por otros caminos? ¿Por qué enamorarse de esa mujer delgada, de ese pozo de voluptuosidades tenebrosas llamado Revolución? Maldito Baudelaire. Rita y yo iríamos a esquiar a Valdelinares, o a Andorra, o a Navacerrada; iríamos a La Cerdan ya a comer en el Hotel Boix de Martinet, o en casa Irene de Artiés, y yo llevaría a nuestro hijito, que sí que sería inequívocamente mío, tan mío como suyo, lo llevaría al Mestalla cada dos o tres meses, le compraría una camiseta con el número de Mendieta, o mejor aún, con el de Anglomá, que es más simpático y a los niños les llama más la atención por el color, y un balón de reglamento con el

escudo del Valencia. Fue una pena que por entonces aún no estuviéramos entregados al gran esfuerzo de no ser nada, de ser uno más entre millones. El tiempo se ha comido todo aquello, Amalia. A ella la había dejado Narciso, yo me había separado de Rita. Unos meses antes de su traslado a Bruselas intentamos acostarnos un día: no salió bien. No nos creíamos nuestros respectivos deseos. Me dijo: «Creo que sigues tan enamorado de tu mujer que me das pena. Tienes que sufrir mucho». Con el cigarro en los labios, tendida en la cama, me pareció una de esas putas maduras que consuelan a un adolescente de su primer gatillazo. Lo dijo tan triste que creí que se iba a echar a llorar, pero luego, de improviso, se echó a reír. A continuación volvió a ponerse triste. Reacciones histéricas. Reír, llorar, reír, llorar, todo en una sola conversación, el tiempo en que se consumía un cigarro. Tener los nervios desprotegidos, como esos cables de la luz que se pelan y que dan corriente y que sacan chispas en cuanto entran en contacto con la humedad. Unos cables pelados, sin protección, los nervios de Amalia que echan chispas cuando entran en contacto con la humedad de los sentimientos ajenos, es decir, a cada instante, cables siempre cargados de energía eléctrica, «horrible, horrible, por qué tendré esa sensibilidad tan desprotegida», se quejaba tras la separación de Narciso. Cuando era más joven, no es que fuera una muchacha tranquila, pero sí que tenía una capacidad insólita para intuir, que hoy ha perdido. Se la han arrebatado sus depresiones. Hoy está a la deriva, a merced del golpe de mar, del golpe de viento que la lleve de acá para allá. Lo que ella dice, desprotegida. Como si en vez de haber aprendido, hubiera desaprendido; como si cada día empezara la vida de nuevo para ella y tuviera que equivocarse en el trayecto del trabajo a casa porque nunca ha pasado por esas calles previamente. Como si a las ideas y a la sensibilidad, a fuerza de removerlas les hubiera pasado como a las verduras que se meten en una túrmix, y se convierten en una pasta monocroma y confusa. A fuerza de acumular, uno puede llegar a una especie de saturación, de pasmo. Me lo decía Mauricio el Sénior cuando le pasé los primeros folios que escribí, cargados de sentimentalismo y pasión revolucionaria: «la piedad se evapora con el tiempo. Los jóvenes estáis deseosos de ayudar, de intervenir. Arriesgáis vuestra vida por una idea, por un amigo; os mataríais para demostrarle a alguien amor, sin daros cuenta de que la vida es lo más fácil de entregar; de que el día a día es lo difícil, lo que quema, lo que lo convierte todo en nada. A los sesenta años la piedad es sólo un gesto de cortesía como el que se hace al dejar el asiento en el metro, al cederle el paso en una puerta a alguien que va cargado con paquetes. Mecánica. Las emociones se gastan, el hombre no posee un caudal inagotable de emociones, ni mucho menos. A lo mejor los científicos tienen explicaciones para eso, cuestión de terminales nerviosas. Tú, que quieres ser escritor, tienes que aprender a desconfiar de esa gente mayor que se emociona después de los cincuenta años, es imposible: esos poetas maduros que leen desde lo alto de una tarima y lagrimean y sollozan mientras leen sus versos, incluso cuando están de gira y leen desde hace diez o quince días los mismos poemas para un público semejante: profesores, estudiantes,

jubilados, mujeres maduras que encuentran en los libros la electricidad que la vida les niega; solitarios. Ellos les leen y sollozan y babean sobre sus propios poemas. Desconfía. No son poetas. Son actores. Actores de sí mismos, de lo que un día fueron. Representan el momento, seguramente ya lejano, en que fueron poetas. De vez en cuando, una de esas tardes, quizás lloran de verdad, pero entonces se emocionan y lloran por ellos mismos, lágrimas de verdad, saladas, pero porque no lloran como poetas, sino como llora el común de los mortales, por tacañería, por ver que han puesto mucho en la vida y han recibido poco. Porque incluso a ellos les parece poco lo que reciben, aplausos, confidencias, afecto: les parece poco. Desconfía de la literatura escrita para hacerte llorar». Como ha dicho Amalia, cuando nos ha contado cómo acabó Mauricio: «Él, que quería traer el paraíso a la tierra, fue incapaz de ahorrarle un átomo del infierno a quien tuvo al lado». Se casó con una muchacha no sé cuántos años más joven que él y de la que nunca quiso tener un hijo («¿te imaginas? Cuando él tuviera veinte años yo tendría ochenta. Patético. Un bisabuelo», le decía a su mujer). Mis lacrimosos poemas de adolescencia. Desconfía, Carlos, de esa sensibilidad enferma: retención seminal, depósitos seminales hipercargados, eso son tus lágrimas, ésa tu melancolía. Ha pasado el tiempo y ahora lloramos por otras cosas. Los jóvenes tienen pocas ideas, pero claras, con perfiles sólidos, hasta cortantes, y puede adquirir lo que dicen, lo que escriben, una brillantez. Luego, toen matizar esas buenas frases, ponerles peros, llenarlas de conjunciones adversativas; plantar y esperar que la planta crezca y que llegue la estación del fruto: eso emborrona el texto. Lo difícil es abrirse paso a machetazos en la espesura de una selva. A Amalia le han crecido los matorrales hasta paralizarla, está asfixiada por la maleza. Y no pienso eso porque empiece a tener celos de la juventud. No, no creo que sea eso, intento establecer cierto orden, cierta justicia. «Muchacho», le he dicho a Juanjo, el hijo de Guzmán que sigue instalado en el dulce paro, haciendo piadosos trabajos en oenegés y cosas de ese estilo, y que dice que quiere ser escritor, y no empresario multimedia como su padre, ni cantante como su hermano, ni pintor que es lo que su madre hubiera querido que fuera. «En el mejor de los casos», le he dicho, «acabarás vendiendo pisos como yo, te dedicarás a escribir en los ratos libres, y te salvarás (les he contado a su padre y a él que ya no escribo, que hace años que no escribo), porque si llegas arriba, si te conviertes en escritor y tienes suerte y triunfas con tu primer libro, descubrirás enseguida lo difícil que es repetir el intento de hilvanar cuatro frases seguidas sobre un papel en blanco y cuando estés así, con las manos sobre el teclado del ordenador, maldecirás la hora en que se te ocurrió tener vocación de escritor y llamarás a la muerte a voces». Lo digo como si lo dijera en broma y él se ríe a carcajadas.

Amalia se ha marchado enseguida. No ha aceptado venirse a tomar una copa. Al parecer, mañana tiene que madrugar y debe cuidarse, no beber demasiado, no trasnochar, el equilibrio se rompe tan fácilmente, y los tranquilizantes que toma a diario estallan con tanta facilidad. Tampoco los demás han mostrado demasiado

interés en prolongar la velada. Hemos pagado a escote («el champán corre por mi cuenta», he dicho) y nos hemos despedido en la puerta. A Carlos no le he insistido para que se quedara conmigo. Yo pensaba en otras cosas. Hacía otros planes. Ha parado un taxi. Se ha marchado directamente al hotel. Eso, al menos, es lo que me ha dicho, y me lo creo, porque a mitad de cena se le han caído las bolsas bajo los ojos. Parecía un cadáver. Se le veía agotado. A mí me apetecía quedarme a solas un rato, dar un paseo por Madrid, ir a algún sitio, revivir la relación con la ciudad. Aunque ahora que me he quedado solo en esta calle por la que no transita un alma (algunos coches, el ruido de los motores amortiguado por la niebla), sólo pienso en que tengo que enfrentarme a la noche de Madrid, salir a recoger el coche que he aparcado bastante lejos del restaurante, y ese pensamiento me trae el cansancio de todo el día, el del viaje bajo la lluvia; y lo que parecía un momento de asueto adquiere el carácter de pesada obligación, enfrentarme a la puta noche de Madrid, nueve meses de invierno y tres de infierno, que nos dijo el viejo Mauricio cuando decidimos venirnos a vivir aquí («pensadlo bien, Madrid, tan grande, tan fría y tan calurosa, tan inhóspita: nueve meses de invierno y tres de infierno», nos dijo). Murió hace un par de años de cáncer. Amalia ha teatralizado un tanto su final: «Se portó mal con su mujer, a última hora se portó mal», ha concluido. Ni siquiera a los moribundos se les suspende el código. Es más, los vivos pueden permitirse ciertas pausas en ese implacable código que te une indefectiblemente con los otros presuponiendo que tienen tiempo para corregir los errores, pero los moribundos dependen de su último acto, tiene-huevos, morir pensando si uno lo estará haciendo bien o mal, en que los demás están pendientes de cómo te sale la última, irrepetible escena. Tener que vigilar tus gestos hasta el último momento. Mauricio, Madrid, nueve meses de invierno y tres de infierno. Estamos en los de invierno: niebla en torno a las farolas, hálito, un humo blando y un frío que te cagas. Madrid, que encima este año está especialmente húmedo porque por lo que me han dicho no ha parado de llover durante todo el otoño. No, he decidido que no voy a pasear, que no voy a ir a ningún sitio. No está la noche para eso. Voy a coger el coche, y me voy a ir al hotel también yo, como Carlos, almas viejas para las que la noche se ha vuelto opaca, ya no brilla, ya no muestra nada, almas insensibles, correosas. La noche es callada, ya no es un telón o una cortina que hay que apartar para descubrir lo que guarda: lo que tengo que hacer es coger el coche y salir pitando hacia el hotel; que no me dé por pararme ahí, en Sweet Mambo, al lado del parking, donde me ha dicho Guzmán al oído, antes de despedirse, y procurando que no lo oyesen los gemelos, que van ahora los ejecutivos, luces rosadas y azules, bebes, follas, pagas, y luego te arrepientes: rusa buena, negra buena, mulata buena, y bien, todo bien, aunque manos callosas, ésta ha fregado vasos, platos, suelos y retretes antes de decidir que es mejor dedicarse a follar, o friega por las mañanas y folla por las noches, eso lo sé, me lo conozco, boca torpe, brusca, no mama bien, frota, rasca, no mama, o, por el contrario, qué finura, maravilla, seguro que esta chica estudió ballet o arte dramático en su país, en algún lugar de la extinta URSS, qué

gesto para expresar la pasión, qué acertado gemido, «¿rusa?, tú, ¿rusa?». Y ella, «no, soy litvana, no rusa», fíjate qué maravillas ha hecho el socialismo real, y eso que el socialismo real fue sólo el prólogo de un libro que iba a escribirse, un prólogo torpe, mal redactado, y, a pesar de todo, fíjate qué resultados obtuvo, qué arquitecturas levantó, qué anatomías; cómo convirtió los deformes cuerpos de las siervas en cuerpos de diosas; y ahora, los muy gilipollas, los corruptos, esos cuerpos se los han entregado a occidente por dos duros, para pagar la deuda externa; para comprar alcohol de garrafa; entregar estas chicas, estas diosas, para que occidente las contamine, las triture, las entierre occidente a cambio de un paquete de Camel. Ven aquí, camarada, al fin y al cabo, pecata minuta, qué más da, si este cirio ha ardidido ya muchos años, más de media procesión ha recorrido, así que un polvo largo, entretenido, aún te puede echar, pero dos ya ni de coña. Quítatelo de la cabeza. Tú tienes que buscarte un chulo joven, una fiera que te folie, un sólido hijo del socialismo que te la clave, pero a ése ya lo tienes, ¿a que ya tienes un ruso que te folla de verdad cuando de madrugada vuelves a casa?, ¿a que sí?, ¿a que lo tienes? De todas formas da pena que se acabe, da pena dejar de ver, te gustaría quedarte con ella, adquirirla, decir ésa me la quedo, comprarla, llevármela en el portamaletas, tenerla en el asiento del copiloto en el coche; tenerla en el despacho, al lado, durante las reuniones; tenerla al lado, desnuda, sólo por verla, por verle esos muslos, esas nalgas de mármol, duras y blandas a la vez, a la vez dulces y saladas, Dios, pegar la cara contra esas nalgas de vez en cuando, nada más, que se abra de vez en cuando delante de ti. Ni siquiera meter: mirar, tocar, acariciar, besar, llorar de alegría. Qué pena, qué pena que se acabe. Te pone triste follar y te pone triste acabar de follar. Follar, desayunar café, tostadas con aceite de oliva y un huevo pasado por agua, comerse una loncha de jamón de york; lavarse, peinarse, cambiarse de ropa: todo eso es bueno, qué duda cabe, hay que hacerlo, es higiénico, saludable, pero no es trascendente, no es metafísico, no, ya no lo es, y si da pena ver esas nalgas tersas es porque uno sabe que se está yendo, que el viaje se acaba. Pedrito, entérate, ahora lo trascendente es el tiempo que se te va, ya no el sexo, el sexo ya no es trascendente, por más que esta noche estés caliente, la melancolía, el encuentro con los fantasmas de otro tiempo te ha puesto cachondo, el cuello de Amalia, su collar levantándose con el pecho cuando respiraba, cachondo, así que ella, la litvana, frota, rasca, acaricia, pero tú, qué más da, tu sexo eres tú, está en ti y no en la boca que te sorbe, así que te corres, te corres enseguida, acabas corriéndote a pesar del alcohol y qué más da la boca que te la mama. Piensas, ir a Sweet Mambo, elegir, buscar con la vista y luego palpar en la barra, carne, carne humana, tierna y rosada, ah, ah, y al final me corro, y bien, correcto, hasta que salgo de nuevo a la fría noche de Madrid, y ahí, otra vez, hálito, niebla, follar no levanta las nubes, no las esparce, ni las difumina, follar no aclara nada, si acaso, oscurece, enturbia, añade nuevas nubes, nuevos lienzos de niebla. Sales recién follado, y ya está la cosa otra vez rondando: te das pena: no me quiere nadie, folio por dinero, pagando, por dinero folio; Amalia, y tú, ¿por qué no me has

querido esta noche? Si te ofrecía tu parcela de paraíso. Te la he ofrecido. Captura el instante, el futuro no es nada, mierda el futuro, eso no es nada, es una idea que tenemos en la cabeza los que pensamos, el futuro no existe, es sólo pensamiento, nada más que pensamiento. Y lo peor es eso, que sin existir te pesa más que el pasado que también se ha esfumado ya. La vida, un soplo: un golpe de brisa; a veces, un huracán. Y ya está. Eso fuimos. Personajes anónimos de las contemporáneas guerras de religión: discutían los bandos acerca de si el paraíso debía llegar después de la muerte o se tenía que instaurar en la tierra. Eso dirán de nosotros. Quisieron aquellos últimos herejes el paraíso en la tierra, aparecerá así, un par de páginas en las historias universales dentro de trescientos años, saldremos en los libros junto a los husitas, a los valdenses, a los partidarios del remoto emperador Mot-Su, que vivió en la China hace algunos milenios. Toda esa sangre derramada, todas esas lágrimas y esas canciones, un párrafo en un libro. Esta etapa ha concluido. Fin del capítulo sobre la edad contemporánea en los libros de historia. Cayó el muro de Berlín y la guerra ha terminado, ya sabemos, una vez más (como lo han sabido después del aplastamiento de cada herejía igualitaria), que, en la tierra, no se instalará el paraíso. Abajo parias de la tierra; de bruces, famélica legión. ¿Qué vendrá ahora? Una nueva era. La nueva hoguera arde poderosa y la caldera de Pedro Botero ya hierve en el salón del mundo. Sólo queda echarse de cabeza en el agua hirviendo y dejarse cocer. Nosotros no tenemos la culpa de que no llegara la revolución, Amalia; de que la justicia se haya tomado un descanso y haya decidido no pasarse todavía por la tierra, quedarse un rato más en Marte, en Saturno, o donde coño sea que esté veraneando. Y qué culpa tenemos nosotros, Amalia. No te atormentes. El psiquiatra no conduce ese tren de alta velocidad, esa nave espacial. No conseguimos lo que queríamos, pues vale, disfrutemos de lo que hay y no quisimos. Disfrutemos de aquello contra lo que luchamos y nos venció. Al final, resulta que estábamos más capacitados para poseer que muchos de los que defendían su miserable propiedad con uñas y dientes. Los que nos odiaban a los comunistas porque se creían que les íbamos a quitar la mierda de las tripas, los que nos despreciaban y nos denunciaban y, cuando discutían con nosotros, nos decían a voces que, si no nos gustaba Franco, nos fuésemos a vivir a Rusia, resulta que ni siquiera para moverse en su querido capitalismo servían. Ahora les toca perseguir la justicia a nuestros hijos (a tu hija, a la mía), si es que la necesitan, que, a lo mejor, ellos, como son habitantes del primer mundo y no del tercero como lo fuimos nosotros, ya no la necesitan para nada. No parece el sentido de justicia el que más aguzado tienen. Y tú, mi pobre Amalia, desolada, llena de contradicciones, con tu psiquiatra, que sale de comer precipitadamente («me voy que tengo la primera a las cuatro y media»), la copa de coñac de un trago, el taxi, el ascensor (menos mal que aún no ha llegado: feísimo que el paciente, desde la sala de espera, oiga entrar al psiquiatra a la carrera por el pasillo, ñic, ñic, ñic, resbalando la suela de los zapatos en la cera y cayendo a plomo sobre el pie, cloc, bum, cloc, bum, sobre el parquet, el corpachón de cien kilos a cada zancada), menos mal que tú,

Amalia, llegas cuando él ya ha tomado asiento y se mira las uñas cuando dice pasa, pero, al fin y al cabo, eso da igual, porque le vuelve la acidez del coñac tragado de a trago, y no viene solo, que viene acompañado por una batería de gases que traen recuerdos de despensa mal ventilada: berza, col, legumbres, chorizo, tocino, la receta completa de un cocidito madrileño de La Bola, canallescamente deconstruido, separado por gases de diferentes densidades, como si fuera un plato de nueva cocina, de Adriá, el de El Bulli, que hace la tortilla en copa, el aceite por aquí la patata por allá el huevo en otro nivel, y esto se come de arriba abajo y esto de abajo arriba y esto está frío y esto templado y esto caliente; pero en el caso del psiquiatra no es exactamente así, puesto que todo está reducido a gas, a gas caliente, ardiente, que le come la boca del estómago; y hay una guerra de gases en la caldera de su cuerpo, una guerra como la del catorce, con el gas mostaza y todas aquellas porquerías venenosas que inventaron; ahora, en un piso del centro de Madrid, los gases garbanzo luchan con los gases tocino y ambos contra el gas chorizo, que seguramente debe de ser rojo, gases coloreados como los que sueltan los aviones esos que hacen paradas aéreas y que con el humo de los tubos de escape pintan la bandera española, o un escudo. Amalia, ¿qué haces perdida en esa batalla gaseosa, desconcertada entre esas ruinas de aire?, y ¿qué coño le importa a ese tío tu vida? ¿No te das pena de ti misma? He bebido demasiado y me asusta conducir por Madrid a estas horas borracho. Mejor volver mañana por el coche. Extiendo el brazo para detener un taxi que viene con la lucecita verde arriba. Ahora ya no hay tiempo, Amalia: es tarde. No hay tiempo, Elisa. Déjame que te lo diga, Elisa, porque, en vida, nunca me hubiera atrevido a decírtelo: mi adorada Elisa. Elisa, vida mía. Cursi, ¿verdad? Qué más da. Ya no lo oyes. Se acabó nuestro tiempo, se ha quedado solo el mío, mi tiempo, un tiempo desperdigado, confuso, pero ya no la posibilidad del tiempo de los dos. Pienso en eso mientras pasan las luces, los troncos de los árboles, las casas, una sucesión de ventanas oscuras, mudas. Con un costurón en el pecho izquierdo, con una cicatriz que se le hunde en la axila, metida en uno de esos claustrofóbicos supositorios de metal para que le hagan otra resonancia, otro tac, Elisa auscultada, biopsizada, analizada, sajada, quimioterapeutizada, recibiendo veneno por todos los poros del cuerpo hasta que dice basta y se muere y luego arde y se vuelve ceniza, polvo, humo, nada, y, tantos años después, mi tiempo particular, aquí, en Sweet Mambo, empujando a la negra, cogiéndole la cabeza con las manos y acariciándole suavemente el pelo, apartándole el pelo que se le viene a la cara, tapándole las orejas con las palmas de mis manos, poniéndola de rodillas y luego tumbándola en la cama, abarcar las caderas, tocar las piernas grandes y suaves, de seda, los pies sobresalen por encima de mis hombros; mis labios, ventosas en sus mejillas, en su boca, la negra que me dice no me hagas daño, y también, no me muerdas, y yo, boba, si no te muerdo, aunque la verdad es que te comería entera, yo caníbal, yo vampiro, y, a continuación, Madrid, la noche, el frío, la depresión, como Amalia («¿cuántos siglos llevas con el psiquiatra?», le he preguntado hoy, y ella se ha echado a reír), lo que sea, una eternidad psiquiátrica

sólo por no aceptar el destino, el destino, el horizonte que es el que nos marca Elisa, ella, la cota cero que muestra el silencio, el no ser, las ventanas cerradas sucediéndose como un telón de fondo, los troncos de los árboles, las farolas. Ella es la que marca el horizonte que está ahí enfrente: un invisible telón de microscópicas partículas perdidas, mudas partículas, solitarias partículas. Cota cero. Rechazo a Elisa y llamo a Amalia. Le digo, cariño, ¿por qué no has querido que detuviéramos esta noche el tiempo? Le he leído las rayas de la mano, no es verdad que las piscis seáis frágiles, tenéis apariencia de fragilidad, pero sois seguras, capaces de dirigir una empresa, de mandar un ejército, aunque, claro, el psicoanálisis, meter la cabeza dentro del propio ombligo, clavarse un periscopio en el ombligo y ver qué procelosos mares, qué cumbres, qué llanuras y abismos hay ahí dentro, dentro de uno mismo, qué estepas nos aguardan, la gran aventura, el horror sin levantarse del sofá, el tren de la bruja de los adultos, qué miedo la oscuridad de dentro, qué vasto el desierto de dentro y los hielos de dentro qué fríos y qué altas las montañas que llevamos dentro, y qué oscura la oscuridad, Amalia, un tren de la bruja incómodo y caro con infinitas estaciones.

Apéate, tírate en marcha de ese tren. También yo tengo depresión, Amalia, cómo no voy a tenerla, y, sin embargo, me aguanto, ¿no ves cómo me aguanto?, ¿cómo la sorteo? Voy de putas, juego en bolsa, levanto casas, doy órdenes a albañiles, a maestros de obra, a arquitectos y fontaneros y soladores y encofradores y alicatadores. Cuento dinero. Me despidió Elisa y tuve depresión, me aparqué mi suegro hasta que pude hablarle de terrenos e inversiones, y tuve depresión, le he dicho adiós a la negrita y tengo depresión, les digo adiós a las rusas, a las brasileñas, a las jamaicanas, y tengo depresión, como todo quisque, en cuanto me quedo solo sin nada que hacer, la maldita depresión, una buena depresión, el invisible futuro de partículas en el horizonte cada vez más cercano, y, como preámbulo, un bulto que crece silencioso en algún lugar del cuerpo: en el riñón, o en el hígado, o entre las láminas que forman la grieta de mis pulmones. Yo soy como todo el mundo: depresiones, bultos, lunares, bultos en el hombro, en la espalda, en la punta de la nariz, en el huevo izquierdo. Pero qué es esto, Amalia. Pero qué fue aquello, Elisa. Miré los bultos de la patria mía. América. Esto es América, el Nueva York de Lalo. Todos acojonados con el cáncer y todos con cáncer. Todos a la espera de la explosión terrorista, de la gran explosión nuclear, del big bang. Apocalipse now. Pagas el taxi, metes en la ranura la tarjeta que abre la puerta automática del hotel, atraviesas el hall vacío, te metes en el ascensor, cruzas el pasillo, abres la puerta de la habitación, la cama, al fin ves la cama. Meas antes de desnudarte y luego apagas la luz del baño y te desnudas de pie junto a la cama. La habitación está en penumbra, sólo iluminada por la lamparilla de la cabecera, así que evitas tener que mirarte en el espejo que cubre la superficie del armario. Te metes en la cama, al fin tocas la cama, te tapas hasta la cabeza con gesto cobarde y cierras los ojos: dos bultos los ojos, pero éstos no cuentan, porque ahora, a oscuras, no trabajan; dos bultitos más pequeños en el pecho que indican tu pertenencia al género mamífero y otro bultito abajo, sí, un bultito también ahí, uy,

qué es ese bulto, ¿qué es eso? Pero si crece. Pero si está creciendo. El tercer bulto se yergue como un hombrecito que quisiera tomar la palabra. Tocas, tocas, tocas otra vez, y luego tiras de la piel del bulto. Tiras, tiras, tiras hacia atrás, hasta que se tensa la punta, el capullo se tensa, tiras y se tensa, tiras, se tensa más y notas un cosquilleo, placer que se abre paso a través de la oscura depresión. Piensas en la negra, sus muslos; piensas (oh, no, eso no se debe hacer; no te lo permitas, no saltes al vacío), pero sí, piensas en la muerta, no puedes impedirlo (Elisa, la llamas, Elisa), piensas en ella. Pienso en los muslos que no lameré, que no morderé, en la boca que no besaré: se han convertido en polvo. Pienso en los polvos que no echaré, y también en los que no esnifaré, pienso en lo que Albert Pía dice en sus canciones, las que le gustan a mi hija. Pienso en muslos, tetas, coño de Elisa y tengo ganas de llorar. Pena de mí siento. Cierro los ojos e intento ver la carne de la que murió, la carne que tuvo cuando vivía y que, a veces, me pareció que era mía, mientras muevo rítmicamente la mano, ahora más deprisa, separando a cada movimiento las nalgas de la superficie del colchón. Si llegáis en la vida donde no podré llegar, dice Llach en su canción. Lo que no me meteré en el cuerpo y el cuerpo en el que no me meteré, ése es Pía. Llach, más natural, más ecológico. Pía, químico, sulfúrico hijo de la edad caníbal. Cielos e infiernos, paraísos naturales y baudelerianos paraísos artificiales. Llach, los kilómetros que no correré (pero si no quiero correr, si voy a correrme). Pía, pastillitas, estrellitas, lucecitas de colores, polvos de todas clases que no tomaré. Muslos, polvos, pastillas, kilómetros, uff. «La buena vida que te das» (Guzmán), la gran vida: como si lo más importante fuera la vida (ahí, recuerdo los ojos como carbunclos de Guzmán. Quién dice eso, ¿Carlos? ¿Es Carlos quien habla de los ojos como carbunclos de Guzmán? El decimonónico novelista social. Carlos duerme en la habitación de al lado, o se ha perdido en la noche de Madrid y también él vagabundea por los pasillos de sí mismo), la vida en sí lo más importante. Como si no hubiera otras cosas más importantes que la vida. El qué y el cómo. Construir con nobles sentimientos, en vez de construir con un pico y una pala. Ah, ahh, ahhh, ahhhh. Correrete para dejar de pensar y pensar mejor después de correrete. No es tontería. Es verdad que pienso ahora bien, con claridad, aunque con melancolía, después de haberme corrido, cuando tengo la lefa entre las piernas y gotea sobre las sábanas porque me ha dado pereza buscar un pañuelo de papel para limpiarme, y me he corrido encima de la barriga y luego el líquido ha ido deslizándose hacia abajo. Entonces, veo los ojos sanguinolentos de Guzmán, ojos de colesterol, carbunclos bajo una lluvia de hojas amarillas, hojas muertas, la canción que Magda nos ponía en *Violette*, les feuilles mortes se ramassent à la pelle, y qué se hizo de nuestros veinte años, como si seguir con vida fuera lo más importante. Amalia, qué pena que ya no sea el amor emoción, nervios, el corazón que late con más fuerza cuando lo ves a él cruzar la calle: a él, a Narciso, emoción mientras lo ves a él acercarse la copa a los labios, ¿cómo no vas a acordarte?, el cigarro en los labios de Narciso, las palabras Ilutando entre sus labios. Si eso son las canciones francesas que nos ponía Magda. Claro que las recuerdas. Tu n'as pa.v

oublí. Has aprendido cosas, Amalia. Has aprendido que las pieles sudan, que uno resbala sobre ellas cuando sudan, y que huelen a sudor y que el olor a sudor no es tan agradable como te pareció cuando eras poco más que una adolescente, aunque te creyeras una mujer hecha y derecha. Las axilas huelen a sudor y los miembros huelen mal en cuanto uno pasa un día sin lavárselos. Los ojos que han visto, las narices que han olido ven y huelen de otra manera: aprenden la sospecha. En Australia, a un hombre le trasplantaron la mano de un cadáver, una operación que ha sido un éxito; pero el hombre, un par de años más tarde, ha pedido que se la vuelvan a cortar, porque no soporta esa mano. «¿Para qué quiero eso?», ha dicho el hombre de Australia, «si tiene una temperatura distinta que el resto de mi cuerpo, y está blando, y es de otro color (un color amarillento), y no se mueve, y me da asco, porque es la mano de un muerto». También yo empiezo a pensar como el trasplantado australiano, al abrazar, al besar, al penetrar. Pienso que abrazo cadáveres que han salido de fin de semana. Hay unos cuantos cuerpos que he abrazado y besado y penetrado y que han terminado su permiso y vuelven a vivir su vida de cadáveres. Me besaron y volvieron a ser muertos. Me abrazaron y son muertos. Beso ahora bocas que pronto estarán muertas, y hoy están invadidas por las bacterias. Me lo dice el dentista (¿sabes, Amalia, que ya me han cambiado por implantes la totalidad de los dientes?, ¿conservas tú bien tu dentadura?). «Ni siquiera lavándose dos o tres veces diarias, acaba uno con las bacterias», me dice el dentista, «se meten por todas partes en la boca y provocan mal aliento». Bacterias y restos de comida en los pliegues de la lengua, en la geografía de las encías, en los espacios dejados por las arrumbadas piezas hoy sustituidas por otras. Hay gases que suben por el tracto digestivo. Suena mejor tracto que tubo, aunque no sé si es del todo correcto decirlo así. Debajo, al fondo, en el centro, la caldera hirviente, el estómago, el gran horno en el que cuecen los pedazos de carne, la pasta de arroz, de habas, los amargos líquidos que destila la vesícula, la masa blanda del hígado, las piezas gemelas de los riñones, el embrollo de cables que forman el paquete intestinal. Todo eso abrazas cuando abrazas, y lames los poros de la piel en los que confluyen lo que sale de dentro y lo que entra de fuera. Aprietas, lames, muerdes, sorbes, y eso es el amor, eso fue, esos ojos que, luego, un día, y probablemente con razón, ya no quisieron mirarme. Mi boca llena de bacterias dice, «te quiero, Elisa», y la voz pone un hosco eco en el vacío de la habitación del hotel. Entre tanto, el mar rompe en los acantilados de Denia, lame las doradas playas que, desde hace veinte años, no tienen más arena que la que traen los camiones desde no se sabe dónde para reponer la que cada invierno el temporal engulle. Paisajes portátiles, dientes de quita y pon.

Beniarbeig, diciembre de 2002



Rafael Chirbes Magraner nació en Tavernes de la Valligna, 1949. Desde los ocho años estudió en colegios de huérfanos de ferroviarios, estudió Historia Moderna y Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid, fue profesor de español en Marruecos y durante algún tiempo se dedicó a la crítica literaria y posteriormente a otras actividades periodísticas, como las reseñas gastronómicas y los relatos de viajes.

Dice que por culpa de unos análisis ha pasado de tomarse diez gin tónicos diarios y fumarse tres paquetes de tabaco «a nada», de ser «un adolescente inconsciente» a un «anciano enfermo», de un epicúreo a un estoico. Junto a su trasteado ordenador, una leída y releída edición de San Juan de la Cruz, obras de Peter Handke y de Gracián, botellas de agua y una cama sin hacer. Vive solo con dos perros, Tomás y Ramonet, en una casa que le compró a un camionero jubilado hace diez o doce años a las afueras de Beniarbeig, en la carreterita que se aleja sinuosa de las tapias del cementerio, en una región tan hermosa como degradada por urbanizaciones y puticlubs como buena parte de los personajes, endiabladamente humanos, de su paisaje literario. Allí saluda a los vecinos por su nombre. Nada distingue al escritor, salvo su vida interior.

Su primera novela, *Mimoun* (1988), quedó finalista del Premio Herralde de Novela, y su obra *La larga marcha* (1996) fue galardonada en Alemania con el Premio SWR/Die Bestenliste Prize. Con esta novela inició una trilogía sobre la sociedad española desde la posguerra hasta la transición, que se completa con *La caída de Madrid* (2000) y *Los viejos amigos* (2003). Con *Crematorio* (2007), una novela sobre

la evolución política y moral de una generación, recibió el Premio Cálamo Libro del Año 2007 y el Premio de la Crítica en 2008. Su continuación *En la orilla* (2013) es considerada como la novela definitiva sobre la crisis y recibe el Premio Francisco Umbral al Libro del Año, el Premio de la Crítica y el Premio Nacional de Narrativa 2014 por ser «una novela de extraordinaria construcción literaria, que tratando de la realidad actual, no se limita al realismo, mostrando una riqueza formal y recursos poéticos que lo trascienden».

Falleció en Tabernes de Valldigna el 15 de agosto de 2015.

Notas

[1] Chirbes insiste en el original en llamar «Yukatalí». La canción de Kurt Weil se llamaba «Youkali» (*N. del maquetaador*) <<